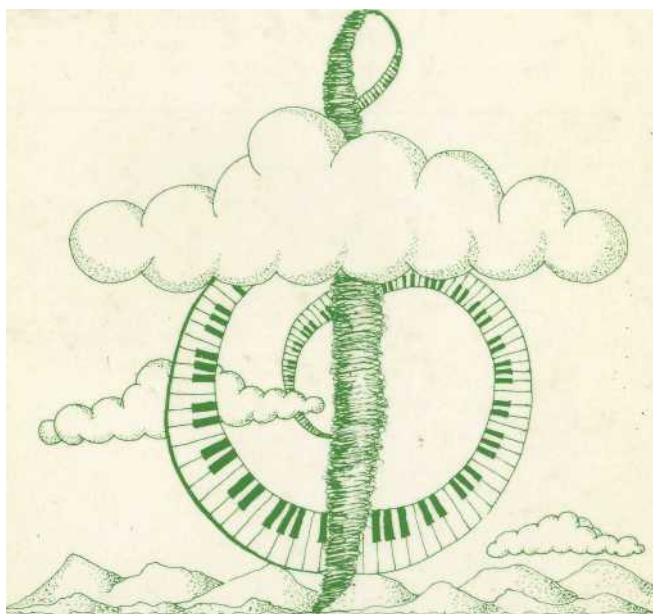


Andrés Caicedo

# QUE VIVA LA MÚSICA





Andrés Caicedo nació en Cali, Valle, en 1951 y, a pesar de su prematura muerte (1977), descolló en el campo literario colombiano. Escribió numerosos cuentos, recopilados en varios volúmenes: *El atravesado* (relato, 1975), *Angelitos empantanados o historia para jovencitos* (1977), y *Berenice* (1978). Su única novela *¡Qué viva la música!* ha tenido gran difusión entre el público, siendo esta la tercera edición. Trata, dicha novela, de una muchacha que se obsesiona por la música, vive para y por la música de la cual goza en la vida nocturna de Cali. La estrategia narrativa del autor es la de presentar las acciones a través de su narradora, dejando al lector la labor reflexiva e interpretativa. *¡Qué viva la música!* capta las ambigüedades y las crisis culturales no sólo de Colombia sino de Latinoamérica con gran sutileza y con un impacto avasallador sobre el momento actual. Tal vez ignorándolo, Andrés Caicedo ha escrito una de las novelas de índole política más importante de la época.

*"Qué rico, pero qué bajo, Changó"*

*Canción popular.*

*"Con una mano me sostengo y con la otra escribo"*

*Malcolm Lowry cruzando el Canal de Panamá*

Este libro ya no es para Clarisolcita, pues  
Cuando creció llegó a parecerse tanto a mi  
Heroína que lo desmereció por completo.

Soy rubia. Rubísima. Soy tan rubia que me dicen: "Mona, no es sino que aletee ese pelo sobre mi cara y verá que me libra de esta sombra que me acosa". No era sombra sino muerte lo que le cruzaba la cara y me dio miedo perder mi brillo.

Alguien que pasara ahora y me viera el pelo no lo apreciaría bien. Hay que tener en cuenta que la noche, aunque no más empieza, viene con una niebla rara. Y además que le hablo de tiempos antes y que... bueno, la andadera y el maltrato le quitan el brillo hasta a mi pelo.

Pero me decían: "Pelada, voy a ser conciso: ¡es fantástico tu pelo!". Y uno raro, calvo, prematuro: "Lilian Gish tenía tu mismo pelo", y yo: "Quién será ésta", me preguntaba, "¿Una cantante famosa?". Recién me he venido a desayunar que era estrella del cine mudo. Todo este tiempo me la he venido imaginando con miles de collares, cantando, rubia total, a una audiencia enloquecida. Nadie sabe lo que son los huecos de la cultura.

Todos, menos yo, sabían de música. Porque yo andaba preocupadita en miles de otras cosas. Era una niña bien. No, qué niña bien, si siempre fue rebuzno y saboteo y salirle con peloterías a mi mamá. Pero leía mis libros, y recuerdo nítidamente las tres reuniones que hicimos para leer *El Capital*. Armando el Grillo (le decían Grillo por los ojos de sapo que paseaba, perplejo, sobre mis rodillas), Antonio Manríquez y yo. Tres mañanas fueron, las de las reuniones, y yo le juro que lo comprendí todo, íntegro, la cultura de mi tierra. Pero yo no quiero acostumbrarme a pensar en eso: la memoria es una cosa, otra es querer recordar con ganas semejante filo, semejante fidelidad.

Yo lo que quiero es empezar a contar desde el primer día que falté a las reuniones, que haciendo cuentas lo veo también como mi entrada al mundo de la música, de los escuchas y del bailoteo. Contaré con detalles: al

estimado lector le aseguro que no lo canso, yo sé que lo cautivo.

Tan tarde que me levanté aquel día y abrir los ojos no me dio fuerza. Pero me dije: "No es sino que pise el frío mosaico y verá que cumple con su horario". Me mentía. La reunión era a las 9 y serían qué... las 12. Toqué con mis piecitos, tan blancos, tan chiquitos, y me estremecí toda viendo que podía dar de a paso por mosaico. Así caminé, feliz, día poquitos, sin pretender otra cosa que llegar a la ventana.

Abrí la cortina con fuerza, y los brazos extendidos me hicieron pensar en la mujer resoluta que era, como quien dice que si quisiera sería capaz de labrar la tierra. No, no lo era. Después de la cortina tenía allí ante mí la persiana veneciana. ¿Es cierto que trae la muerte, Venecia? Digo porque lo he escuchado (ya no) en canciones viejas. He podido jalar las cuerduillas de la veneciana como el marinero que iza las velas, y dejar entrar, glorioso, el nuevo día. No lo hice. Me acerqué con un movimiento mínimo que también supe corrompido y *rendijí* por la ventana el día: Oh, y cómo extrañé todo lo de la tardecita: el color del cielo, el viento que hacía, recibirlo de frente como a mí me gusta. Es lo que le da fuerza y fragancia a mi pelo.

Pero no esos nuevos días. Vi trazos de brocha gorda, grumos en el cielo, y las montañas que parecían rodillas de negro. Condené la rendija, alarmada y abatida. ¿Por qué si era tan temprano? Pensé: "anoche quemaron las montañas y sólo le quedan pelitos pasudos".

Mis piernas eran muy blancas, pero no de ese blanco plebeyo feo, y tenía venitas azules detrás de las rodillas. Ayer me dijo el doctor que las tales venitas, de las que me sentía orgullosa, son nada menos que principio de várices.

Volví a mi cama, pensando: "¿cuánto falta para que sea de noche?". Ni idea. He podido gritarle a la sirvienta por la hora, pero no. He podido volver a cerrar los ojos y perderme, pero no: ya estaba encontrada y tenía rabia. No lo niego, le estaba sacando gusto a dormir

más y más, pero ¿cómo hacía teniendo un horario estricto?

Entonces vociferé que si me había llamado alguien, y claro que inmediatamente me dijeron: "sí, niña, los jóvenes que estudian con usted".

Me hundí en la almohada y me empapé, consciente, en aquella humedad que se daba entre las sábanas, no sé si limpias, y mi cuerpo, suave y escurridizo como un pescado sin escamas. Sentí vergüenza, arrepentida.

Primer día que falté a la lectura de *El Capital*, y no volví. De allí en adelante me persigue esa vergüenza mañanera que intenta que yo borre y niegue todo lo genial que he pasado la noche entera, toda la nueva gente... Bueno, eso era al principio, ya no se conoce nueva gente, no crea, los mismos, las mismas caras, y sólo dos me gustan: uno que es bailarín experto y lleva bigote de macho mexicano y yo le digo: "te hace ver más viejo", y él me contesta, mostrando esos dientes grandes, bellos, sonriendo: "¿y para qué ser joven otra vez? Como si no se hubiera pasado por hartas para llegar a la edadcita esta. Cuando opino algo de esta vida no me dejo llevar por el gusto. Hablo es según *conceptos*, ¿ves? Ya mi pensamiento no cambia, pero se entiende: en lo fundamental, porque en lo que es la sal de la vida quién se va a poner a decir nada, entonces cómo se explicaría que yo siga viniendo a verla cada noche pelada": porque nunca han dejado de nombrarme pelada. Del otro que me gusta mejor no hablo, es un ratero, un langaruto de éstos que todavía usan camiseta negra.

Que la vergüenza, decía. Y yo me digo y la peleo: "no tiene razón de ser", no. si he gozado la noche, si la he controlado y ya teniéndola rendida me la ha bebido toda, pero alto: yo no soy como los hombres, que se caen. A lo mucho terminaré toda desgredada, lo que me ha dado aires de andar solita en el mundo, por estas calles. Y antes de cerrar los ojos se lo juro que pienso: "esto es vida". Y duermo bien. Pero viene el día que me dice: (yo creo que es el sol anormal de estos dos últimos meses): "cambia de vida".

¿Con qué objeto esta conciencia? ¿Cambiarla yo ahora que soy experta? Pero tal es el peso de la maldita, a la que imagino toda de negro y llevando velo, que hasta hago mis contriciones, mis propósitos de enmienda. Igual da: no es sino que lleguen las 6 de la tarde para que se acaben las rezanderías. Yo creo que sí, que es el sol el que no va conmigo. He probado no salir, quedarme haciendo pensamientos en el cuarto. Nada, no funciona. Salgo atolondrada, pero purísima, repleta de buenas intenciones a meterme entre el barullo de la gente que va de compras, de las señoras, de esos muchachos buenos mozos en bicicleta, y una vez estuve a punto de gritar: " ¡me encanta la gente!". No lo hice. Ya eran las 6 y me tiré a la noche. Babalú conmigo nada.

Eso fue la semana pasada, el sábado apenas. No quiero adelantarme mucho, no sea que terminemos empezando por la cola, que es difícil de asir, que golpea y se enrosca. Desearía que el estimado lector se pusiera a mi velocidad, que es energética.

Vuelvo al día en el que quebré mi horario. ¿Por qué lo hice, si le había cogido afición al Método? Sobre todo en los últimos años de bachillerato. Fui aplicadísima, y no me faltaba nada para entrar a la U. del Valle y estudiar arquitectura: segundo lugar en los exámenes de admisión (la primera fue una flaquita de gafas, mal compuesta en cuestión de dientes, medio anémica, que salió de La Presentación del Aguacatal), faltaban 15 días para entrar a clases y yo, sabiéndome cómo son las cosas, pues estudiaba *El Capital* con estos amigos míos, hombre, pues era, a no dudarlo, una nueva etapa, tal vez la definitiva de esta vida que ahora me la dicen triste, que me la dicen pálida, que se pasea de arriba a bajo y me encuentran mis amigas y dele que dele a que estás i-rrecono-ci-ble. Yo les digo: "olvídate". Yo las había olvidado antes, anyway, bastó una sola reunión de estudio para reírmeles en la cara cuando me llamaron dizque a inventarme un programa de piscina: no sabían que yo, al salir de la reunión, agotada de tanto comprendimiento, me había ido con

Ricardito el Miserable (así lo nombro porque sufre mucho, o al menos eso es lo que él decía) al río. Ni más ni menos descubrí el río.

"¿Cómo no lo había conocido antes?", le pregunté, y él contestó con la humildad del que dice la verdad: "porque eras una burguesita de lo más chinche".

Yo le hice apretadita de cejas, desconcertada ante la franqueza, y él, todo bueno (y porque me quería), complementó: "pero ahora, después del contacto con esta agua, no lo eres más. Eres adorable". Y yo qué fue lo que no hice al oír semejantes alabanzas: me tiré vestida, elevé los brazos, no dejé de ver el césped de la espuma que producían mis embriagados movimientos chapoteantes. Era el río Pance de los tiempos pacíficos.

Entonces, como me les reí en la cara a mis amigas, fue diciéndoles: "¿piscina? Pero qué piscina teniendo allí no más en las afueras un don de la Naturaleza de agua entradora y cristalina, ¡buena para los nervios, para la piel!".

No me entendieron esa vez y ya no me entienden nunca, cuando me las encuentro acompañadas de sus mancos que me parecen tan blancos, tan rectos, buenos para mí, que soy como enredadera de *Nigth Club*, y yo sé que piensan: "esa es una vulgar. Nosotras somos niñas bien. Entonces, ¿por qué coincidimos en los mismos lugares?". No voy a darles el gusto de responder a esa pregunta, que se la dejo a ellas. A cambio pienso en ese territorio de nadie que es el pedaci-to de noche atrapado por la rumba, en donde no ven nunca a nadie que goce más, a nadie más amada (superficial, lo sé, y olvido, pero ese es mi problema) y pretendida, y cuando se van temprano piensan: "¿hasta qué horas se queda ella?". Me quedo la última, pa que sepan, hasta que me sacan.

He perdido esa chicharra del escrúpulo que al fin y al cabo no es lo mismo que muerde al otro día, el horrible sentimiento mañanero. Que el cielo me perdone, en unas 9 a.m. aborrecibles pensé llamarlas, sobre todo a la Lucía, que era amiguita y un poco vivaracha y generosa,



así la recuerdo, y explicarle mis causas, mis historias. No lo pensé: lo hice. Levanté el teléfono y, al sentirlo tartamudo, me tiré a dormir sola, llorando sola.

Ahora sé que no tenía por qué hacerlo. Hay mejores oportunidades de contar la historia, y ahora el lector se está enterando, papito mío. Aún tengo la vida.

Vuelvo a mi día. Ese Ricardito también me había llamado, muy temprano, antes que los marxistas. Era que no había estado conmigo por la noche, la que de algún modo perfecto moduló el día que empieza mi historia. El no sabía entonces, que la noche, que fue profunda, fue toda, toda mía, que cuando el noventa por ciento de los otros estaba con el genio ido y con los ojos en la nuca, yo descollé por mi vestido de colores y por mi inagotable energía. Así hablo yo.

Pensé: "Podría llamar a Ricardito, muchacho de río, y decidirme a tenderme hoy sí en las piedras ardientes, desnuda". Pero una niña nunca llama a un hombre, eso es lo que pensaba y lo que pienso, soy muy jovencita, otra de las cosas que no me perdonan. Y que nunca los llamé, claro.

Ante el espejo separé este pelo mío en dos grandes guedejas y abrí los ojos hasta que no se me vieron párpados y la frente se me llenó de brillantez y de hoyuelos los pómulos. También me dicen: "qué ojos", y yo los cierro un segundo, discreta. Si ya los tengo hundidos es porque en esa época lo deseaba: sí, tenerlos como Mariángela, una pelada que ahora está muerta. Quería yo tener ese filo que tenía ella cuando miraba de medio costado, en las noches en que bailaba sola y nadie que se le acercara, quién con esa furia que se le iba metiendo hasta que ya no era ella la que seguía la música: yo la llegué a ver totalmente desgonzada, con los ojos idos, pero con una fuerza en el vientre que la sacudía. Era la furia que tenía adentro la que respondía al ritmo.

Me acuerdo que me decía, cuando acudíamos donde un pelado que nos esperaba: "No camines tan rápido. Es

mejor hacernos esperar. Además, de paso conocemos gente".

Le gustaba ser mirada. No resistía que la tocaran. Ella fue hasta donde llega mi conocimiento, la primera del Nortecito que empezó esta vida, la primera que lo probó todo. Yo he sido la segunda.

No me apartaba del espejo, y pensaba: "bañarme y peinarme y vestirme: 20 minutos". Era el dilema de la urgencia de estar afuera, de ya oír música, de encontrar amigos. "¿Si no me bañara ni hiciera higiene y saliera a dar escándalo con mi facha?". Fíjese, tener ya en cuenta arma tan revolucionaria como el escándalo. "No puedo", pensé, "anoche estuve en lugar cerrado, humo. Si cojo por costumbre ir a *grill* todas las noches (era una broma que me hacía, una posibilidad imposible) tengo que lavarme el pelo mínimo día de por medio, con tanto humo".

No se ve bien, en un pelo tan rubio como el mío, ese olor. Una niña que tenga pelo como ala de cuervo, es distinto. Así que me dije: "me lavo el pelo. Cuarenta minutos". Tal resolución necesitaba de una tregua. Me fumé todo un cigarrillo haciendo muecas en el espejo, que tenía (supongo que todavía la tiene, háyan-lo o no vendilo) una fisura en la mitad que chupaba mi imagen, que literalmente se la sorbía, pero nunca pedí que me lo cambiaran, mi mamá con todo lo compuesta y arreglona que es, era capaz de comprarme un espejo con marco dorado de 2 x 2. Tal cual me fascinaba, digo me fascina, tanto que lo recuerdo: hallé uno parecido en un almacén de trastos, uno con marco blanco que parece de hueso y con la misma fisura idéntica; ni que fuera el mismo espejo que ha vuelto a mí, y el tiempo ha angostado la fisura y la ha hecho, por lo tanto, más profunda.

Tenía yo un radio viejo en mi cuarto y pensé en sintonizarlo, pero recordé que me habían prestado discos, me los prestó un amigo, Silvio, que me dijo: "se los presto para que aprenda a oír música". Porque le tenía confianza, pues lo conozco desde chiquito, me le quedé callada, que hubiera sido otro, cualquier

alimaña de la noche, le digo: "hágame preguntas a ver si es que me raja". Pero Silvio era sincero y se interesaba por mí, por mi cultura, y además era verdad que yo no sabía nada de música. La que más sabía era Mariángela: decía nombres de músicos y de canciones en inglés.

Pensé, pues, allá arriba, en esa fiebre de heno de mi cuarto: "¿bajo y me pongo a aprender música e inglés con los discos de Silvio?". Pero cuando ya me estaba parando resuelta me senté. "No, qué voy a querer bajar—pensé, en formas como de lamento por mi suerte—, qué voy a querer oír la música delante de todo el mundo (hay que decir la verdad: a esa hora del día el mundo eran sólo tres sirvientas y un perro majadero y creo yo que minetero), qué voy a querer ponerla bien pasito después de que anoche el sonido era en chorreras, y bueno, cuando venga mi papá y mi mamá para el almuerzo le bajaré el volumen, por respeto, y apuesto que al rato ya me están diciendo: " ¡más pasito!". "No, no bajo", me dije, y caminé hasta la ventana, que no estaba sino a dos pasos. Necesité tres.

Quería cerrar la cortina y, tal vez sí, dormir. Pero no lo hice: miré de cara al día (sana fue esa acción), sabiendo que bien malo iba a ser, sobre todo bordeado por esas montañas de pelos crespos. ¿Abría las piernas el negro?

Esto de ver de rodillas donde hay montañas, lo supondrá el lector, es porque la muchachita ha probado ya sus drogas... Entonces empezamos: la mariguana me daba pesadez de estómago, pensadera inútil, odio, horquilla, pereza, insomnio; luego vendrían los riecitos de fuego excavando, cienpiés, pequeños y mordientes en mi cerebro (allí caí en cuenta que tenía un cerebro), melancolía de boca, flojera de piernas y punzones en las ingles de tanto en tanto.

Pero, oh, ¿qué cuenta eso al lado de la extendida tierra eternamente nueva, de arena dura y negra que uno descubre y jamás explora del todo cuando la música suena? Y ya dije que yo no tenía cultura, pero podía

sentir cada sonido, cada ramillete de maravillas. ¿Así cómo hace uno, ellos?

Le cerré los ojos a las montañas. Del parque, ni hablar; todavía no me arrastraba allá: ya saldría a mi paso, con su abrazo, una vez que yo descendiera al día. Pensando en esto me comenzaron a distraer unas como libélulas diminutas: si forzaba los ojos a cada lado las veía triple; hice bizco: localicé un enjambre en la punta de mi nariz. Eso sí no me gustó. Cerré mucho los ojos para olvidarme. El olvido vino bueno: vi fue miles de colores, luego sólo dos colores, verde y gris más triste del mundo, crucigramas, globitos de tira cómica sin ninguna palabra adentro, disgregación del verde hasta ser millones de puntitos como alfileres enterrados profundo, entonces abrí los ojos. Sobreexpuse (uso el término porque mi papá es fotógrafo) a las montañas, los pelos de la montaña y el azul cielo. ¿Azul porque sobre exponía o porque de veras mejoraba el día? No, era la aridez y la congoja más terrible después de un año completo que no llovía sobre esta tierra buena. "A mí no me importa —me decían— si la veo a usted, con ese pelo, me refresco". Y yo agachaba la cabeza, complacida. Pero también decían: "¿caerá la peste sobre la ciudad esta?", y otro que contestó: "que caiga", y se lanzó a bailar, frenético, chiquito, y yo también bailé, contagiada, y era la segunda que mejor bailaba (siempre fue Mariángela la primera) y no recuerdo que alguien haya dicho nada más, los que sabían inglés repetían la letra, prendieron las mejores luces y no hubo más pensamientos tristes sino puro frenetismo, como dicen.

Bueno, decidí ir derecho al baño. Decidí también pedir un desayuno lo suficientemente abundante (alas, complicado) como para que cuando yo saliera del baño *apenitas* estuviera listo. Lo pedí a gritos, y dejé por allí tirados blusa y calzoncitos en mi carrera.

Siempre, hasta hoy, me baño con agua helada. Procuré demorarme en la jabonada. Conté hasta miles y al salir canté mientras me desenredaba el pelo.

¡Por las ventanas eran tan duro y tan seco el día! Decidí que no saldría después del desayuno, no con ese sol, y pensé, trágica: "si al menos alguien viniera a reclamarme, a elevarme a clima frío". Pero si no salía, ¿qué? Tendría que almorzar una hora después junto a toda la familia. No era problema de que no me cupiera más comida, yo como con la voracidad de un jabalí, era que no me gustaba ese silencio en la mesa, interrumpido sólo cuando mi mamá se ponía a cantar falsetes de Jeanette Mac Donald y Nelson Eddy: odia toda la otra música que no sea: acostumbraba a arrullarme los veranos, cantándome la historia de *Amor Indio*.

Y después de comer, qué, subir a mi cuarto, porque abajo sí era cierto que el calor no se aguntaba, acostarme de 2 a 4 a pensar, porque ese día no iba a poder leer.

Tuve este pensamiento: "qué tal vivir sólo de noche, oh. la hora del crepúsculo, con los nueve colores y los molinos. Si la gente trabajara de noche, porque si no, no queda más destino que la rumba".

Tocaron a mi cuarto sin avisar y yo vociferé que quién era, furiosa.

"Ricardito", dijo él, con esa voz desamparada que tenía y que sacaba de quicio a todas las mujeres pero a mí no, a mí nunca.

"¡Visita!", pensé feliz, y enredé la toalla amarilla en mi cuerpo, como trigo, y así le abrí la puerta.

El pobre sonreía. Yo también: ¡traía puesta una espectacular camisa! Entró a mi cuarto siguiendo el rumbo de mi blusa y de mis calzoncitos blancos sobre el piso. Supe que la visión lo refrescó del día que había soportado afuera desde cuántas horas: siempre salía a recorrer las calles después del desayuno, a recorrerlas sin propósito, sin esa senda que ahora le proporcionaba mi ropa por allí esparcida.

Se hizo el que no la miraba, se paró en toda la mitad del cuarto y la luz, que entraba libre, sin la veneciana, le daba como una facha imponente a su preocupación constante, y yo pensé: "cuando mejor se ve es cuando está en mi cuarto. Además, quién no con esa

camisa verde profundo y lila, plenamente *psicodélica*". La palabra me hizo tramar que si bajaba la veneciana le pintaría sombras horizontales a su cuerpo, que si le quitaba la camisa, él sería una especie de John Gavin con 30 kilos menos, y que ambos éramos, allí, en ese cuarto de una casa perdida en una ciudad desolada y ardiente, nada menos que el principio de *Psicosis*, esa película que no he querido volverla a ver, para no olvidarla.

"¿Rica el agua?", me dijo Ricardito, nostálgico. Se le veía en la frente y en la nariz grasosas, por el sol que había pasado. Yo le dije que sí, y me le burlé. "Tan madrugador siempre" y él se me puso sombrío, como si mis palabras lo hubiesen envuelto de noche, a la que temía. En esa repentina negrura se me acercó y me hizo una confesión: "Hace diez meses que no duermo", y yo retrocedí, protestando: "No pongas esa cara, no la pongas, Ricardito, que apenas comienza el día". Supe, entonces, de mi error. Con justicia ha podido responder: "Apenas para ti", pero no me dijo nada, aunque lo pensó, y yo aproveché su silencio para darle la espalda y para divertirlo: abrí la puerta del *closet* y me saqué la toalla del cuerpo en un solo movimiento, la dejé caer cerca de él (no vi qué tan cerca. Uno no podía permitir que él se pusiera a hablar de melancolías, eran muchas las historias de las fiestas que había agitado, de las muchachas que había aburrido hasta la muerte con su melancolía) y protegida, como estaba, por la puerta del *closet* me hice ¡Chif Chif! en cada una de mis axilas, como gorditas, y tiré el tubo de desodorante a la cama para que él viera que la marca que siempre uso es "Aurora de Polo". Nunca me ponía a pensar en cuál calzoncito ponerme: cogía el primero del montón, y tenía miles.

"Traje una cosa", dijo, serísimo, y yo, que no lo estaba viendo, le pregunté distraída: "¿Chiquita?", haciendo torsión y metiéndome en el vestido camisero anaranjado para días como el que narro. Para una noche así de rara como ésta uso capa negra, ya raída y todo,

pero es que la toco y toco la cercanía, la confianza que produce envolvedora mía.

Ya vestida, le di la cara: "Te cogí", pensé. Me había estado mirando todo el tiempo las nalgas, a las que de refilón se les puede ver los pelitos rubios. Subió la vista azorado, y se concentró en mis pómulos tiernos. Se habría quedado horas allí, mirándome, haciendo ya la cara de mártir, si no lo saco de su concentración: "¿Chiquita?", le repetí, y él respondió rápido, como agitado por el chispazo de una idea genial: "Chiquita (yo me puse tiesa) pero poderosa", y "ja, ja, ja", se rio solo. Me había puesto tiesa porque creí que iba a decir "Chiquita, pero cumplidora", para copiarle a una propaganda de Bavaria. La Mejor Cerveza. Yo lo habría odiado por esa vulgaridad, típica de hombre, así que le sonreí en dos tiempos, agradecida por no haberme defraudado. Me le acerqué y él requetenotó mi fragancia. "Es que me acabo de jabonar el pelo", expliqué, y él: "Yo sé. Se te ve lindo", y yo le dije gracias, parpadeándole en *Close-un*. (Comprenderá el lector que el oficio de mi papá fue extendiéndose hacia una afición por la cinematografía, así que valga la licencia por el término). He aquí lo que yo pensaba: "Lo puse nervioso, es capaz de salir corriendo", pero él hizo como una especie de quite, fue y se tiró en mi cama y allí se acomodó mal, forzando la columna vertebral y con respiración de asmático.

Entonces sacó su agenda, de la agenda el sobrecito blanco, de mi mesita de noche un libro: *Los de abajo*, y encima desparramó el polvito y se puso a observarlo, olvidándome. Cocaína era la cosa que traía. Me estremecí, como maluca y con ansia, pero "No —pensé—, es la excitación que trae todo cambio". Yo había soñado con ella, con un polvito blanco (erótica, aunque referidas a una raquílica acción de fuerzas, me sonaban estas palabras) en un fondo azul, y luego con el polo Sur, y por allí navegando una barca de muertos. Luego vendría a saber que soñaba era una carátula de un disco de John Lennon, con un *polvo* de verdad en el extremo inferior izquierdo, "ja, ja, ja", me reía de ver al

miserable Ricardito tan serio, y pensé: "ni siquiera me pregunta que si quiero. ¿Así seré de cuerva?". Había sacado un par de pitillos de la agenda y ya me ofrecía el más corto. Cuando lo recibí le dije: "gracias", pensándolo muy conscientemente porque me había arreglado ese horrible día, y él se incendió de la dicha ante el halago y después le di su beso, espontánea, sincera y superficialmente.

Tenía la boca amarga. ¿Ya se habría dado un toque? No me dijo nada, el traidor. Me preguntó: "no hay ningún problema, tus papas no están, ¿cierto?". No había problema, pero yo puse a que sonara ese radio viejo por si las moscas, lo puse duro, se demoró un poquito y luego sonó ronco. Ricardito me miró disgustado. "Le hacen falta pilas", expliqué, con gran sonrisa. Menos mal, había atrapado una buena canción: "Vanidad, por tu culpa he perdido...", que me gustaba desde hacía dos noches, y que cuando la oigo ahora me sume en una cosa rica e inútil como toda tristeza, y si quiero no salgo, y si salgo hundo la cabeza y no miro a nadie hasta que el viento de esta ciudad me despierta de mi propósito de no importarme ¡nadie, de siempre vivir sola, y levanto la cabeza y helos ante mí los jóvenes con la bicicleta entre las piernas, y a esa hora (las 6) se me antojan tan femeninas, tan hermanas las montañas, y obedeciendo a la emoción pura le respondo su llamado a la noche, que no me traga, me sacude nada más, y me acuesto con el cuerpo lleno de morados. Y ya lo dije: los buenos propósitos vienen es al otro día. No he cumplido ninguno. Soy una fanática de la noche, Soy una nochera. No está en mí.

"Empieza", me dijo Ricardito, y demonios, debía vacilar algo, porque me preguntó, no burlón sino caritativo: "¿sabes cómo?".

"Claro que sí -respondí-. Si no habré visto Viaje hacia el delirio". Me armé de pitillo y aspiré duro dos veces por cada lado y él bajó la cabeza y yo no lo pude encontrar durante un segundo hasta que bajé los ojos y lo vi allí, todo agazapado en la cocaína.

"No hagas tanto ruido", le dije, íntima.



"Perdón -salió diciendo-. Es que tengo un cornete torcido".

Y yo: "¿le subimos más al radio?".

"No -dijo, muy decidido-, no me gusta esa ronquera".

Cuando yo ya saltaba por todo ese cuarto él cerró el sobre, avaricioso. Dando brincos salí de allí, fui por el pequeñísimo y genial transistor de mis papás, y al regresar vi todo desamparado al Ricardito tirado de mala manera en esa cama mía. En el trayecto yo había localizado, con la rapidez del rayo, la misma canción *Vanidad*, e incluso la venía cantando. Yo le sonreí y fue también como silbido, pues en ningún momento dejó de salir música de esta boca mía. Pero él estaba más bien como medio acuscambado, un color verde se le había subido a la cara.

Bueno, la probé y qué. Dura 10 minutos el efecto, que es fantástico. Después da achante y ganas de no moverse, espeluznante sabor en la boca, ardor en los pliegues del cerebro, fiebre, uno se pellizca y no se siente, ver cine no se puede porque da angustia el movimiento, sentimiento de incapacidad, miedo y rechinar de dientes. ¡Pero qué lucidez para la conversación, para los primeros minutos de una conferencia! Y si se tiene bastante, no hay cansancio: uno se la puede pasar 3 días seguidos de pura rumba. Luego viene el insomnio, el mal color, las ojeras amarillas y los poros lisos, descascarados. Ganas de no comer sino de darse un pase.

Pero yo me sentía fabulosa. Le dije a Ricardito que saliéramos, hasta lo golpié para animarlo. "¿En qué andas?", le dije.

"¿Yo? A pie", me contestó, parándose como pudo, entre suspiros y traqueteo de ropa nueva y huesos.

"¿Y el carro?", dije, desencantada, ya pensando en recibir ful viento en la frente. Y él me dijo, con cara de no estar dando ninguna mala noticia: "Ya no me lo prestan más".

Qué se lo iban a prestar, si la primera vez que lo cogió no distinguió el acelerador del freno. Entonces lo metieron a clases a la Academia "Bolívar", la más

exclusiva: le llevó 5 meses aprenderse toda la teoría, pero cuando le soltaron la máquina fue un desastre: me dijo que sintió primero pánico ante la idea de confundir la información tan bien asimilada y clasificada en la cabeza, y segundo, una vergüenza preliminar al inminente error, y que la vergüenza no lo dejó pensar y volvió a confundir el acelerador y el freno: estrelló el carro en una palma africana, lo sacó (operación difícil, teniendo en cuenta la reversa) y cuando ya lo tuvo lejos, a salvo, fue y lo estrelló en la misma palma.

No quise apagar el radio grande y viejo cuando ya salíamos. Al bajar las escaleras se acabó la canción, siguió una especie de charanga que yo eliminé de *ipso facto* en mi transistor minúsculo, pero como arriba seguía sonando, sonaba enferma, entonces, fue cuando sentí el olor a comida, que me repugnó: mi gran desayuno.

"¡Ya no lo quiero! -vociferé-. ¡Se me pasó el hambre, se me demoraron mucho!". Nada me dijeron, como siempre. Yo le rogué a Dios que la sirvienta estuviese con hambre para que se lo devorara. A ella le hacía más falta que a mí, la pura verdad.

Bueno, salimos a ese sol maldito, y sentí una mala vibración en el occipucio que no me gustó para nada. Ya iba a decírselo a mi amigo, pero me reprimí de solo verlo: en toda la mitad de la calle estaba recibiendo el sol de frente y con los brazos abiertos; hasta me pareció que daba gracias. Sí, fantástica camisa la que traía puesta. "¿Regalo de tu mamá?", pregunté.

"Sí, ayer llegó de USA (yo ya saltaba hacia él por ese andén caliente). También me trajo la coca, qué tontería, es como mil veces más cara allá. Dice que ya que tengo tantos traumas que meta de esto. O me calmo un poco o me quiebro el coco. Yo creo que ella quiere lo último. Está pidiendo prospectos de un hospital mental en Inglaterra".

"Pobre Ricardito Miserable", le dije, conmovida y con ganas de pedirle un pase, ya que se trataba de un

regalo materno, pensé, bromeando: "el amor de madre no es nocivo".

Era ella una señora bonita, escultural para mejor definírsela, vestida toda de cuero y brillos. Sólo tuvo a Ricardito, y a un pavo real medio apocado de tanta pedrada que le dio el hijo. Alarmada ante las pésimas notas que siempre sacó su hijo en el colegio, se pasaba las noches mostrándole diapositivas de viajes y museos. "El colmo de todo -decía Ricardito-, la Acrópolis de Atenas". Allí era que siempre se dormía, y lo despertaban con jarradas de agua fría. Después se cansaron y decidieron ignorarlo. Ricardito se despertaba antes que todo el mundo para desayunar solo, almorzaba afuera con Coca-Cola y un pan de cincuenta, y llegaba tarde por la noche, con miedo, a comer frío. "La que más me ignora es ella, eso sí", se quejaba.

Atravesamos en silencio el Parque Versalles, creo yo que sin pensar en sus deteriorados pinos, sin oler muy profundo, no fuera que me acabara dando nostalgia de Navidad o de veraneos. Cuando cruzábamos la calle, a él le hizo falta la música.

"Pone ese radio, ¿quierés?", y yo que lo pongo y suena tremendo Rock pesado y seguido. Miré a Ricardito emocionada. "Es Gran Funk", me informó. El entendía. Yo lo admiraba.

"¡Oh, va a ser un gran día!", exclamé, un poco aliviada de haber salido del parque sin pensar en cosas raras, y alcé los brazos, y en ese movimiento oigo que nuestra música se multiplica una esquina más allá, dos esquinas, hacia el parqueadero de los almacenes Sears. ¿Era que alguien ponía un radio a todo volumen o era que bailaban? "Bailan a esta hora del día", me preguntó Ricardito, y yo no le contesté, frenética. Apuré para cruzar la Avenida Estación y llegar a la esquina deseada, mis esquinas, creyendo como cosa cierta que en la mitad del parqueadero de Sears habían instalado de nuevo el Centro a Go-Go que fue delicia de mis 1960s.

En tres, en cuatro pasos me imaginé lo que sería ver otra vez esa construcción de lona y nylon, repleta de gente y cayéndose de tanto soportar la música, a esa

hora del día. "Volvería a empezar", me prometí. "(',A empezar qué?". O vivir de nuevo a! menos dos momentos: primero, ver bailar a una muchacha de minifalda blanca y rombos negros, toda *Op*, ver su estilo liviano, seguro, callado, y los muslitos, verla recibir el primer premio. Segundo: verlo, desde que entró, al muchacho de camisa *rosada*, rosada para esa época, de Pelo hasta los hombros, mi primer peludo, y la gente se abría para verlo; bailó con la niña de blanco y no le sirvió pero no sintió vergüenza; yo tampoco la sentí por él; "estamos entrando a una nueva época", pensaba, alborozada. Esa misma noche le dispararon, los de la barra de El Águila. La bala le entró por la nariz y la cara toda fue una bola inflada de sangre, una burbuja gigantesca que flotó a la altura de la mirada fijísima de los jovencitos que nunca habían visto un muerto; se desplazó un buen trecho y luego se reventó fácil, ni ruido ni salpicaduras. Los tres que lo mataron salieron de allí rápido, prodigiosos (yo me enrolaría con uno que los conoció, tiempo después, en la cola). Al otro día cerraron el Centro.

Yo pensé, mientras daba mi último paso: "Me tocaría escoger; no me sería deparado ver ambas cosas por segunda vez; tendría que escoger entre la chica del baile o la burbuja". Me decidí. "El muerto -pensé-, el muerto", y voltié la esquina.

En la inmensidad de aquel parqueadero no había i más que dos personas. No ajetreo, nada de baile. Los inseparables Bull y Tico, pasándose de oreja oreja un transistor más pequeño que el mío, y el volumen era como se apresuró a decir Ricardito: "Fenomenal. Yo lo conozco. Es un nuevo modelo que se han inventado en Japón". Pensé: "ellos también estaban esa noche, ellos también recuerdan", cuando ya nos habían visto y sonreían. También pensé: "pero no recuerdan tanto como yo. Se reúnen aquí con este sol para gozar del único espacio abierto que queda en el norte de Cali". Espacio, si se me permite informar, que ya no existe. Colombina, la fábrica de confites que se exportan, ha levantado allí una torre de 30 pisos.

Les gustó verme. No se aguantaron las ganas y caminaron hacia mí, cuando a mí me habría gustado más encontrarlos en pleno centro. Noté que Bull se quedaba un poquito atrás. ¿Estaría ya cansado de verme tanto? Yo estuve muy cerca de él en el verano del 66 en la Carretera al Mar; luego se ligó con Tico y no lo volví a ver más con peladas, la pura verdad. A Tico sí.

"Bien venidos -dijeron-. Buena música. Coincidimos".

"Lo que podría indicar un rumbo común para este día, ¿no? ¿Cuántas rumbas hay?".

"Tres", me respondieron. "Una donde Patricia la linda (que era malvada con los hombres), otra donde el flaco Flores que acaba de llegar de USA y trajo un montonón de discos, y la última, sin sitio fijo: la gente se reúne en el parque del viejo teatro Bolívar y allí se decide".

"A mí me suena la del flaco", dije, y a ellos les sonaba lo mismo. "Entonces, ¿avanzamos?", invité encantadora.

Avanzamos, no sin que antes fuera tesamente alabada la camisa de Ricardito, que respondió más bien huraño a las descripciones (pobres) del color y la textura de la tela.

Caminamos largo por el parqueadero y yo lamenté no llevar zapatos de suela gruesa. Ardía el suelo.

A la Avenida Sexta llegamos entre aroma y porciones de sombra de carboneros.

Vivía, pues, yo, en el sector más representativo y bullanguero del Nortecito, aquél que comprende el triángulo Squibb-Parque Versalles-Dari Frost, el primer Norte, el de los suicidas. Lo demás, Vipepas, La Flora, etc., es suburbio vulgar y poluto. Mi Norte era trágico, cruel, disipado. Vivía con ventana al Parque Versalles, amiga del menor de los Castro, que se disparó en la frente de vergüenza ante las humillaciones de un policía en Felidia; única amiga del mayor de los Higgins, aquellos ingleses enigmáticos, asmáticos, el que murió de locura, de hambre (no sentía hambre) y de insomnio (no sentía sueño); los otros,

quedan tres, andan por allí desperdigados; me parece que se han vuelto peliadores.

Era el Norte en donde los hermanitos de 12 crecían con los vicios solitarios que los de 18 recién habían aprendido y ya fomentaban, el Norte de los buenos bailadores, de los francotiradores de rifle de copas. Ya voy poco por allá, pero cuando me dejo descolgar, la gente que sé que es, me recibe bien. Aún así, me la paso esperando a que algún día se pierdan por aquí, por esta Quinta con Quince en la que vivo, conscientes, a ensuciarse de la grasita de la plebe y, camarada, yo sí los atiando bien, vuelven a sus casas tarde, a luchar con mi recuerdo, ése que les obliga a prometerse que no vuelven más, a no volver el otro sábado porque si vienen a mí dos veces, acá se quedan. Y no hay entre ellos uno con la fuerza, el aguante, la prudencia y la ilustración que yo tengo para saber bandear esta vida de amanecida.

En la esquina de la Sexta con Squibb encontramos a Pedro Miguel Fernández, el que envenenaría a sus tres hermanas, a Carlos Phileas, el lector de H. G. Wells, y a Lucio del Balón, que yo creo va a llegar a médico famoso. Los tres cargaban libros. Dijeron que estudiaban para exámenes de no sé qué, pero que hacían recreo, así que se nos unieron, hacia el Sur.

Ya el andén no alcanzaba para todos, y al Ricardito le tocaba ir bordeando el césped. Yo iba en el centro, y a todos ellos les había llegado noticias de lo que comenzaban a ser mis noches, y todos tenían preguntas para hacerme, y yo a ninguno le dejé con la palabra en la boca, respondía a punto, pausada, para todos (oh, cómo recuerdo los cuellos estirados, las caras que relucían de gusto ante el vaivén de mi pelo, que era verdad, como me decían, refrescaba el día), y mientras más ganábamos Sur era obvio (por las cabezas que se asomaban de los buses, porque dos pelados más se habían sumado a la comitiva) que mi reinado se establecía. Horrible fue comprobar que un foco de rebelión se gestaba recién coronada, por ese sol, la reina: nada menos que Ricardito Sevilla, el Miserable, el

sempiterno inconforme. Hacía un buen rato que se había ensilenciado y sólo miraba a donde iba a poner el zapato, como si previera una repentina caída de bruces.

Temí, entonces, una deserción, que sería grave porque, primero, su espectacular camisa colaboraba a mi colorido; segundo, él me traducía, a mi pedido, las canciones más bonitas en inglés; y tercero, unas tres cuabras para acá yo ardía en ganas de decirle que nos arrimáramos a un árbol (no importa que los otros nos creyeran novios) y que me diera más cocaína.

Cuando vi que puso la mirada terrible, que ya no andaba sino que zapatiaba, y lo peor, cuando comenzó a mirar por encima del hombro, yo le dije: "¿sientes lo que yo estoy sintiendo?".

Y la verdad fue que el muchacho se quedó de una pieza; hasta se detuvo, y el grupo entero tuvo que perder un paso para esperarlo. Era mi manera de recordarle nuestro vínculo *psicodélico*, pero él francamente no la captó, o si la captó pensaría, el autosuficiente: "bueno, ¿y a mí qué con eso?".

Pero el percance no alteró la satisfacción de mi talante, de mi sonrisa. El radio, en su inconstancia, cambió de *Rock* pesado a *Llegó borracho el borracho*, que yo mutilé en el acto (Tico también), para que se diera una sinfonía de rasguídos y chillidos buscando la mejor estación, el acuerdo. "No hay mucha", pensé desesperada. Tico me miraba pidiendo ayuda y yo que no encontraba nada, entonces le pasé el radio a Ricardito el Miserable que en tal caso era el entendido: se lo tiré como si fuera un ladrillo encendido. "Localicé", dijo Tico, y yo no le quitaba los ojos al Miserable para ver si se ponía de acuerdo. Expresó su malestar, su profunda pena, sus celos, sintonizando y subiéndole a "Por la lejana montaña / va caminando un jinete, / anda sólito en el mundo / y va deseando..." ya se sabe. Era para oírlo. Oír la bella (pero vieja) *Casa del Sol Naciente* con "Va cabalgando un jinete", y tener en cuenta que ya caminábamos entre ceibas y samanes y que era, cielos, la hora de más ajetreo de las chicharras. Tico le subió volumen a su poderosísimo receptor,

disgustado. Yo miré feo a Ricardito y le dije: "Please, ¿no? Sintonízalo donde es. Somos un grupo". Ya había uno que le quería pegar: "o pones algo en inglés o te sacudo". Cortó por el camino más directo: apagó el radio.

En aquel silencio el transistor de Tico sonó majestuoso, chirriaba la puntera, empujaba el bajo, y la queja de Eric Burdon (conocía yo la versión en español de Los Speakers, por eso sabía de qué trataba la letra) comenzó como a tender un manto de sombra sobre las montañas que avanzó rápido, con límites en forma de cuadrado, dispensándonos, entonces, por primera vez en ese sábado, la sombra total. Con ella vino brisa del mar.

"Tico -dije-, tu radio es fabuloso", y él estiró el cuello, a la vez que Bull tosía, celoso. "Con esa música -complementé mirando a los muchachos- ustedes ya me tienen".

Ni sabía bien lo que estaba diciendo.

"Pero yo no te tengo -protestó Ricardito, y luego: yo me voy, yo me piso". Miró torvo. Yo lo cogí de un hombro. No era caridad y él lo sintió, pero me miró aún más altanero. Los demás pensarían que había allí trifulca de enamorados.

Yo lo llamé aparte, Dios me perdone, dejé un hueco en ese grupo de muchachos bellos que, comprensivos, esperaron. Pasó un carrito Simca y Pedro Miguel Fernández, el futuro envenenador, reconoció en él a dos amigas que, haciéndole señas, manoteos de gallina, le pararon.

- "¿Por qué te vas?", le pregunté a Ricardito.

"Sorry, hay mucha gente -me contestó rápido-, sin dulzura. Ya me estaba poniendo nervioso".

"Sí, te noto".

Me decidí, perdí los escrúpulos que ahora me acosan, le dije: "antes de irte, ¿no me dejas algo?". Lo miré directo a los ojos, no podía resistir. No resistió, pero se vengó hablando:

"Para eso es que me querés. Tomá". Me extendió un sobrecito completo. Me impresionó la blancura de su



mano, y las venas. No me importó, la verdad, que con ese regalo me ofendiera. Pensé en Mariángela. Lo bendecí.

"Cuídate mucho", le dije, de último.

Gocé viéndolo cómo me daba la espalda, odiándome. Siempre tuvo miedo a que le recomendaran cuidado. Decía: "Es como si alguna confabulación me esperara en mi camino. La persona que me previene sabe cuándo y quiénes, pero no me dice por miedo y egoísmo". Lo vi alejarse rápido y torpemente. Nunca fue de ánimo colectivo. Nunca comprendió los grupos. Cuando me voltié, el Simca arrancaba y Pedro Miguel volvía corriendo al grupo.

"Otra rumba -anunció-. La cuarta. Lunada en finca cerca a Pance: *Marsmellows* asados y *Rock* latino". 'Peor porai', pensé; "latino y no saber inglés para entenderlo".

Ya con sombra, caminábamos más despacio. El lector sabrá de la prisa demente de aquél que camina al sol, buscando una pared en cuya base crezca una franjita de 35 milímetros de sombra y pararse allí, con escalofríos hasta la caída de la tarde.

El Ricardito se fue seguro de que los otros se iban a poner a mencionarlo, a preguntarme cosas de él. Se equivocó.

Carlos Phileas habló de una posible ayuda estatal para obtener la "Cavorita" y la droga que lo haría invisible; terminó con una comparación feliz: "invisible como las chicharras que se mueren de tanto cantar", porque con la sombra novedosa cada árbol se ensilenciaba a nuestro paso. Sabido es que a las chicharras les rasca el sol y cantan para olvidarse. Cuando no cantan, duermen un sueño tonto. Cuando cantan en exceso, revientan.

Yo me puse a describir melódicamente lo que sería esa noche con todos ellos juntos, a cada uno le fijé un puesto, una actitud, cada uno participaría de mí si seguían a mi lado. Pasamos Dary Frost oyendo a Santana, dos cuabras más allá antologías de los Beatles, que un locutor ocurrente seleccionaba.

Vino, entonces, el encuentro, que más fue incidente. Me distrajeron los picos de las montañas, como espejos y "viene el sol", pensé, preparando mi moral y asegurándome "mi cara permanecerá fresca" y miré delante de mí, calculando las cuadras que faltaban para llegar a Oasis. Al término de la cuenta venían dos muchachos con botas de trabajo y libros hasta la coronilla, caminando cansados, patiabiertos y tímidos: Armando el Grillo y Antonio Manríquez.

"Los marxistas", pensé, sintiendo como un impulso de apartarme de mi cohorte de juventud fantástica e irles al encuentro, porque, como le digo, respetaba y respeto su pensamiento.

Hice lo que tenía que hacer. Pensé: "yo ni riesgo que voy a estar con esos solitarios esta noche ni la otra, y además ninguno de los dos me gusta. Si voy a ellos sola no me creen las razones que dé de mi incumplimiento, y además ofendo a éstos". Seguí, pues, caminando, conversando con todos y sonriéndoles. Ocupábamos la extensión de dos andenes, éramos una gallada desde un punto de vista numérico, respetable.

El Grillo y Manríquez se intimidaron más, bajaron los ojos y exhibieron los títulos de los libros. Yo paré, porque habíamos llegado a Oasis. Ellos, a reclamarme.

"Me muero de la pena -dije-; tuve un problema; ustedes saben cómo es mi mamá. ¿Estudiaron mucho?".

"Me parece que se nos nota", dijo el Grillo.

"Ay sí, están barbados, con ojeras, sucios, cuánto lo siento. Saben que me gusta compartir sus esfuerzos. Será vernos el lunes".

"A la misma hora", dijo el Grillo, y siguieron cabizbajos ante ese sol que ya aplanaba el mundo.

Volteé mi cara rápido, para no deprimirme. Acción magnífica: recostada en la pared de la siguiente esquina, con facha de comprenderlo todo y de no gustarle nada, y bellísima, mirándome, estaba Mariángela. La acompañaba el mismo Prometeo, pelirrojo y todo, encadenado a gigantesco estuche de guitarra eléctrica. "Trae música", pensé, y de brinquitos me les

fui acercando y ella me regaló la sonrisa, que estoy segura, era la primera de ese día.

Nos saludamos de "quiay pelada", y me presentó al fantástico acompañante: Leopoldo Brook, acabado de venir de USA, tocaba *Rock* y yo pensé: "Necesito intérprete", y maldije a Ricardito por abandonarme. "Me voy a morir de la vergüenza si esta noche él me ve emocionada ante letras que no entiendo".

Ya sabían de las cuatro rumbas, ya ellos habían escogido la de Flores.

Yo me volví y animé a todos los muchachos buenos, que ya estando en Oasis se dispersaban hacia cualquiera de las tres esquinas, pero no a la cuarta que era de Mariángela, a quien admiraban, pero temían. Comenzaba allí la espera de la noche pero una espera divertida, no había posibilidad de que la cita no fuera cumplida, una cita a la que ellos, por buen ánimo, le llegaban temprano. Pero nunca fue cosa fácil situarse toda una tarde en un sitio así de meridional. Había que huirle a las malas presencias de parientes y enemigos. Tener en cuenta que eran todos muchachos *psicodélicos*, que unos llegaban a la cita ya bajando, pretendiendo que la compañía de la gente bella les hiciera menos hiriente el cese de velocidad, ese peso en el estómago que a la vez va subiendo... Siempre había colas ante el baño de los hombres, los muchachos que intentaban ponerse livianos y más plácidos defecando al fin de cada viaje.

Que un muchacho aparecía tal día con la piel cuarteada, con menos pelo, con el equilibrio un tanto descuadrado, ¿un muchacho de 15 años? No importaba. Había una actividad en todos ellos (yo no sé si era la ropa a la moda) que hacía un espectáculo feliz de ese desperdicio. Reían con prevención. Cruzaban unas diez veces la Sexta, pendientes del menor gesto que les indicara una posibilidad de nuevo vínculo, de nuevo arranque. Había allí como una revista de flacuchentos movimientos atléticos, y a mí me gustaba. Cada dos horas descendía por allí la corriente que salía de cine, y cada quien ocupaba entonces su sitio estratégico, cada quién sabía cuál conocido estaría en

Social, cuál en Vespertina. Y había una actitud, un saludo distinto para cada uno. No es lo mismo ver pasar y deseárselo suerte a una hermana (alcohólica), a un compañero de generación que no participa de esa cultura, a un profesor marxista al que un día se le dijo que cada acto de la vida iría encaminado a combatir el imperialismo, que al droguito fácil que viene con buenas nuevas, un pericazo para los tres más amigos. Se estaba allí, se semi-habitaba allí y se metía droga todo el día. La hermana, el diferente, el marxista, tenían que saber eso. ¿Qué hacían ellos, entonces, para no ser despreciados o para devolver el desprecio en movimiento de volibol? Oponían a esos solitarios ejemplares de ca-balidad y lucidez, su unión, su número, su música (que no era suya), los restos de su belleza. Todo el mundo iba allí, el mundo por allí pasaba. El de conciencia social tenía que atravesar el sector bajando la mirada, yendo a hundirse en sus libros y a la cama temprano. Ellos, en ese como dulce y permanente movimiento de moscas, envolvían y polarizaban cualquier ofensa. Algunos, los más inquietos, Les reprochaban su falta de talento para apreciar la noche, para tomársela, como decíamos, lo que significaba entonces que eran viejos, y otros, aún inteligentes, no salían de la certeza de que cuando se llegara la hora de avaluar esa época, ellos, los drogos, iban a ser los testigos, los con derecho al habla, no los otros, los que pensaban parejo y de la vida no sabían nada, para no hablar del intelectual que se permitía noches de alcohol y cocaína hasta la papa en la boca, el vómito y el color verde, como si se tratara de una licencia poética, la sílaba no-gramatical, necesaria para pulir un verso. No, nosotros éramos imposibles de ignorar, la ola última, la más intensa, la que lleva del bulto bordeando la noche.

Cuando llegó fue mágica. El repentino fuego de los autos, las montañas a morado, la música de palmoteos y saltos y chillidos que entonaron los muchachos, yo sonreí y mis dientes y los de Mariángela se vieron brillantes en la nueva oscuridad, con fuerza de marfil,

como para no cariarse ni acabarse nunca: digo, no es un proceso corriente tener que acostumbrarse a una noche que siempre llega así, siempre excepcional. Tal costumbre tiene que implicar locura. Por eso somos como somos.

Yo definitivamente cautivé al Leopoldo Brook, mientras Mariángela, que ya había mirado y mirado la venida de la noche, se tomó su tiempo para contarme su angustia de ese día: le había rascado el cuerpo, como a las chicharras. "No importa -le dije- ya te tocó su sombra y ahora vendrá la música". Se moría de tristeza ante miles de fotografías que descubrió de su mamá cuando joven, con ella en brazos, en las fincas. La atormentaba pensar que a los 17 había vivido más que su mamá a los 50 (desproporción simple de comprender, teniendo en cuenta cómo van los tiempos). "La única corrompisiña que tuvo fue cuando conoció a mi papá, un campeón de tenis belga que pasó por aquí en *tour* y siguió en *tour*, y hacían el amor como conejos". Allí se quedó como atolondrada, y luego dijo suplicante: "yo lo que quiero es música", a lo que el pelirrojo contestó que no era sino decirle y a berriar mensaje "delante de todos estos cuchitriles", fue la palabra que empleó. "No -dijo Mariángela-, más bien vamos a dar un paseillo a la manzana, para calmarme", y el pelirrojo le obedeció de primero: yo en cambio, me tomé mi tiempo para mirar a muchos de mis compañeros, y les hacía señales, les indicaba que sería temporal la ausencia, que a la fija nos veíamos donde Flores, luegoito. El Bull y el Tico se la habían pasado toda la tarde con el transistor a todo volumen, y más de un ciudadano se había acercado a hacer reclamos, pero Tico era atravesado y Bull nada más que con su simpleza de estar allí, detrás de él e impajaritadamente frente a quien viniera a molestarlo, era el mejor apoyo.

"Pues si lo que necesitas es calmarte -dije con la mayor simpleza del mundo, cuando caminábamos al Sur-, yo aquí tengo un gramo de cocaína".

El pelirrojo casi deja caer la guitarra. Mariángela cambió inmediatamente de rumbo: me agarró de un hombro

y casi a la fuerza me hizo cruzar la calle. Andaba encendida toda y nos invitaba a su casa, en Granada, cerca de la loma.

Su mamá no estaba y tuvimos que prender todas las luces; esas casas de oscuridad y paredes amarillas, había una piscina vacía, cuarteada, en un patio de baldosas.

"Mi pobre mamá —explicó Mariángela, lúgubre— está en misa de sábado en San Judas. Obremos frescos que no hay problema de nada".

La cocaína, además de ponernos a todos inmediatamente felices, provocó en Leopoldo dos horas de música en inglés, y yo lo admiré y lo adoré en mi devoto silencio; provocó también una frase de Mariángela que no olvido, cuando Leopoldo agachó la cabeza y su largo pelo rojo ocultó la guitarra entera. Ya no quería tocar más. Pidió vino o agua, algo de beber. Mariángela me pidió que la acompañara por vino a la cocina, y allá lo que hizo fue mirarme de frente y tan duro y tan fijo y era realmente tan bella, *de pelo como el mío* y con esa cara de saber a la perfección lo que estaba haciendo, que yo le permití que desabotonara mi vestido y almohadillara ambas manos sobre mis senos; entonces fue cuando aseguró: "los hombres son unos tontos. Tú puedes manejar mejor que ellos ese pipí que te meten con tanto misterio".

"A mí me gustan", repliqué, apartándome (no tenía por qué decirle que a mí nunca me lo habían metido); "me encanta ese roncarolero", y hacia él fui, llevándole el vino y la certeza (copiada en alguna forma de Mariángela) de que en mi vino y en mi compañía le llegaba su descanso. El lo comprendió todo, y yo casi que le confieso en ese acceso de entendimiento y buena voluntad, que no había entendido ni jota de las letras que cantó. No me atreví. Deseé una vez más tener a mi lado a Ricardito, el Miserable, que tan fiel y delicadamente me traducía cada línea de canción.

"Salgamos, ¿quieren?", dijo Mariángela, y sus palabras siempre fueron órdenes corteses.

La noche estaba azul turquí, y Mariángela bailaba sola en mitad de la calle. Así caminamos hacia la fiesta en pleno Parque Versalles, oscuro y circular como si fuera un conjunto de ruinas. Ojié mi casa y supe que allá todo el mundo estaba ya dormido.

Cada vida depende del rumbo que se escogió en un momento dado, privilegiado. Quebré mi horario aquel sábado de agosto, entré a la fiesta del flaco Flores por la noche. Fue, como ven, un rumbo sencillito, pero de consecuencias extraordinarias. Una de ellas es que ahora esté yo aquí, segura, en esta perdedera nocturna desde donde narro, desclasada, despojada de las malas costumbres con las que crecí. Sé, no me queda la menor duda, que yo voy a servir de ejemplo. Felicidad y paz en mi tierra.

Toco yo a la puerta y nos abre un jovencito sin camisa, y no espero a que me digan "entre" más bien casi que lo empujo, de lo desesperada que me sentí de saberme todavía fuera de esa música. Cantaba un hombre de voz altísima, con poco acompañamiento, eso lo recuerdo bien. También recuerdo que entré como un perro que olfatea, y que eran totalmente lisas las paredes de esa casa, sin un cuadro, y que me lancé a bailar en un intento de enredarme a algo, no resbalar hacia el abismo en semejante lisura, paredes que eran como témpanos de hielo, mi baile es enredadera nocturna, llana y puente y acto solitario, pues bailé solita, pues todo el mundo estaba era sentado, ¿sería posible que algunos cabeceando en semejante tempranía?

Yo no dije nada, yo no saludé (sentí, eso sí, que con la entrada de Mariángela, a mis espaldas, se daba una especie de bullaranga), yo me dispensé caricias, agradecida de esa música, y oír murmullos de aprobación y reconocimiento, y pensé, agitando mi pelo: "mujer, estás dándole vida a esto", si no, entonces por qué fue que no sé de dónde salieron las luces raras, las luces negras, y un gritico, una falsete, que inarticulado y todo era como un conjunto de cifras de alabanza a mi pelo. Allí estaban mis amigos, sí, mis amigos. Pero tengo la conciencia muy molesta, de que no duró nada la

canción, y yo frené en seco, trastabillé, abrí la boca y enfoqué, sólo para saberme a un tris de caer en cuatro delante de todo el mundo, de los que me adoraban. Pensé: "si pierdes el equilibrio lo perdiste todo", y me quedé tiesa, apretando los dientes, añorando el ritmo que alguien, una sombra larga y diligente se apresuró a renovar. Yo pensé: "voy a preguntar quién cantaba esa maravilla", cuando sonó el aplauso, y la gente se paró y me vi rodeada toda, Silvio, Tico y Bull, Carlos Phileas, ni siquiera las mujeres me miraban con envidia, y yo fui toda sonrisas, miraditas por el hombro. (Nadie supo que un segundo antes estuve a punto de caer de bruces, como una bestia), y con tanta aprobación, tanto gusto y tanta gloria nunca pregunté el nombre de la canción, ni el intérprete. Una laguna más que tengo.

Me llevaron y me sentaron y me calmaron, y yo pensé, cuando ya la música sonaba y yo la aprobaba íntegra: "esto es vida" De allí en adelante mi vida ha sido una aceptación-prolongación consciente, lúcida (para apropiarme de la palabreja) de ese breve pensamiento. Supe que no iba a encontrar nunca, nunca, tanta reunión y tanta armonía. Sabiendo amigos en todas partes aún no los reconocía a todos, y de cualquier manera supe que nunca iba a estar así de protegida.

"¿Cómo te sentís?", me preguntó una cara, la del envenenador Pedro Miguel Fernández, que se había escurrido entre hombros y maraña de pelos y penumbra a dejarme ver la luciérnaga de locura que ya revoloteaba en medio de esa sombra que era la cara toda y esa carroña incipiente de los dientes, enormes. Yo le dije: "Pedrito, mejor que nunca", y a él le bastó eso para cerrar los ojos, complacido, y volver a sus cosas, a su rincón preferido. Me sentí cansada y conmovida. A Leopoldo Brook ya le habían encontrado lugar, a él y a su guitarra. A la que no veía era a Mariángela. Yo no me moví hasta no sentirme físico centro de la casa, que era grande, porque arriba, muy lejos, retumbaban pasos, y cierre de puertas, y algún muchacho travieso que saltaba en una cama resortada. Naturalmente no había



papas. Tal vez por la blancura de las paredes era que del patio del fondo, con árboles frutales, parecía que entraran borbotones de azul.

Comprobé que no había muebles, fuera del stereo, que estaba a mi derecha y era complicado y poderoso. La gente ya bailaba, y yo oía: "desde que ella llega, todo cambia".

Me hizo falta Mariángela. Me paré, pero no para buscarla: para saber que sí podía durar parada. Me les uní a los bailadores con ese paso que yo hago como marcha (una vez me echaron en cara que era un paso masculino, que me debería de dar vergüenza), como que si uno cargara un peso en las manos, una solemne guitarra eléctrica, guitarra de hierro, guitarra líder, principal movimiento de piernas, de rodillas, y avanzando siempre, difícil de espaldas, conquistando de frente, y lástima que mi boca no sea tan grande como para hacer piquitos furiosos.

Unas manos subieron hacia mí y me ataron collares de campanas a mi cuello. Todavía las llevo, campani-llando toda como noche de Navidad, de esas bien tristes, en donde a uno le da por la tontería de añorar niñeces, no me convencen esas nostalgias *reaccionarias*: pretender no seguir creciendo, eso es nostalgia. No, yo crecía, y en compañía, alabada, mimada, imitada.

¿Era mi excesivo estímulo o era que oía una guitarra en vivo allí en la sala? ¿Un rasgueo con esfuerzo de verdad? Voltié y voltié hasta hallar al pelirrojo: sincronizado, perfecto, con la boca apretada, jugaba al modesto papel de un canal de salida más, el quinto.

"¿Con quién se sincroniza?", pregunté, con prisa, a la loca, a quien me quisiera calmar.

"Eric Clapton, Eric Clapton", me informaron entre la maraña.

"Oh", dije yo, y luego: "¿es uno de los mejores?", y ubiqué al muchacho: no lo conocía, de camisa blanca y balaca, de boca bella. Hizo cara de mucha seriedad para responderme: "en mi modesta opinión el mejor".

No bailé más. Caminé hasta donde el pelirrojo. Hice Posición de Karma o Kata o como se llame, hindú en todo

caso, y lo contemplé en su trabajo generoso de venir con todo ese conocimiento acumulado en USA para unirse a nuestra frágil celebración nocturna, a enseñarnos disciplina. El hacía muecas, y de una a otra cada vez más pálido, y góticas de sudor que yo le habría sorbido para volverlas lágrimas de emoción mía. Cerraba los ojos, pero entre parpadeo y parpadeo (que yo aprendí a sincronizar también: cada vez que hacía un sonido bajo era cuando abría los ojos, y allí yo le hacía tamaña sonrisa) me veía, y me imagino la naturaleza magnífica de esa visión, yo sonando mis campanitas.

Al terminarse la canción (*White room*, me informaron) él respiró hondo y yo me conmoví y quise mostrarle mis ganas de ampararlo, de abrirle trocha en este trópico bestial al que él, de voluntad, había venido.

"¿De vacaciones?".

"No del todo", me respondió, y yo, pensé: "cielos", pero dije: "¡oh, magnífico! Ya verá cómo le encuentro qué hacer, que siempre hay".

Unas piernas se acercaron. Yo subí la vista, con dolor. Era el altísimo flaco Flores, que venía a formular el imprescindible: "¿Todo bien?".

" ¡Todo!", dije, alborotando.

"Entonces quiero que abras la boca", ordenó, en un impecable movimiento de descenso y acoclille. A esa luz, la cara se le marcaba toda por los huesos, como astillas. Tuve un pensamiento erótico ante la orden de *abrir la boca*, que ahora me sonaba como propuesta. Para apartar de mí el pensamiento la abrí, y hasta saqué mi lengua, que es puntudita y rosada. Allí me dejó ver sus manos: una era un puño cerrado, en la otra un vaso con agua.

"¿Qué me vas a dar?", dije, horrible, con la boca abierta, hasta supongo que baboseando. Desanudó el puño y dejó ver dos pildoras púrpuras.

"Acido -dijo- abrí la boca", porque yo la había cerrado, glup, al ver las pepas, y mi cara fue cortada horizontal ante la palabra que la nombraba. "No te dé miedo".

Yo me dejé de tonterías. Me chupé los labios, al fin y al cabo algún día tendría que probarlo. Pregunté: "¿una sola, o ambas?".

"Dios mío, ¡una sola!", dijo el pelirrojo ayudando.

Entonces cogí una y me la zampé. El agua no me supo bien. El pelirrojo se metió la otra y siguió tocando. Yo pensé: "¿me ignora?", y me incorporé a manera de defensa.

El suspendió su música para preguntar: "¿te vas?".

"No -le dije-; ¿no oyes un alboroto? Parece que pelean afuera", y pensé, corriendo ya (pisé a alguien y me pidieron disculpas): le están pegando a Mariángela. ¿Dónde está Mariángela?".

Habría unas ocho personas ante la puerta, y Mariángela no se veía, pero pude oír, eso sí, la forma como maldecía. " ¡Paso, paso!", grité, y los abrí si era que no se abrían, pellizqué a uno con retorciójn, golpié con las rodillas en donde caza perfecto la rodilla, diciendo el clásico "mal soldado". No me iba a quedar yo adentro mientras a ella le pegaban, pensé: "alguien que no pudo más del odio", y al salir el aire me confundió toda pero alcancé a ver lo que sucedía y retrocedí, sufriendo un repentino dolor de cabeza.

Era un espectáculo penoso el que veía. Mariángela estaba patiendo a Ricardito el Miserable, el pobre, que ni una vez pedía perdón, a cada patada reclamaba, insultando siempre, el maldito. "Aquí tengo que ver yo -pensé-, por partida doble", y estiré los brazos, la agarré a ella de los hombros, la voltié, le pregunté: "¿qué pasa?".

El sentirme se calmó íntegra, resoplándome en la cara. Increíble: una vez más (tal vez su número mil) le encantó verme. Empezó a respirar pasito, haciendo un esfuerzo, creo yo, en ritmos de seis y seis. Lo que me explicó fue dicho sin furia. Ya había pasado la acción. Todo lo que seguía era yo.

Me dijo: "Figúrate que estoy pensando un montón de cosas bellas, acá afuera, porque no me siento con ganas de entrar del todo a la rumba, y veo a este rufián que se encamina, con caminado de tonto, hacia esta puerta.

Yo me sentía tan social que su fracaso, que sé eterno, me conmovió. Entonces me le acerco y le digo 'bienvenido'. ¿Y sabes lo que me contesta? 'A mí no me bendice nadie'. Y hasta me toca, 'quite, mujer formada, cuerpo de guitarra', y me empuja. Y yo que siento no más que su mano se posa en mí para que coja todo el brazo y lo sacuda desde la punta de los dedos hasta la columna vertebral, el huesito que sostiene el cráneo, el coxis, el talón. Luego lo derribo y en el suelo lo pateo. Allí fue cuando llegaste, creo. Alega que te conoce".

Miré al Miserable. Tenía la boca emplastada en sangre. No lloraba, ni parece que sufría. Hubo uno que trató de quitarle la tierra de la camisa y él lo apartó con furia, entonces le dieron otro guamazo.

Se paró, se quitó la yerba, sangre y ramitas que no lo dejaban ver y se quedó allí, mirando con odio a todo el mundo, menos a mí, con las manos en los bolsillos. Me miraba desde la divina distancia.

"Sí, lo conozco", dije, y caminé hacia él, y me sonrió. Le cogí una mano. Le dije: "ven, entra, hay ambiente".

Se aflojó todo y permitió que yo lo guiara, y ya cerca del umbral me dijo: "sólo que no me digas nunca bienvenido".

"Como quieras", acepté. Lo llevaba por entre la mitad de todo el mundo. ¿Algo que explota en la mitad de mí? A Mariángela le acaricié la cintura y ella me cogió la mano aunque en toquecito breve, pues yo avanzaba. No me estaba haciendo bien el sereno. ¿Me seguía el dolor de cabeza? Me conmovió hasta la coronilla entrar y ver que todos los que habían estado recostados a las paredes se habían encerrado en un círculo de espinas, atentísimos y con la frente alta mirando el *stereo*. Leopoldo, desde su sitio estratégico, no se sincronizaba: hacía era un sonido de contrapunteo, del que yo opiné a su tiempo: "es triste".

Ricardito, que siempre me entendió, alargó mi pensamiento: "es el sonido más triste del mundo", dijo, mirando asombrado.

"Oh Ricardito Miserable -dije emocionada-, toda esta gente sabe inglés. Míralos no más en qué comunión están. ¿Tú sabes la canción?".

"Sí", dijo sin hacer esfuerzos. Le apreté la mano. "Ven, sentémonos. No en la mitad de todo el mundo, porque me da pena que nos oigan. Tradúceme al oído. Eres mi intérprete".

"¿Para siempre?".

"No, lo siento. Sería injusto prometerme tanto. Sólo por esta noche, pero si me conoces sabrás que mis noches son largas. ¿Listo?".

"Sí. Se llama *Milla de luz de luna*".

"¿Milla?".

"Sí. Traducción literal, escogiste una bien difícil".

"Tú puedes. ¿Intérpretes?".

"Rolling Stones".

"Fíjate que la repiten. Oh, les encanta. ¡Soy tan feliz! *Milla de luz de luna...*", repetí, haciendo memoria.

La misma cabeza de movimientos preciosos levantó la aguja y sin un chirrido la colocó en donde empezaba la canción.

"Aquí va", dijo Ricardito.

"Pasito. No los disturbemos".

Entonces se me acercó y comenzó a susurrarme la canción, y su voz era dulce, él también estaba feliz, y yo por cada verso permitía que me arrancara un escalofrío de dicha, un crespito de sensaciones hermosas, a partir del oído.

"Cuando el viento sopla  
y la lluvia cae fría  
en la cabeza llena de nieve  
en la cabeza llena de nieve...".

"¿Nieve?, -pregunté- ¿quieres decir...?".

"Sí -dijo-, chiste de doble sentido".

"¡Fantástico!".

"En la ventana  
hay una cara que conozco  
y no pasa el tiempo  
y no pasa la noche...".

"Rápido, ¿quieres? Tradúceme a la misma velocidad que el intérprete, please..."

"Escogiste un ejemplo difícil".

"Chito. Cantan otra vez".

Ricardito respiró hondo y se puso muy sereno, brillaban las sienes.

"El sonido de extranjeros no me enseña nada.

Solamente otro día loco, loco en el camino.

Vivo nada más que para estar tirado a tu lado

pero todavía estoy a una milla de distancia

de luz de luna

en el camino, yeah, yeah, yeah".

"Los *yeahs* y los *babies* no los necesito", le recriminé, furiosa. "Perdón – me dijo–, yo pensé..."

"De mis ropas limpias hice una pila de harapos

para calentar mis huesos,

para calentar mis huesos..."

"Cielos –dije–, es bien triste la cosa. ¿Dónde está Mariángela"?.

"Y poner mi radio en silencio

que las olas de aire floten, que floten

que estoy durmiendo bajo cielos extranjeros".

"Me les emparejé –dijo Ricardito, alborozado. Me les emparejé. Mi mente trabaja a la velocidad del rayo".

"Solamente otro día loco, loco en el camino

la carrilera se desliza con mis sueños.

No me falta más que una milla de distancia

de luz de luna, en el camino.

Estoy escondido, hermana, y sueño

recorriendo tu luz de luna en el camino

tu luz de luna en el camino

que me indica por dónde hay que coger

para regresar a casa

para regresar a casa

sólo me queda una milla

una luz en el camino

en el camino en el camino..."

"Ya no cantan más –me informó–. Sigue un solo de guitarra más o menos largo".

"Entonces déjame oírlo a él", protesté.

"¿A quién?".

"Al guitarrista que tenés detrás".

Ricardito voltio: "¿Aquel cucarachero?".

"Roncanrolero de primera", objeté.

"Has lo que quieras -dijo-. Yo me siento bien porque hice mi trabajo. Cualquiera no te va haciendo Una traducción así no más, y a esa velocidad".

"Es una canción lenta", alegué.

"Hasta mejoré la versión. La letra que te dicté es mejor que la original de esos matachines".

"¿Cooo moooo?, y alcé la mano, tratando de agarrarlo, pero se había ido ya, a husmear nuevos rincones. Me mareó una posibilidad de engaño total. Si había mejorado la letra, entonces era que la había *cambiado*. ¡Oh, cómo me sentí de desamparada sin mi inglés! "¿Dónde está Mariángela?", lloré casi. No vino. En cambio sí un muchacho: de brazos corticos, de gafas, que se me acercó mucho: "muchacha calma y cordura -me dijo-. Usted no es la única que está en el río. Si le da la pálida, más vale que vaya buscando la salida, a morirse afuera, porque si le estropea el viaje a un par de buenos amigos míos, pelada, la pateo". Y diciendo esto desapareció en esa noche.

"¿Cómo?, -salté, mujer pantera-. ¿Quién es que me insulta, quién?".

Ricardito, saliendo de no sé dónde, me recogió en sus brazos.

"Quién -me dijo-. Yo te defiendo".

Lo miré, atolondrada, y me le reí en la cara (el pelirrojo me miraba, lo sé).

"¿Tú? Te dan, ni lo intentes".

"Me dan pero doy -aseguró-. Muéstramelo".

"No sé quién es, no sé quién es", grité.

"¡Hey!", dijo el guitarrista, y yo voltié de una: "¿Sí?".

"¿Ven, sí?". Fui.

"No te vayas", me pidió Ricardito.

"No me voy del todo. Juro que vuelvo", pues me invadió de ternura su movimiento, pegando los hombros a la cabeza y estirando hacia mí los brazos.

Caminé con precisos movimientos felices hasta donde el guitarrista y me le planté al lado, presta a recibir su mensaje, que resultó siendo cuestión de: "¿Es su primera vez?", y yo le dije, sin saber muy bien de qué era que estábamos hablando: "sí. También es la primera vez que una canción me emociona tanto".

"En todo caso, no se asuste. Si quiere quédese a mi lado", y yo cerré los ojos, capaz hubiera sido de recostarme en sus brazos.

"Oh -dije- cuánto lo siento. Allí -señalé- me esperan".

"¿Quién? -rasgó cuerdas y vocales el guitarrista-. ¿Ese mequetrefe?".

"Amigo de la infancia -expliqué-. Además, sufre mucho. Nos vemos".

No me dijo nada. Caminé de regreso hasta donde el Miserable. Sería un trecho de nueve pasos. Cuántos necesité, es un hueco en mi memoria. Supongo que ahora lo tengo en la mitad del coco. Hay veces en que siento bolas de golf que se enchoclan allí, haciendo ese ruidito como de glu glu, y no resisto la cara del jugador experto y despierto, Jesús, aterrorizada, y pido pilas de Valium 10, que me dispense mejores sueños.

Sé que cada día inventan más cosas para que uno pruebe, pero de lo que yo probé, el ácido es lo peor de todo. Hay que ver lo que queda de los ojos, hay que ver lo que uno se imagina que le hace la gente, no será muy malsano llegar a la convicción de que gente que es un hecho, lo ama a uno, ¿actúa todo el tiempo para perderlo? Da también odio hacia los padres, deseos asesinos hacia las sirvientas, terror a la primera luz del día, sentirse de física plastilina, si uno tiene granos, el ácido se los quita: lo que le deja es huecos, le seca el pelo, le afloja los dientes, ya no corre ni se come fácil, pues duelen las coyunturas, los cartílagos, las encías, y eso de tratar de leer un libro y quedarse bailando en la primera línea, tratar de dormir y no pensar más que en horribles hechos del pasado, motivos de vergüenza, y yo gritaba: " ¡Pero si



no tengo pasado! ¡Mi pasado es lo que haré este día!", no hacía nada, si lograba juntar fuerzas me paraba del sofá y salía y, como no tenía pasado, me dio por no conocer a las personas, por negar saludos, y había que ver las caras de la gente cuando la niña más prometedor de Cali no les respondía, hundía la mirada furiosa en el pavimento, en las raíces de las palmas africanas, dudando de todo el mundo, ¿y cómo encuentra consuelo el que duda si no es capaz de leer, de seguir una conversación sencilla sin encontrar maldad, miseria destinada a envilecerla aún más? Amigos, mi pelo perdió brillo. De oro pasó a ceniza, No es el que alguien pudiera ver ahora, mientras narro, este pelo tiene más historia. Mi piel, antes permanentemente bronceada, cobró términos azulosos, como escamas. Estuve al menos tres días verdaderamente horrible, y corría como animal que busca recuperar energías, aceptaba las proposiciones más dispares, con tal de ojear alguna posibilidad nueva; en una de esas accedí a ir a un banquete de grado con mis padres, y el plato principal era costilla de cerdo, que yo por cortesía (mi cultura me negaba. Siempre me había intrigado la obsecación de los hermanos Macabeos a comer carne de cerdo, la terminante prohibición de Moisés, y desde chiquita me había aterrorizado la historia, conocida pero callada de una tía que murió de racimos de gusanos en el cerebro por comer una carne de cerdo mal cocida; nunca supe lo que sintió hacia los últimos días; sé que yo siempre la saludaba de beso, y que hasta hoy me infecta el recuerdo) acepté. Dulce que me supo esa dame maldita. Me la pasé al menos un mes convencida de que estaban cavando larvas en mi pobre cerebro. Supuse: "tendré una muerte indigna. Es la suerte más simbólica para una hija de la última mitad del siglo".

Pero, oh, no he sido dotada para alcanzar a describir el conjunto de dichas, de hoyuelos que sentía caminando hacia el pobre Ricardito, que abría los brazos y musitaba misericordias para con él. Fui hasta él escoltada de colores, los que más me gustan: el verde que es la envidia del mundo ante mi dicha; el negro,

que es el mar, al que temo; el amarillo, que es el verano de los países más al Norte; que no veré nunca porque ya pertenezco con cadenas a esta tierra.

Ricardito me invitó al segundo piso, que me conducía a cuartos que él ya había investigado no sé a qué horas, y me aseguraba interesantes. Yo lo seguí, y nos vieron de la mano, y una vez más pensaron: "forman una historia de amor trágico". Subimos escaleras que hacia el final formaban un círculo perfecto. ¿Qué era lo que tenía para mostrarme arriba? Una sucesión de cuartos terriblemente vacíos.

"Te he pretendido todo el día", se venía quejando desde que subíamos las escaleras. Y luego: "supe que esta casa iba a ser el lugar para mi rapto".

"¿Para tu qué?", me detuve en seco y lo encaré.

"Para arrancarle las alas a una mariposa traviesa", murmuró, avergonzado.

"Ni sabes lo que dices", le dije, dura, y avancé por el corredor, ya un poco fascinada por esos cuartos vacíos. Pensé: "¿fue que los papas abandonaron el país?".

Y mientras caminaba por ese corredor era consciente de miles de toquecitos en mis hombros y mi espalda. "Si el Miserable me toca más abajo -pensé- me vuelvo y lo abofeteo".

Hacia el último cuarto había un orden de espejos en posición estratégica para que yo pudiera verme toda, en cuatro fases. Yo miraba a Ricardito entrando en cada una de las partes, incapaz, de lo tímido, de contemplarse él. En cambio miraba, embobado, mi admiración.

En el centro del cuarto había muebles cubiertos con sábanas, muebles largos, armarios o camas. "¿Camas? Aquí era que rebotaban", pensé, y me pareció fantástico comenzar el mismo juego. "Rebota en esas camas si sos capaz", le dije, y él me miró azorado. No se negó, pero se le veía el miedo, flojo. Yo me decidí, para demostrarle cuánto más fuerte podía ser mi sexo. Tomé impulso para caer en la primera cama, la más amplia. Recuerdo un borroso y desesperado intento de Ricardito

para atajarme cuando yo ya iba, con los ojos brotados, en el aire. No caí en resortes poderosos. Me había acostumbrado tanto a la devuelta, al movimiento hacia arriba que seguiría a mi caída y que obligaría a endurecer mi cuello, arquear todo mi cuerpo y definir mis ojos con un brillo de dicha espacial, que sentirme no rebotada, ni devuelta, ni siquiera golpeada sino acomodada en una superficie dispereja, aún tibia, blanda, me aterró como si de pronto me hubiese encontrado metida en un acuario, y el Ricardito alelado desde el otro lado del vidrio no acudía en mi ayuda. Yo no moví un músculo, apresurada a definir la sensación. Comprendí entonces que a lado y lado de mis piernas, troncos de una carne tan carne como la mía, la viva, se había abierto para darme sitio. Bajo mi nuca se aplastaba una nariz, bajo mi espalda dos pares de enormes senos.

Mi berrido (abajo no lo oyeron), tuvo como coro el llanto de dicha de Ricardito. Para levantarme me prendí de una punta de la sábana, y en un limpio movimiento partí ese cuarto en dos: el momento de la revelación duró mientras la sábana se plegaba en sí misma e insignificante, la dejé caer al suelo. En esa cama doble había tres cuerpos: los del doctor Augusto Flores y señora, a quienes yo me había acostumbrado a ver hacia las siete de la noche dándole vueltas al parque, y el cuerpo de la que fue niñera del flaco y había llegado a serlo todo en esa casa: una india de las montañas de Silvia con la que nunca hablé, ni más faltaba. Pensé, y luego dije: "¿Nos invitó para que viéramos los muertos?".

"Yo no creo —dijo Ricardito—. Ya habría subido a todo el mundo, ya nos habría hecho desfilar. Lo que pasa es que no se acuerda".

"¿Tú ya los habías visto?", pregunté, sin reprocharle nada.

"Sí", dijo, agradeciéndome.

"Entonces cubrámoslos de nuevo", dije, procediendo y moldeando cada forma bajo la sábana.

De ese cuarto salimos rápido. Al fondo del corredor, como un espejo más, asomaba una gran ventana. A ella me asomé y contemplé el parque, perfectamente asimétrico, construido en 1920 por un arquitecto italiano loco.

"El Jardín de Mariembad", dijo Ricardito, con aires de catedrático. Yo lo miré disgustada. Algo asechaba en sus palabras (que yo no entendí pues ni idea de la referencia) que contradecía de lleno mi pensamiento. Siempre fue culto, allí donde lo veían, el Miserable.

Ha debido confundir mi disgusto con debilidad y pena, porque me ofreció su brazo que yo no rechacé. Que la verdad sea dicha: yo temblequeaba un poco, y un velo de lívida preocupación, según él, ganaba la cara.

"¿Fue desgraciado con ellos?", le pregunté al que, evantado todos los días desde temprano, husmeaba entre las peloterías mañaneras de cada familia del parque.

"Me consta que lo era", dijo, muy serio, y fue lo último que se habló del hecho.

Flores no le mencionó los cuerpos a nadie. Los vino a descubrir, dos días después, una tía. Fue uno de los crímenes más sonados. El hijo no desató palabra. Los familiares se negaron a apoyarlo y estuvo un año entero en San Isidro, compartiendo cama con locos peligrosos y negros, desamparado, recibiendo mala comida y tantos choques eléctricos y tanta droga, que cuando cerraron San Isidro por falta de apoyo oficial, la prima que lo recibió (una gringa de lo más estirada y toda vestida como de cuadritos) tenía que sostenerlo para que pudiera llevar a buen término la relación de sumar un paso a otro para avanzar en el camino, en esta vida, hermano. En todo caso era una prima bondadosa, y se lo llevó a Dallas, Texas, en donde ahora vive, me dicen, rodeado de gatos, de *biscuits* y *Country Music* todo el día, y cantando incoherencias sobre la vegetación de los alrededores de Cali, reclamando, en vano, frutas tropicales.

Sí, muy sonado el hecho. Fue allí cuando los columnistas más respetables empezaron a diagnosticar un *malestar* en nuestra generación, la que empezó a partir del cuarto *LongPlay* de los Beatles, no la de los

nadaístas ni la de los muchachos burgueses atrofiados en el ripio del nadaísmo. Hablo de la que se definió en las rumbas en el mar, en cada orgía de Semana Santa en La Bocana. No fuimos innovadores: ninguno se acredita la gracia de haber llevado la primera camisa de flores o el primero de los pelos largos. Todo estaba innovado cuando aparecimos. No fue difícil, entonces, averiguar que nuestra misión era no retroceder por el camino hollado, jamás evitar un reto, que nuestra actividad, como la de las hormigas, llegara a minar cada uno de los cimientos de esta sociedad, hasta los cimientos que recién excavan los que hablan de construir una sociedad nueva sobre las ruinas que nosotros dejemos.

Pero nosotros no nos íbamos a morir tan rápido. Nadie se preocupaba de comparar inteligencia o profundidad de pensamiento. Yo siempre me supe dotada de espíritu para la rumba y nada más, y además no me lo explico a quién se lo saqué. Mi poderosísima energía no frustra a los hombres que no me tienen, porque de tanto mirarme les llega la conciencia dé exactamente por qué no me merecen. Mi talento es una fuerza y una gracia de la vida, y es al mismo tiempo el agradecimiento. Me enerva que venga algún sabio de esos ya gordo, ya calvo, a decir que toda esta actividad, este desgaste ha sido en vano, que nuestra organizacioncita social no se ha definido, que nombre toda esta tragedia nada más que como "decadencia importada", oh, oh, alguien que me lea pagará por verme un día cómo me les río en la cara y mi risa, como el sacudón de esta mata de pelo rubio, es petrificante. Si me comparan con un pulpo no me enojo. He conocido muchos gordos que escriben cosas bellas y la gente los llama poetas, pero al momento de tratarme, cuánto miedo, cuánta vulgaridad en medio de sus borracheras, y la mirada esa verde del pajizo, del hombre que lleva dentro de sí la garra con escamas que lo imposibilita para tratar a las mujeres. Somos, hombre, seres misteriosos. Y sólo encontré correspondencia en esos jovencitos que ya casi no veo, los que día a día se raspaban el cerebro. "No duele —me

decían—. Es como pasarse un peine y enredar las fibras del opinadero".

Yo bajaba las escaleras, sólo iba por allí a todas estas alturas, luego de ser testigo del patricidio, matricidio y *nanicidio* de Flores. Para qué, algo impresionada sí estaría, pues pensé: "un vínculo de muerte nos une en ésta y cada una de las rumbas. ¿De qué serán capaces los otros?".

¡Oh, yo esperaba tanto de esa generación!

El flaco Flores bailaba con una muchacha de rojo purísimo, pero se veía, a la larga, solo y ridículo en mitad de la pista. El Miserable, convencido de que el suceso me había dejado traumatizada de por vida, no cesaba de brindarme palabritas de apoyo.

"Ya, córtala", le mandé, observando al sereno guitarrista, al otro lado de la sala del baile. "No me vayas a dañar la fiesta, ¿quieres?". El Miserable se avergonzó todo. Yo pensé: "¿por qué me he demorado tanto en convencerme que todo el apoyo de esta noche me lo está dando el único aquí que hace la música?". No me importó dejar a Ricardito perdido en un caos de recriminaciones. Caminé hacia el guitarrista sintiendo agujijones de amor en las caderas", resolví, y sin ninguna pena de hacerle suspender su canción para que viera qué frágil y qué necesitada de consuelo estaba. Oh maravilla: la primera palabra que le salió para decirme se le vino fue en inglés. Y se cortó todo. Me pidió perdón. "No, no —le dije— me gusta. Si me hablaras siempre en ese idioma... ¡si me enseñaras!". Y luego, la gran confesión: "Soy tan ignorante".

La aceptó con resignación. ¿O inventó una deuda? "Usted me tiene que guiar por este pueblo", dijo, y yo le aseguré que ya le había ofrecido mi ayuda.

Cuando salimos de la rumba sólo dos hombres quedaban en pie: el mío y el anfitrión. Ricardito se había puesto tan pesado una vez que lo abandoné a su triste suerte, que a la media hora ya tenía contra él a todos los invitados, y todos con ganas de pegarle. No comprendió su abrumadora desventaja y siguió vociferando que lo que más afloraba eran los viejos

días de las viejas buenas fiestas, no esta basura y este embombe, y que nadie, ni uno sólo de ellos lo merecía a él, joven con un "*intellectual background*", este fue el vocablo que usó y por éste fue que lo patiaron, y hacía pucheros, que era un futuro poeta, que lamentaba no haber nacido en otra época, en donde los invitados a las fiestas eran juzgados por su intelecto, no por... Quién sabe qué más hubiera dicho si no lo derriban de un guamazo.

Cuando yo me fui, lo habían sacado y dormía sobre la tierra. Yo pensé: "seguro descansa" y luego dije: "hace mucho que no duerme", y de pura mala le pisé las costillas. No sintió. Protestó por algo o se disculpó en sus adentros, y apretó más la "clásica posición fetal", tal como lo vio Mariángela, que estaba deprimidísima ante la poca compostura y resistencia del personaje masculino. Las mujeres, atareadas en revivir a sus novios, boquiabiertos todos, alegaban condición de niños para su sueño.

" ¡Qué demonios! -escupió Mariángela-. No les velen el sueño de los tontos. Púyenlos".

Era verdad objetiva: al final de cada rumba sólo las mujeres se mantenían en pie, sólo ellas guardaban cordura.

Bueno, salimos a ese día, el segundo de mi historia. Leopoldo me abrazó y tiritó de frío. Yo pensé contradiciéndolo: "no hace frío. Lo que sí hay es amplitud mmensa". No me equivocaba. Si descontamos el parque oblicuo como ya dije (los pinos eran como cubos y otras figuras geométricas por allí tiradas), se extensa una visión perfecta del color que empezaba en las Montañas, reflejo del sol que salía por el Este, a donde yo nunca miro porque sé que hacia allá no hay fin, y me da miedo. Grises que eran, las montañas se recortaron en azul duro y después en zapote intenso. Tiempo que nos tomó caminar en medio de aquel color que avanzaba despacio, con la niebla baja que expiraba la tierra húmeda, y Leopoldo dijo: "Más bien parece paisaje de entrar a alguna casa Usher, no de salir de ella". A mí me fascinó el comentario. (Pensé:

"Cadáveres emparedados en espejos"), aunque no venía con música. "Es poeta -pensé-, hará rock fuerte con buena letra"

Mariángela caminaba perpleja, con las manos amarradas a los bolsillos de su chaqueta, sintiendo, creo yo, en cada fibra de su cuerpo los relampagueos de las montañas. Era rara la muchacha. Reconocerse excitada por la música le daba rabia. Reconocerse de más aguante que ninguna para la rumba la llenaba de vergüenza, como si se tratara de una ocupación indigna.

"Ya no te entiendo", le decía yo al final de los últimos días, cuando ya francamente no era que me molestaran sino que no me interesaban sus letargos, o no compartía sus insultos cuando un muchacho insistía en que bailaran.

Caminaba bonito, ella, y yo mirándola, abrazada como estaba al guitarrista, comprendí, tal vez, una porción de su angustia: a mí tal amplitud me ponía ágil y liviana, a ella se la tragaba.

Caminábamos, si vamos a decirlo, en total dirección opuesta a mi casa. Yo no había dicho nada, pero sabía que Mariángela quería más música. ¿Pero en dónde?

"Yo no vivo lejos -dijo Leopoldo-. Soy del puro corazón del Norte", y yo le regalé ojitos expresivos (a esa hora del traspasado, y con miles de cosas en la cabeza, se necesita tener fuerzas) por la frase que me hizo pensar: "vive solo".

Rechacé, Dios, el pensamiento de separármeles e ir a tenderme en la cama de mi casa. Yo no sé si fue allí cuando me vino la resolución de nunca más recibir un nuevo día ojeándolo a través de la veneciana.

Leopoldo no olía a humo después de la fiesta: olía a hierba de clima frío, y yo pensé: "viene de otras tierras, del país del Norte", en donde ha recibido mejor alimentación", lo que fue, digamos, un pensamiento tonto, pero que hizo acercármele y hacerme la convencida de que era novio lo que tenía al lado.

El no invitó a nadie a su casa, pero Mariángela la conocía y nos guió: quedaba en la Séptima con 25. Yo pensé, mientras él metía la llave y abría la puerta con



movimientos elásticos: "vieja casa de papas, casa de Versalles, ahora no hay papas, la han dejado para que la habite él solo y la decoración debe ser acrílica y ultramoderna".

Entonces oímos una cosa horrible: como aullido de lobo herido (¿quién se imagina a un hombre lobo, a un lobito recién empezando el día?) que llegó a nosotros desde toda la mitad del parque Versalles, una qué, siete cuabras más allá. Era el Miserable que abría el ojo y expresaba así su horror, tirado ante el nuevo día.

Son puras mentiras mías, pero qué tal si digo que hubo como una interrupción en el proceso de la amanecida, o un retroceso, mi papá gustaba de explicarme el procedimiento de sonorizar una película muda filmada a 16 cuadros: repitiendo fotogramas, de lo cual resulta como un *barrido*, esa es la palabra técnica, eso fue exactamente lo que produjo el aullido de Ricardito en ese día, a la distancia. Berrido, barrido, pequeño salto. El diarero se traspolló en su uniforme pedaleo, el panadero se quedó con el pan en la mano y luego no le dio vergüenza entregárselo al comprador todo hundido y manoseado, y la niebla no avanzó más (hemos corrido el peligro de quedar incrustados a vidrio o hielo) y Leopoldo ya nos indicaba la vía de acceso a su casa, voltio y me miró perplejo, porque era fácil saber que esa cosa horrible surgió de la casa que acabábamos de dejar, y creo que hasta pensó: "hay peligro en esta ciudad y pasan cosas raras". Yo rebuzné y mi cuello se fue hacia atrás, como si me hubieran dado una palmada en toda la frente. Pensé: " ¡pobre. A donde se despierte y me vea a su lado no grita de esa manera!". Luego, bueno, todo siguió igual, mucho más si pues, ya dije que son mentiras mías, que no se dio nada del extraño fenómeno, que tal vez lo que me hizo ver fue una vinculación seria con el Miserable, que a mí nunca me importó, por otra parte. En fin. Ningún berrido de ningún desgraciado detiene un día, ni siquiera por dos fotogramas, por muy desgraciado que el ser sea. En todo caso, sólo Mariángela permaneció impávida, para ella no hubo detención de nada, y eso que hasta me da por

pensar que fue la primera en empezar a oír el grito, porque siempre destacó por la agudeza de los sentidos. Tal vez entonces era que le faltaba el sexto, cierto, ese que tenemos nosotras las mujeres. Le faltaba el sexto y por eso se mató.

Bueno, ella se asentó más en su sitio, se hundió hasta los codos en los bolsillos y así escuchó toda la duración de esa queja terrible. "Supongo que eso despertará a los otros flojos", fue lo que salió diciendo. Y yo: "hoy nadie se va a aguantar a Ricardito. Va a andar por estas calles con trote de muerto. Como se acuerda de todo, nos buscará para pedirnos perdón".

"¿Perdón de qué?", dijo ella.

"De haber hecho el ridículo delante de nosotros. Trató de cagarse en la fiesta". Con esto, subimos las escaleras, alfombradas de ramillete y pajaritos. De allí, a un *hall* en donde predominaba un inmenso poster de gente enloquecida por las ondas de un concierto. Mientras Mariángela se tiraba, pensativa, en el primer sillón inflable, yo ojeaba, voraz. Cuadros de ídolos por todas partes, Salvador Dalí haciéndose fotografiar junto a Alice Cooper, paredes pintadas en combinaciones tan impredecible como las olas, y pensé, si no fue que exclamé: " ¡Qué sitio!".

Ya Leopoldo, tan diligente, ponía la música. Fue un acto sencillo. Lo que produjo, puede que yo me lo explique, pero no alcanzo a medirlo. Salía de las cuatro direcciones de ese salón amplio, y lo supe, de cada rincón de la casa, una belleza diluida en dosis tan exactas, una guitarra tocada despacio, tan alta, tan alta. Era el disco mejor grabado que había oído en mi vida, la emisión más fiel y más potente, la canción más eléctrica, y yo me declaré sin fuerzas para agradecer esa alabanza. Me paré en mitad del cuarto, inútil testigo de esa fantasía. No necesité formulármelo para saber que mi destino era el enredo de la música.

Uno es una trayectoria que erra tratando de recoger las migajas de lo que un día fueron nuestras fuerzas,

dejadas por allí de la manera más vil, quién sabe en dónde, o recomendadas (y nunca volver por ellas) a quien no merecía tenerlas. La música es la labor de un espíritu generoso que (con esfuerzo o no) reúne nuestras fuerzas primitivas y nos las ofrece, no para que las recobremos: para dejarnos constancia de que allí todavía andan, las pobrecitas, y yo les hago falta. Yo soy la fragmentación. La música es cada uno de esos pedacitos que antes tuve en mí y los fui desprendiendo al azar. Yo estoy ante una cosa y pienso en miles. *La música es la solución* a lo que yo no enfrento, mientras pierdo el tiempo mirando la cosa: un libro (en los que ya no puedo avanzar dos páginas), el sesgo de una falda, de una reja. La música es también, recobrado el tiempo que yo pierdo. Me lo señalan ellos, los músicos: cuánto tiempo y cómo y dónde. Yo, inocente y desnuda, soy simple y amable escucha. Ellos llevan las riendas del universo. A mí, con gentileza! Una canción que no envejece es la decisión universal de que mis errores han sido perdonados.

Entonces, ¿no iba yo a agradecer aquella gracia? Mariángela estiraba todo el cuerpo y respiraba profundo y pasito ante la maravilla. Yo me le acerqué y le acaricié su cabecita, y nos miramos y nos transparentamos, fundiéndonos en la exacta expresión de nuestros ojos, mientras Leopoldo anunciaba: "sonido cuadrafónico, salidas en todos los cuartos".

Hacia él me dirigí, a darle las gracias en nombre de la tecnología. Lo besé y él no me dejó ir, me besó en la boca. Yo voltié y la miré a ella: había cerrado los ojos. Me voltié y lo besé en la boca.

Los labios son carne floja, yo lo sé, gusanos lisos enredados entre los dientes, que son, yo lo sé, un error de la naturaleza. Pero aquél fue el primer beso que me gustó en la vida. Me abrazó, y mi pelo se anudó al de él, color avellana madura. Al intentar separarnos para mirarnos en nuestra pasión, no pudimos, pues se habían anudado nuestros pelos, con lo cual no quiero hacer una figura literaria sino describir fielmente la abundancia de nuestras fuerzas. Este pelo que yo aleteo

frente a un desprevenido transeúnte no es ni la sombra de lo que era. O digo mal, es precisamente eso: la sombra. Pero con este pelo a cualquiera le dispense claridad en esta noche tan oscura. Qué rabia, tenemos luna llena pero no la dejan ver las nubes traicioneras.

Mariángela contemplaba o sentía, lo sé, nuestro amor. Yo pensé: "voy a ser la primera niña bien en Cali que se va de la casa a vivir con el novio. La gente comprenderá que esto es lo común en Estados Unidos".

De mi casa saqué una o dos camisas preferidas, la ropa interior y nada más. Al principio, el espejo con la fisura en la mitad no me hizo falta. Usaba la ropa de él, unisexo toda, de mi talla y de mis gustos.

Yo siempre había pensado que el acto sexual era, como dijera, un asunto más repartido. En mis melodías, me sabía ausencia, mitad de un hombre que andaría por allí buscándome, como guiado por el signo de no saber a la fija si yo existía o no. El roncarolero resultó ser aquel hombre, pero yo no lo pude completar. He pensado y pensado, y ahora estoy segura de que los hombres no gozan con el sexo. Al final me fue espantando la idea de que eso que él tenía y (permítame el lector decirle) me metía, era mío; sin verlo, sin tocarlo casi, lo conocía yo mejor que él. Yo le indicaba cómo usarlo, cómo dejarlo caer profundo sin que le doliera, porque a mí no me dolió nunca, ni me agoté nunca, ni nunca me llenaron, ellos los pobrecitos, tan vacíos que quedan. Nos buscan, para qué será, ¿para llorar después como lloraba él? Se quejaba de que le dolían los muslos, la nuca, la cabeza. Yo lo miraba serenita, con la mirada más viva que nunca, presta, sin decirlo, a que él quisiera ser vaciado de nuevo. ¿O chupado? No, esa palabra no la pienso. El no salía de la satisfacción de verme tan bullosa y quejosa y suspirando arriba y abajo, pero siempre el dolor interrumpía su suficiencia. Jamás dejó de dolerle. Yo trataba (un poco de *snobismo*) de que me explicara la clase de dolor que era. El me miraba, torcía la boca, luego los ojos y se me apartaba, a coger la guitarra. Yo, viéndolo alejarse silbando ya una canción que no era suya, pensaba: "le

duele porque sabe que yo podría arrancárselo, colgandijo, si quisiera". Digo en un momento de brutal amor. No es tan importante eso: el amor. Hablo es por boca de Mariángela, que nos esperó oyendo música divina mientras yo perdía la virginidad y él gemía de rasguño espantoso y espantosa mordida, así sentí que le estaba haciendo encima de la primera cama de agua (*Made in USA*) que veía.

.....  
.....  
.....

Oímos música 12 horas y salimos, los tres; él y yo abrazados, Mariángela con un palito en la mano molestando a la gente. Era cosa de esperarse que en la Sexta se nos viniera encima el Ricardito Miserable, con los ojos abotagados por la angustia, a decirnos: "Estoy hablando con todo el mundo para ver si han perdonado mi lamentable comportamiento de anoche, quiero que comprendan que yo no estaba en mi juicio, o me queda una esperanza más para mi calma: que nadie recuerde nada. Ustedes no me recuerdan, ¿cierto? No tienen idea de lo que el Miserable hizo anoche, no recuerdan".

"No recordamos -dije, por seguirle la corriente, al bobo-. No recuerdo qué hiciste ni me importa a dónde terminaste".

"Terminé en el suelo, como un perro", se quejó, como si a la vez nos reprochara nuestra poca retentiva.

"Sorry -le dije-, no tenemos tu memoria".

"Eso sí es verdad -dijo enternecido y orgulloso-. Yo tengo una memoria extraordinaria".

Mariángela se rió, muy divertida, y a él le dolió la risa, pero creo que le había amainado ya la angustia y dijo que se iba, dando pasitos en un mismo sitio. Se alejó buscando más referencias de su desastre, testigos de su vergüenza. Habría unos 30 invitados en esa fiesta. Le ha debido tomar su tiempo encontrarlos a todos para disculparse.

En todo caso, no lo vi más. Dicen que empezó a sabotear el sueño de sus papas profiriendo horribles aullidos a la medianoche. Y que terminaron por

encerrarlo. Pero no en la antigua y verde Inglaterra, como él hubiese querido. Fue a parar a San Isidro, loquito criollo al fin y al cabo. Otros dicen que allá no duró mucho, pero nadie sabe a ciencia cierta dónde está. Nadie sabe el paradero del pobre miserable. Hablan de un viaje de incógnito con su mamá, del que sólo regresó ella, más bella que nunca. Me da pena no haberlo despedido. Yo no sé si fue que él se perdió primero o fui yo la que me encerré. Pero una mañana me llegó, en correo certificado, una hoja de papel con la siguiente información:

Cuestionario del paciente No. 02, X 26

HOSPITAL PSIQUIÁTRICO  
"SAN ISIDRO", CALI

Cuestionario para ser llenado por el  
paciente y/o acompañante.

Nº. de Historia: 1

Nombres y apellidos: Ricardito Sevilla, alias  
"Miserable".

Por el problema que viene a este Hospital ha  
consultado antes a:

1. Psicólogo... 2. Curandero... 3. Amigo... 4.  
Médico... 5. Boticario... 6. Sacerdote... 7.  
Siquiatra... 8. Nadie... X

Señale con una (X) el lado del SI lo que corresponda a  
este momento, o lo que ha sentido durante los últimos  
30 días. Si no lo ha sentido coloque la (X) al lado del  
NO.

Se ha sentido feliz SI x NO

Ha participado en actividades deportivas o recreativas  
(fútbol, cine, baño, paseo, baile,  
etc.) SI x NO

Oye radio, o lee los periódicos diariamente para  
informes de las noticias SI x NO

Cumple mal con su trabajo o estudio SI x NO

Ha tenido dificultad para dormir SI x NO

Ha tenido frecuentes dolores de cabeza... SI x NO  
Ha tenido mal apetito SI x NO  
Ha perdido peso SI x NO  
Ha tenido convulsiones o ataques con caída al suelo, movimiento de brazos y piernas, mordedura de lengua o pérdida del conocimiento SI x NO  
Ha tenido sequedad en la boca SI x NO  
Ha sufrido de temblores de los brazos, manos o boca SI x NO  
Ha tenido mareos SI x NO  
Ha tenido sensación de intranquilidad, como que no se puede quedar quieto un momento SI x NO  
Se le ha nublado la vista; se le ha puesto borrosa la vista SI x NO  
Ha tenido salivadera SI x NO  
Se ha sentido como "engranado" y "tieso" SI x NO  
Ha sentido tristeza, decaimiento, deseos de llorar SI x NO  
Ha sentido nerviosidad, angustia, miedo o temores SI x NO  
NO  
Ha usado cocaína, heroína SI x NO  
Ha usado marihuana SI x NO  
Ha usado LSD (ácido), hongos SI x NO  
Ha pensado seriamente en matarse SI x NO  
Ha intentado matarse SI x NO  
Ha oído voces que otros no oyen SI x NO  
Ha visto cosas que otros no ven SI x NO  
Ha pensado seriamente en matar a alguien. SI x NO  
Ha herido físicamente a alguien SI x NO  
Se ha orinado en la cama SI x NO  
Ha tenido problemas o dificultades sexuales SI x NO  
Tiene dificultad para concentrarse o pensar SI x NO  
Se le ha paralizado un brazo, una pierna o ha perdido la voz temporalmente SI x NO  
Ha sentido temores de perder la razón (enloquecerse) SI x NO  
Ha notado que la gente lo critica o se burla de usted SI x NO  
Ha sentido que alguien o algo lo tiene controlado por brujería SI x NO

Ha sentido que alguien lo persigue para matarlo o causarle daño SI x NO

Ha sentido que Ud. es un personaje importante o que tiene poderes especiales SI x NO

Persona que dio la información:

1. Paciente x 2. Familiar. 3. Otra.

¡O Ricardito Miserable, que te perdiste cargando con todos los síntomas de mi generación! Otros dicen que lo que se proponía era confundir a los médicos con tantas respuestas afirmativas. Humor, del carroñoso, no le faltó en medio de sus cuitas.

Yo salía menos a la Sexta. Leopoldo no hacía otra cosa que presentarme amigos fascinantes. Llegaban de USA y les hacíamos grandes rumbas. Oíamos música las 24 horas, porque uno con la cocaína, no duerme. Acumulé una cultura impresionante. Que no me vengan a decir a mí que Brian Jones murió de irresponsabilidad o flojera; ni siquiera de amor en vano. Las cosas no se dan así como así. Murió fue de desencanto. El fue el que los unió a todos, el que primero leyó música, el que les enseñó, el más fotogénico, el que se le medía a todos los instrumentos raros: cítara, arpa, marimbas, toda clase de cuerdas y de cobres, mellotrón, violoncello, mientras que la lacra de Keith Richard no se concentraba sino en el "chacachaca". Quería cantar él, monito bello. El que no lo dejó fue el Jagger, que siempre fue exhibicionista. Luego vino la imposibilidad de escribir para que un usurpador cantara, y el trabajo fuerte, tanto concierto que es lo que más moneda da, tener en cuenta que el Jagger hizo dos años de economía, y el peor golpe: una noche Keith Richard se encargó de Anita Pallerberg, la pelada de Brian, a la que más quiso, usted la ve, de mirada como burletas, dientes grandes, yo no sé qué le vio de bueno al Richard con su diente cariado, hay mujeres que son muy brutas. Al otro día fueron ambos a la casa de Brian, a anunciarle que Anita se le pisaba. No lo encontraron. Lo buscaron por Londres, luego por todo Londres. Lo vinieron a encontrar en un bosque de las afueras, dándole a la flauta. Anita le dijo: "Brian, era para



decirte que me paso a vivir con Keith", y Keith le clavó a él la mirada. Brian se levantó, sonrió, no dijo nada, los abrazó flojito, con ese modo de ser de él, y no tocó más la flauta. Acababa de idear *Ruby Tuesday*, que no le acreditaron porque él no quiso romper la imagen Jagger-Richard. Se dedicó a la rumba con tremendo éxito, teniendo al lado siempre alguien que velara por él, pero me imagino que ya se estaba debilitando por dentro de pensar en lo infortunado que era. Keith Richard había sido su mejor amigo: arrendaron juntos un apartamento, recién se reunían para tocar y se la pasaban haciendo las mil cagadas: casi electrocutan poniéndole dos enchufes de amplificador en cada oído a un gordo medio cacorrón que vino a buscar a Brian desde su mismo pueblo, porque Brian no era de Londres, y dicen que lo acomplejaba, supersensible que era, sentirse medio provinciano, qué sentirían luego cuando eran la mejor banda de Londres, la mejor banda del mundo, y él encargándose de que nadie incumpliera los ensayos, dándole pinta al grupo, vistiendo a la última moda, elegido dos veces seguidas el "Artista Pop Mejor Vestido". Todo esto fue mucho antes de que fuera el Jagger a decirle que habían decidido hacer una nueva gira por USA, y dicen que él se espantó y se negó de una. No estaba para esas, qué creen, no le gustaba como a ellos USA, eso de no poder ni oír la música por el alboroto de unas culicagadas histéricas. Alegó lo más claro de todo, debilidad, pero no estaba débil, tocaba más que nunca. Richard se encontraba también en esa entrevista. No sé, a lo mejor, seguro. En todo caso es falso lo que se dice de que había grabaciones en las que Brian se quedaba tirado en el suelo mientras él tenía que hacer las dos guitarras. Hombre, es una cosa que se nota, cuando un miembro dobla a otro, hay como un raspón y un vacío, así es, un raspón y un vacío. Y yo siempre a ese grupo lo he oído es tocando y seguido. Jagger le dijo: "¿Entonces qué, podemos tenerlo como una propuesta de que te retiras del grupo?", y él, que ya casi no conversaba y que había llegado a intimidarse ante

Jagger, contestó: "Sí, me retiro", y luego, irónico: "busquen un reemplazo". Antes de irse, Richard se portó cortés. "Te llamo dentro de una semana para ver qué has decidido, ¿okey?". "Okey", dijo Brian, y se sentó a pensar. Sabía que no encontrarían un reemplazo. Esperaba que, de encontrarlo, no les sirviera y lo tuvieran que llamar a él, y él así recuperaría algo de su antiguo control sobre el grupo. Porque Jagger había perdido confianza en su genio. Y él sabiéndolo, fue incapaz de plantear otra relación que la súplica y la humillación. Eso era que llegaba a los ensayos, caminaba hasta donde Jagger y sin mirarlo a la cara, todo tembloroso, le preguntaba: "¿Qué debo tocar, Mick?". Y el otro: "Eres un miembro de esta banda, Brian toca lo que te dé la gana". Entonces Brian tocaba algo en su guitarra, y Jagger lo interrumpía: "no, Brian, eso no está bien". "Entonces, ¿qué debo tocar, Mick?". "Lo que te dé la gana". El Brian intentaba de nuevo, pero volvían y lo paraban: "No, eso tampoco está bueno, Brian". Así que el pobre terminaba era todo borracho en un rincón golpeando el suelo fuera de ritmo y ensangrentándose la lengua sobre una armónica, de la imposibilidad de cambiar la situación. No llegó a imaginarse ninguna de las maquinaciones de Jagger, que desde hace una semana se venía en habladas con el sardino éste, Mick Taylor, que entonces tocaba para John Mayall: críticas en centros no muy *in* y conversaciones largas y escribir cositas en las servilletas, flechas, signos para los golpes, y siempre quedar de estarse llamando, de estar en contacto, me cago en ellos. Cómo se quedaría Brian al leer la noticia, él, que fue el primero en irle diciendo a todo el mundo que el taylorcito tenía talento. "Hasta hace tu misma chacachaca", le dijo a Keith, y luego lo golpeó en el brazo, duro. Así bromeaba. Leyó la noticia y a los cinco días lo encontraron muerto, eso es lo cierto. Allí sí vaya uno a saber. Yo he resuelto que lo mataron, pero ¿quién? Habría tocado estar en el mundillo. Que hubo rumba, que hubo despelote, que Brian se fue alejando de los invitados, y allí lo tiene:

muerto en la piscina con la cara inflada y rosada, tal como si hubiera pronunciado la nota que nunca cantaron. Cantaron y tocaron pésimo al otro día, ellos. La idea de Brian les endureció la música, sé que lo que buscan es endurecerla más, porque el Taylor es cejicerrado, pelirrojo, malgeniado y silencioso, y el Jagger desfigura cada vez más su canto y el Charles Watts se come más las uñas y el langaruto de Bill Wyman ya ni repasa las cuerdas: es un sólo bloque de impulso lo que saca de su bajo. Cómo sería la bullaranga a donde la guitarra de Richard, cada vez más incisiva, no la hubieran suavizado vientos: Billy Keis y Jim Price en saxo y trompetas, allí los tiene, banda de ocho, el espiritual Nicky Hopkins en el piano. Verano del 72: el del achicharre.

Yo no salía a la calle por conversar de esto, con amigos de Leopoldo tan de aires extranjeros. O salía sólo por la tardecita, única hora en que se me permitía el necesario contacto con el viento mágico de esta ciudad, y sabía que en mi caminado, en la manera de golpear las rejas, los muritos y acompañar los saludos, iba repitiendo el teclado de *Salt of the Earth* o *She's a Rainbow* o la difícil *Loving Cup*. Y me ofrecían transistores, grabadoritas en cada esquina, pero ¿cómo me iban a servir si yo venía de pasármela escuchando música cuadrafónica en así de salidas? Me tenían que perdonar, Tiquito, Bull, si me les iba, ellos que se arrojaban el transistor o se lo pegaban a las orejas cuando le faltaban pilas, y empezaban a mirarme ya lejana, sin dejar de decir nunca que sería bueno verme más, sin dejar nunca de entender que ya no se podía. Yo quería música, y la música solamente estaba adentro, entre las hermosas paredes de aquel apartaco con aire acondicionado, y "póngale cuidado a su pelo -me dijo Bull un día que para mí fue negro-, póngalo más al sol porque se lo noto como apagado". Regresé toda cabizbaja, yo, la siempre alborozada, y Leopoldo prendido a la guitarra, porque esa guitarra nunca se prendió de él. En la vida compuso nada. Lo único que

hacía bien era seguir un disco. Metíamos droga como maracas, y rara vez nos movíamos de allí para otra rumba. Las rumbas las hacíamos nosotros, y con tal que a mí nadie se me acercara, con que dejaran mi música tranquila, yo tenía, y todo bien y en paz, contentos. Sólo que ante el horno de los cielos Leopoldo Brook añoraba USA, la tierra de sus estudios y de sus encantos juveniles. Llegó aquí para darse cuenta que una mera sensación de bienestar no alcanza para triunfar en la vida: hacía falta ambición y empeño, y sus tardes fueron arrumacándose en la sufriente resignación del trópico. Guitarra tonta, guitarra cólera, punteos que se hunden en el cielo estrecho. Yo me preocupé por seguir la recomendación de Bull, no fuera que se me secara el pelo, e intentaba hacer porque Leopoldo saliera a la calle conmigo, pero no era sino dar un paso en el andén y empezar a renegar por la poca gente bella o interesante; enjuiciaba el tamaño mediano de las personas y lo oscuro y anónimo de los ojos. En cambio yo, no era sino que pasara un grupo de muchachos conocidos para ponerme alebrestadora toda, picos de saludes, deseos de buenos rumbos y andares rectos, y ellos sólo levantaban las caras y medio sonreían al reconocerme una vez más, ahora que, con mi encierro, ese placer escaseaba. Pero me engañaba yo sugerirles nuevos rumbos, puesto que ya los tenían bien marcados alrededor de los que una vez fueron latientes ojos, y en la boca seca, en los acusadores estancos de saliva amarillenta de cada comisura. Pero no me importaba verlos disminuidos, muchachos queridos, empezaremos juntos la carrera y ustedes no se esconden, y jamás cesaron para con ellos mis ademanes de enorme simpatía, pero sin tocarlos, porque eso hubiera finalizado el encanto que en ese momento me daba la vida: la fugacidad y la distancia del encuentro. Ellos me sabían alejada del mundo, Leopoldo Brook significando para mí toditica la existencia. Así que me les cruzaba en el camino y les metía mi recuerdo a plazos, para que en sus noches azarosas, en la cadena de medias vueltas del que tirado vestido en la cama,

con dolor de garganta y un hormiguero en la cabeza, no puede con los recuerdos de la niñez, cuando ganaba 6 diplomas y era objeto de augurios para una brillantísima carrera, fundieran mi imagen con la vana resolución de que mañana por la mañana dejarían todos los mirriñaques, sí, asirse a mi bella imagen para alcanzar el sueño.

Me veían aparecer sin hacer preguntas. Seguían su camino y yo: "¡Adiós, adiós, pelados!", y todos volteaban para ubicarme mejor ahora que me había permitido la alegría de la despedida, pero yo ya no estaría allí: dos pasos antes Leopoldo Brook había hecho un gesto de asco y me había obligado a subir las escaleras, quejándose del azúcar que trajo el viento; entonces yo arañaba imágenes del pasado y me permitía añoranzas, igual a los que afuera irían media cuadra más adelante, hasta encontrarse con la esquina que marcaría el límite para iniciar la devuelta, repintar el mismo sin rumbo hasta que el peso de las piernas no los dejara y fueran a refugiarse en la casa del que ya guardaba el bareto armado.

Subiendo por esas escaleras, yo me ponía a sacudir y zangolotiar el pelo, con Leopoldo a mis espaldas, y en esas angostas escaleras se formaba un torbellino de delicias múltiples: él sí servía, al menos, para identificarlas, y tenía que respirar hondo para no perderse ninguna: cada hebra de mi cabellera formando encontrón de colores en la penumbra; afuera el chasquido del polvo sobre los árboles, la columna vertebral de cada hoja relampagueando ante el azote del viento. Tico se prendería de una rama y se balancearía, ¡uuuuuuu-uuuja!, conjurando viejas vanidades de su madre, cuando lo observaba a la cara y aseguraba que era el niño más lindo y lo mecía en sus brazos. Música del exterior, vaivén de mi pelo que hacía florecer los ramilletes en las paredes. Picotean y trinan, ay, los pajaritos. Lento era aquel ascenso. La música estereofónica nos iba tendiendo la alfombra y la bienvenida para una larga estada en ese piso, y yo me llenaba de quietud, bueno, no se pudo salir, qué le

hacemos, que sonara *On with Show* y yo soportaría, hasta comprendiéndolas, las palabras de Leopoldo: "¿No te digo que no se puede salir?". "¿No te destempló los huesos la humedad del viento?". Y abría la boca para suspirar ruidosamente, pulmones averiados: " ¡ay, San Francisco mío!".

¿Me llevaría, me preguntaba yo, si se devolvía a USA? No creo que pudiera hacerlo. Su familia lo había mandado a traer para que administrara una finca por Calipuerto, pero poco les tomó convencerse de que, en el desubique que significó la devuelta, su hijo no había quedado sirviendo ni para tocar la guitarra.

Al llegar al *hall* se prendía de mi pelo con las dos manos y acercaba su cara al nido de todas las fragancias: besaba mi nuca mientras yo elaboraba un nudo con el hueso cervical, el comienzo de la carne ancha de la espalda y las pequitas, y hasta simulaba un discurrir de escalofríos. Entonces él no podía despegarse: se quedaba allí, varado en mi nuca, en toda la mitad del salón, mientras yo meditaba sobre el estado de las uñas de mi pie izquierdo. Al rato me impacientaba y me rascaba las orejas con ambas manos, señal de que deseaba pasar a otras ocupaciones, entonces aflojaba los músculos de la espalda y las pequitas se desplazaban como sobre olas en la carne buena, y el pobre Leopoldo era despedido del conjunto de mis armonías.

Yo me volteaba y encaraba su desconcierto: ojos y labios morados. El daba tres pasos y caía encima de la guitarra, sin ninguna consideración con su instrumento. Y esa vez, como otras, la guitarra lo mordió, llenándole de veneno el alma y escozor, y la tuvo que rechazar con furia. ¿Entonces qué le quedaba? La música estaba a volumen medio. El mundo de afuera se conmovía en los últimos cimbronazos de la tarde. El pobre Leopoldo pensaría en caminar de nuevo a mí y hundir su cara en mi pecho y que yo le hiciera cómoda canastica con mis brazos, tan largos y tiernos, pero dudaba, alcanzaba a marcar otros tres pasos, pero esta vez por encima de su propia indecisión y su pena. Salía de esa

inercia dando un berrido y arrojándose al cojín más cercano, y allí armaba con la velocidad del rayo un bacilo tamaño responsable. Le daba tres largas fumadas que automáticamente le abrían como una herida, una sonrisa en esa cara. Entonces me llamaba, haciendo muecas y yo, contrita y fiel, acudía a recibir la torcida de la vida.

A esas alturas la Pasionaria me producía entusiasmo general por todo sin aprehender nada, anulación del sentido de escogencia, difuminación de la concentración hasta no poder recordar ni la forma correcta de agarrar una cuchara, hilaridad general, doble facilidad de comunicación, quiebres y ardores y alquitrán en la garganta, dolor *blanco* y angostura y vacío de corazón, imposibilidad de descanso, digestiones prolongadísimas, equis y zetas de malestar puntudo en el estómago, falta de apetito seguido de gula exagerada; pero cada cosa que se come va agrandando ese buche de indigestión, ante lo cual no queda otro remedio que tirarse al suelo y torcer de nuevo, exagerada capacidad de sufrimiento ante nimiedades, sensación de astillamiento y descascaramiento del cerebro, pinzas apretando el bulbo, el asiento, sangrientas telarañas en los ojos, brotes y erupciones en la piel, perpetuo borrón de sueños.

Pero, oh, cómo describir las margaritas que florecían en mí y el fantástico revolotear de luciérnagas que sentía cuando caminaba hacia él y me prendía del boleto largo, largo, para que yo quedara más dócil y sensible a sus caricias, repentino encontrón del lado bueno de la vida, y con dificultad retenía el humo grasiento y lo dejaba resbalar por la garganta, caer y hacer estragos dentro de mí, y me retorció del gusto y del disgusto y le pasaba el bombazo. El se daba tres piones y helo aquí de nuevo, ya un poco ensalivado, y yo pasaba la lengua por el anillo de su saliva, nuestro vínculo, y le daba una chupada más, dolor de hiél, tambor erróneo. Sus párpados habían descendido algunos milímetros. Me reclamaba el barillo, carburaba, se lo metía encendido a la boca y yo pensaba en la selva

negra y el mar maldito del Chocó, mientras me le acercaba y me dejaba agarrar del cuello para que me echara filudas corrientes de humo por la nariz que me dejaban extraviada, chorro de humo directo al coco que me extrajo, de una, recuerdos de correrías y comitivas y una tarde entera que me encerré en el *closet* a leer a Dickens para azoramiento de mis padres, música de pasos perdidos y de correr de páginas, sensación de estar respirando un verde que sube quemante y profundo para formar una mostaza en el cerebro, y la convicción fiel, maravillosa, subiendo la cara, estirándome, estremeciéndome, de que recuerdo que extrajera la baraya era recuerdo ido: en su lugar quedaba un hueco, y otro soplo tenía que darme, entonces, para reemplazarlo con humo. No importa, perdía *Pickwick* pero ganaba *Play with Fire*.

Entonces ya podía susurrar: "pégate a mí", y Leopoldo obedecía de súbito, y yo con todo ese humo adentro sentía era las mil volteretas en el pensamiento, ganas de apretar carne dura, esgrimirla triunfante y desgarrar con ella mis entrañas retorcidas y babosas. Al Leopoldo se le escapaba alguna palabreja en inglés y yo lo besaba duro en la boca, amarga y de humedad pesada. Pero corregía a tiempo: "No, dulce liviandad. Repliego mis repulsiones. Todo es mío y todo me gusta". Entonces enroscaba mi lengua, sedosita, en los poros endurecidos y sebosos de la lengua suya, tan grande y larga, y chas, apretaba hasta el crimen la cosota suya que me vibraba encima, y si él se ponía a chillar yo apretaba más y él caía, y mis bordes se volvían esféricos cuando yo me dejaba ir de cabeza en ese cuerpo, de cabeza iba bajando por ese cuerpo, soplaba caliente en su montaña, jugos de mi pelo regaban su cara y degustando mi propia lengua y haciendo sonar los labios yo iba desabotonando el modelo exclusivo de su bragueta.

Entonces sonaron las campanitas y cambiaron de rama los pajaritos. Visita. Leopoldo maldijo en inglés, pero a mí no me importó nada. Siempre traían diversión variada las visitas. Abandoné ese cuerpo y me fui



escaleras abajo. Podría ser que alguien trajera discos nuevos. Pisotíé, canté alabanzas, abrí la puerta. Eran un par de gringos y Roberto Ross, de 13 años, el chutero más joven de Colombia.

Subieron saludando mucho, y como Leopoldo no se animaba a levantarse para recibirlos (aún pensaría en mis velas, en mis zarpas) yo tripliqué mis alborotos, y Roberto pensaba: "siempre tan alegre, siempre tan dispuesta".

Dieron unos tres pasitos de baile. *This could be the last time...*, como para distraer nuestra atención de sus verdaderas intenciones, para que creyéramos, al menos durante tres patadas a la amargura del verso, que venían era a gozar con la música, por las buenas y las sanas. Pero pronto se fueron destapando: sacaron los dos métricos de perico bien envuelto en papel mantequilla, y una vez más vino a mí la visión del Polo Sur y el barco de los muertos, y como bajó la temperatura, un frío se apoderó de toda la casa.

Robertico comentó algo sobre el frío repentino, pero yo no lo escuché: me acerqué a la ventana de cortina rosada y miré el aire gris de la noche recién empezada, unos niños jugando a la gallina ciega alrededor de un poste de luz, hojas de mango que caían; tuve que voltear la cara al pensar, cosa horrible, que la música se congelaba, que ni tocadiscos ni grabadora funcionaban más y dentro de nosotros quedaba un mareo eterno: nos tocaría canturrear de por vida los compases a medias olvidados. Nostalgia de la agonía. Ayayay, me sacudí el abismo de mi espíritu y me zampé una sonrisa, preparada a todo.

Leopoldo ya se había levantado, ya estaba de ánimos venidos. Robertico no dejaba de sonreír, picando el perico con los ojos muy brotados, sacudido por una euforia singular ante cada tierno golpecito en cada grano, experto que era en el manejo de la Gillette.

"¿No has peleado nunca con tal instrumento?", pregunté.

"Jesús, jamás —explicó, asombrado—. Esto sólo me sirve para la paz. Dígallo ¿brodercito?".

Y ambos gosgrin asintieron, fofamente complacidos, ante el espectáculo que ahora desplegaba Robertico: hacía saltar una minúscula porción de droga de un extremo a otro del espejo en donde la picaba y de allí tas, a un hombro, y con flexión del hombro de nuevo al espejo, cual un domador de pulgas saltarinas, mientras hablaba para sí: Pericacillo, pericacilo, quémanos con noblecilla la cabecilla que te pongo de papayilla, sin miedecillo, sin miedecillo", y sonriendo partía en dos la porción de droga, en tres y cuatro, formando líneas parejitas hacia el lado del dueño de casa.

Leopoldo Brook sacó el billete de 20 dólares reservado para esa única función. Abrió a todo el mundo, elásticamente se inclinó sobre el espejo y con toda impecabilidad borró sus líneas. Luego nos miró con aires de llenura plena, mientras Roberto Ross tosía, se atrancaba de la risa.

"Rico, ¿verdad? -dijo, sin mirar a Leopoldo-. Lástima que por esa vía no dure nada. Algún día sabrás lo que es bueno".

Total, ya el gringo alto, gordito y todo culón, pero muy alto, y con ojos de idiota, sacaba la jeringa desechable, algodón y cuchara, todo en gran limpieza, y Ross arrimó el espejo y dejó caer con mucha precisión buena parte del perico en la cuchara, y yo me reí, todos me miraron y me reí de nuevo, no sé de qué, puede que de Leopoldo que se había quedado pegado a una de las paredes con el ánimo totalmente equilibrado, quieto. Ya habían prendido la vela, ya exponían la cuchara llenecita en la parte más caliente de la llama y pronto habría ebullición.

Y mirando a Roberto Ross, su fea piel coronada por el acné, se me entró al pensamiento el pobre Ricardito Miserable, lo que bastó para saberme acosada por la posibilidad de horrible tristeza (los niños afuera, jugando ciegos), pero me dije: "no, no puedo resolver ahora mis males. Sería dejarlos desamparados. Ellos necesitan mi alegría, pobres papitos lindos, sin una madre", y pregunté, medio boba, haciendo fuerzas: "¿ya está?", y Roberto Ross dijo que sí, rascándose los

granos y la cabeza y torciendo los ojos lentamente hasta exponer el puro blanco rayado por venitas cafés, malsanas.

Le pedí la jeringa al gordo; me la alcanzó, y dije, fuerte: "bueno, a ver: ¿quién va primero?".

"Mí -dijo el otro, medio calvo, de pelo como techo de paja-. La nieve es mía".

"Entonces arremángate", mandé sorbiendo, y extraje una porción de lo que había en la cuchara. El gringo se apretaba el brazo izquierdo con la otra mano, pero el diligente Robertico trajo un trapo limpio de la cocina y se lo amarró y lo acercó suavemente a mis narices, con mucha dulzura. Ante mí se desplegaron ríos y cordilleras de color azul, poderosas venas.

"Estás bien armado, Jim -dijo Robertico, haciéndosele la boca agua-. Recorrido ful". Y luego a mí: "Anda, chúzalo".

Puse cara de enfermera nazi y me acerqué, filuda y reluciente. Hice dos amagues y ensarté, quebré la primera piel, penetré suave en el paciente gusanito, hice empujaditas sabrosas mientras Robertico decía: "suave, suave", y Jim: "más, más", y yo pensaba: "¿rico, papito?". Hasta que un soplido como de cabra detrás de mí me hizo vacilar y el gringo se quejó. Yo le saqué la aguja y voltié a ver. Era Leopoldo que se daba otro pase. El gringo cayó al suelo, abrazado a su placer y su piquiña, y la siguiente canción se puso a dar saltos y a repetir: " ¡Heartoreaker! ¡Painmaker!", feliz.

"Ayúdame con el otro", mandé a Roberto Ross, y él decía, encantado de la vida: "Pelada tan hacendosa".

Casi no tenía venas el gordo y yo quedé como perdida en mitad de la llanura. Robertico se rió: "más vale que te la aplique intramuscular. Entra ful y se siente *super*". Y yo: "Te va a doler, papito".

Pero el gordo hizo cara de egoísmo y me mostró mejor el brazo: no tenía venas pero sí piquetes.

"Muchacho travieso", dijo Robertico, y yo: "entonces alístate", y él me señalaba con el dedo el sitio donde quería que le clavaran la aguja, así que yo pensé: "¿y

si se la ensarto en toda la uña?". Quitó el dedo de mis alcances y templó el brazo lo más que pudo. Yo piqué pero no di con nada. No se quejó, se quedó muy quieto observando la agüita amarilla que le salía del chuzón".

"Te dieron en el músculo", dijo Roberto Ross.

El gordo no dijo ni mú. Apretó las cejas y lo chucé otra vez. Sentí cómo la aguja se abría paso entre carne elástica, flexible.

"Allí sí", dijo Robertico, como maestro de ceremonias.

"Despacio, uf, decía el gordo, y todos reímos cuando le empezaron a bailar los ojos.

Robertico Ross dijo que él se lo hacía solo. Silbó, tranquilamente, una canción que he venido a identificar después: el bolero *Si te contaran*, en incómoda contraposición a *It's Only Rock'n Roll*, que inundaba el cuarto.

Y al injertarse el líquido, decía: "qué ful tontería que haya gente metiéndosela todavía por las narices, cuando el efecto del chute dura hasta dos horas. Hay que ver lo friquiadas que quedan las narices. He conocido periqueros que se han tenido que incrustar tabiques de oro". Y se quejó un poquito cuando se sacó la aguja. ¡Me parecía que los granos se le empustulaban!

"¿No te has hecho nada contra los barros?".

"Cosas de la edad", explicó.

La historia de Roberto Ross resumía tal vez, los vórtices de la época. Probó la droga durante su estada de un año en USA, producto de una beca con el American Field Service. Al llegar a Cali se hizo muy popular porque hablaba de ácidos, luego al ser rechazado porque vendía ácidos. Le achacaron la locura y muerte de Margarita Bilbao, su novia de 12 años. Pero no lo pudieron acusar de nada. Para escapar a la horrible depresión de la cocaína, empezó a inyectársela. Se denominaba el profeta del mal ejemplo, no por corruptor sino por víctima. Con la última oleada de gringos drogados y delincuentes alcanzó un notable prestigio. Hacía contactos y hasta llegó a señalar tiras. La pasaba muy bien. "Nunca me he hecho reconvenções -

decía—, de lo que hubiera podido ser de no haber sido lo que resulte. Ya que muy poca gente es la que me aguanta, ¿qué sería de mí si no me aguantara yo mismo? Supongo que ya vendrá un momento de cambio. No por la voluntad, sino por una reversa en el metabolismo. Ahora me voy, pues tengo un bisnes".

Leopoldo Brook me ofreció un buen pase, y yo estaba contenta, y acepté. Meta usted perico y verá que queda con el vicio de montar en taxi. Ya no le sirven los buses ni los pies para acortar las urgencias, las distancias. Pero se baila contorsionándose sin miedo alguno a las habladorías, paso seguro y frente alerta, ese aire de refinamiento que invade el pecho, delicadeza para cada sentimiento, pasión devoradora, inmediata paz ficticia, corazón como caballo desbocado, supersufrimiento digno solamente —piensa uno— de las personas grandiosas, memorables. El sufrir dignifica, así que démonos otro pase. Metamos hasta que reventemos. "¿Qué vas a hacer hoy?". "Nada". "Entonces meto". Y después del espantoso bajonazo, un Valium 10 para estabilizar el ánimo, y si no se podía eludir el sueño de esa droga azul cielo, entonces meter más perico y si no había perico, pulverizar vil Ritalina y embutírsela por los huecos del cráneo, y ponerse a bailar para que la droga pase por todo el organismo y no se estacione quemando el coco, y si de nuevo era hora de dormir y no se podía, entonces Mandrax, MequeIon, Apacil, Nembutal, una gruesa de diazepanes: el pánico que me entró al saber que era verdad que todas estas cosas *afectaban* el cerebro, que quemaban las neuronas, mecanismo irreversible, el verdadero viaje de una sola vía, nada qué hacerle porque ya está hecho, entonces que no hubiera pánico sino resentimiento ante la flojera de unas células que no son capaces de reproducirse, las únicas, las genuinas, porque están hechas para que no se hurgue en ellas ni se las ponga a prueba, como no sea mediante la experiencia y el conocimiento.

Ni qué decir que me le fui pareciendo a Mariángela. Ojeras, ni hablar; ya las tenía. Pero eso de bailar

siempre sola y siempre furiosa y mirar de lado bien cortante como para que a nadie se le ocurra acercarse, a ninguno de esos nuevos amigos mayores que yo y no muy habladores.

Así fui notando el terrible proceso de descenso o de desgaste: al principio me extrañó que la gente bailara poco o no bailara. Luego, ni siquiera me hablaban. Mi baile, mi permanente movimiento y mi canto (ya había aprendido a repetir letras) eran siempre un desafío y a la larga una ofensa. Empecé a tartamudear como Mariángela en los momentos críticos.

Cuando caminaba con ella nunca conversábamos, tanto era ese sabernos progresivamente idénticas. El mismo caminado despacioso, saludar amable para animar al muchacho y después, cuando saque a bailar o invite, salirle con cualquier grosería. La misma manera de tranquilizarse pasándole la mano por el pelo: luego yo empezaría a olerme la mano: ella copió ese gesto, y agachaba la mirada cuando yo la sorprendía en plena imitación, pero no se sacaba la mano de la nariz, la olía en espasmos largos y me confesó: "me huele a cuando yo estaba chiquita y jugaba bowling". Más de una vez me dijeron que algo francamente raro le estaba pasando a ella, más de una vez vi que nos miraban estupefactos, intentando comparar ambas furias cuando para qué, si las furias eran iguales. Ellos nos sopesaban pero de lejitos.

Siempre me gustó una camiseta de rayas verdes y rojas que usaba ella. El día de mis 16 años me la regaló y se quedó sin nada. Yo no sé si esto de irse pareciendo a otra persona es ofrecerle al mundo un refuerzo de una personalidad fascinante, o ganas de quitársela al mundo y suplantarla, no con la misma intensidad ni con la misma simpatía, quiero decir, no con tanto éxito. Lo cierto es que ya nos decían: "se parecen tanto, que si uno sale con la una es como salir con ambas". Antes, en mis comienzos, Mariángela era la que más sabía y menos se dejaba. Yo nunca supe más que ella, sencillamente la igualé, aprendí que las rumbas eran acontecimientos organizados para mi sólo festejo, y que yo y sólo yo,

por el deber penoso de comprenderlas duro, obtenía el derecho único de gozarlas todas. No era entonces espectáculo agradable ver a dos peladas bailando juntas pero cada una completamente sola, mucho menos cuando cada movimiento era bastante más que meramente parecido al de la otra, y vaya a saber uno a estas alturas quién copiaba a quién o quién se parecía más a la otra para ir perdiendo la imagen propia, o quién, de tanto parecersele, le iba robando la persona, pues la mejoraba o la copiaba tan fielmente que, una de dos, el original o el facsímil se iba a hacer innecesario.

Es que eso del *Rock and Roll* le mete a uno muchas cosas raras en la cabeza. Mucho chirrido, mucho coro bien cantado, mucha perfección técnica, y luego ese silencio y el encierro... Salía era para verla a ella, y al final, de ella no fui teniendo otra cosa que recados, después ni los recados. Los muchachos ya se estaban acostumbrando a que la gente se perdiera. Pedro Miguel Fernández ya había envenenado a las hermanas, cosas así hacen que uno, por más joven que sea, se vaya volviendo creyente de todo y devoto de nada.

Yo la llamaba a su casa y nadie contestaba, tocaba y nadie abría. Supuse que estaría en el campo, ella me había hablado de un posible viaje a las montañas: "ver esta ciudad desde arriba". Qué iba yo a saber que una noche la mamá se tomó una inmensa sobresosis de Valium 10 y que no despertó nunca, que Mariángela decidió vivir más que nunca a partir de ese nuevo día, que salió a buscarme y nadie le dio razón de mí porque, teniéndola a ella en frente, ¡la gente quedaba con la mente en blanco respecto a mi agradable persona! Luego yo la preguntaba y se quedaban mirándome alelados y me decían que hacía siglos no la veían, me veían a mí y de ella no se acordaban. Situación compleja, carajo.

Desconectó el teléfono. Por cada golpe mío en su puerta, ella rompía a mordiscos las almohadas. No tengo idea de cuánto duró su encierro. Cuando salió los que la vieron no fueron capaces de preguntarle nada. "Estaba pálida —me dijeron—. Pero ahora con la palidez de todo el mundo quién iba a poner a preguntarse nada".

Caminó despacio hasta el centro, saludando amable. Llegó al edificio de Telecom, subió en ascensor (cosa que siempre le dio miedo), y se tiró de cabeza, con las manos tapándose los oídos, desde el treceavo piso.

¡Ahhhhhh a mí no me digan na! Yo me quedo callada y no hablo más. Todos pertenecemos a lo mismo todos hemos tenido las mismas oportunidades, qué le vamos a hacer si nos tocó la época en la que somos eternos seducidos y luego abandonados, las moscas no nos buscan porque ya han inventado un incienso que huele a cereza y miles de perfumes para la rumba. No me gusta que demos imagen de gente que pierde, que no sabe en qué clase de juego se metió. Pensando y pensando fue que se me ocurrió que no fue derrota el acto de Mariángela, que cuando se tiró supo que llevaba todas las de ganar. Entonces era que me daba por llorar, aliviada porque la tristeza alivia y es rica, oía todo el día *I Got the Blues!* y pensaba: "tal vez quiso hacer un ejemplo, una especie de comentario" En todo caso, como ella el día de la muerte de su madre, igualitica, yo nunca me sentí más viva.

Viva, viva, y para celebrarlo salimos una noche. Pido al lector que la siga despacito porque trajo cambios radicales. Un amigo de Leopoldo, recién desempacadito de USA hacía, decían, "inmensa rumba" en Miraflores.

Yo me la pasé el día yendo de un lado a otro como zumbambico, desorganizando la ropa, escogiendo las mejores prendas, profetizando fantásticos eventos para la tardecita, ya que era novedoso el hecho de salir, de trasladarse a rumba ajena, le alborotaba, chinche, el pelo a Leopoldo, que ya había comenzado a mirarme acomplejado y tonto y torpe y poquito envidioso de mi constante pila.

Fui de flores. El, de rayas. Yo no animé la combinación pero no la objeté tampoco, porque cada día se ponía de peor genio, se le iba, quedando entonces bola vacía, bomba desinflándose. Alboroté en el carro. Sexta arriba, saludando a los pobres amigos que ya ni siquiera sábados buscaban nuevos rumbos; haciendo que desconocidos descubrieran y retuvieran (para su desvelo) mi presencia.



Llegué a la casa de la rumba sintiéndome mortal pero jovencísima, con el pelo lavado y repuesto, rumbera toda, la lengua no muy inconsciente por el efecto de la perica, endulzada con almíbar de fresa para besar a otro.

Había miles de planes en mi cabecita. Decidido estaba ya que dejaba a Leopoldo, pero él lo sabría de último. Me conseguiría un novio viajero y con él conocería La Guajira, las islas encantadas, y no exigiría tanto en cuanto a equipo, un stereo con dos salidas y listo, basta.

Saliendo del carro pensé que ni siquiera se oía la música. Nos abrió un langaruto que no he vuelto a ver jamás y que nos indicó, con ademanes mínimos, la ruta. Así fue como llegamos a una sala llena de gente, gente por allí tirada. Sonaba Chicago tan pasito que hubiera sido mejor estar con la oreja prendida a un radio de pilas. Yo le dije a Leopoldo: "no es posible", cuando él ya hacía señas de reconocer a su amigo, un mono desteñido que ni siquiera se paró, y buscaba sitio en dónde sentarse, en dónde recostar la nuca y cerrar los ojos. Los cerraría al son de qué sonido, yo no sé, porque lo que era para mí, sonido no había. ¿Entiende? No alcanzaba. Con la nariz estirada de la pura rabia me llegué hasta el aparato, que era moderno y se veía potente. Ante él me acodillé, respetuosa pero indagante. Ya sabía: estiré la mano, me prendí del botón que indicaba *Volumen* y lo torcí todo.

Para mí sonaron unos cobres infinitos. Por ellos, el cuerpo se les llenó de espinas de doble punta, y me dijeron "puta", escandalizados, cuando yo ya me volteaba dispuesta a empezar mi bailoteo, y me empujaron, y el más presto llegó hasta el stereo y de una, como si no se pudiera sobrevivir sin ese acto, cortó el volumen. Yo miré a Leopoldo, luego le dije: "la música se hace duro, ¿no?" esa era la primera verdad que él me había enseñado. No se paró: me llamó. Yo fui.

"Estamos aturridos -dijo- Esta gente ha pasado ya por mucho. Un poco de quietud no nos haría mal...".

"Como quien dice paz, pues".

"Recuéstate en mi hombro", propuso, en el sopor de la tontería.

"Y paz quiere decir falta de volumen. A esto hemos llegado".

"Demasiado, demasiado volumen, demasiada velocidad", dijo, parándose y quejándose de que cada vez que se paraba le dolía la columna vertebral. Casi sin separarse de la pared (es decir, rodando) buscó al anfitrión, yo no sé si para darle una explicación de mi atarvanería o para preguntar por algo estimulante. Si era esto, el estimulante se lo dieron. Todo el mundo había vuelto a su sitio, menos yo: yo me quedé parada en la mitad del cuarto, sufriendo con locura. Ya no valían mis planes, ya no besaría, era yo la crema de la vitalidad entre un mundo de gente rendida.

"¿Por qué mejor no lo apagan? ¿Por qué no duermen?".

Nadie me contestó. Yo voltié la cabeza a uno y otro lado, confiando en que el reconocimiento de la casa me quitara penas, pues siempre era bueno descubrir el azul de la noche burbujeando en cada patio, el cementerio de las paredes eternas, los muebles holandeses, la porcelana china.

No, no descubrí nada en esa casa, o si lo hice, no me animó, en todo caso.

Mi cabeza dio otra vuelta completa, penando ya el pensamiento de que no me tocaría de otra que sentarme en medio de cenizas, sentirme para siempre prisionera de sombras filudas; caminaría hasta donde mi amante cansado y le exigiría, a esa hora, más lecciones de inglés.

Pero con tales pensamientos oí acordes nuevos, durísimos pero lejanos. No, no sucedían en esa casa, y yo tambalié toda al ubicarme, pobrecita, quién me viera, al descubrir que hacia el Sur era de donde venía la música, la música mismísima y caminé, caminé creo que largo y pisé rodillas y canillas y me asenté en cabezas sin clemencia, cabezas que no se mosquearon: ¿no oirían ellos, mientras me acercaba yo a mi fuente de interés, que al Sur alguien oía música a un volumen

bestial? Eran cobres altos, cuerdas, cueros, era ese piano el que marcaba mi búsqueda, el que iba descubriendo cada diente de mi sonrisa. Llegué a la puerta, la abrí, oí la letra.

Vaya uno a saber cómo y quién le va signando el recorrido por este mundo, por este Cali bello, en el que yo soy la Reina del Guaguancó. Salí a la calle y un cielo ¡tan despejado! Gigantesca luna y un viento de las montañas, profundo, acompañó la comprensión total del momento: que todo en esta vida son letras. Tal vez lo que yo cuento ahora se ubique en otro orden, inferior en todo caso. Apenas yo termine, el lector saldrá a tomarse un trago, y más le habría valido que en lugar de escribir hablara como a mí me gusta, que mis palabras no fueran sino filamentos en el aire, líneas vencidas, no importa: empiezo a hablar y no me paran, y no hago otra cosa que repetir letras porque primero que yo existió un músico, alguien más duro y más amable que concede el que uno cante su letra sin ninguna responsabilidad, que una mañana se le pegue y la repita todo el día como una especie de marca para cada uno de los actos tristes, uno de esos días en los que me propongo la acción más triste de todas: viajar en tren a La Cumbre, ese pueblo que fue rey de los veraneos de la burguesía hará mil años, y hoy es pueblo fantasma, con su casa embrujada en Colina, su tierra cada vez menos roja y el aire menos sano y menos frío, y borrándose los letreros de amor que tallaron en la tierra muchachos y niñas que ahora son empleados de turismo, alcaldes y no se acuerdan. Si es que no nos deja el tren, quién entonces nos recibirá en la estación de La Cumbre, las monjitas que hace mü años esperan el tren de cada cinco de cada tarde, el tren de madera que ya no es tan verde y está sucio pero sigue siendo la atracción principal, ni siquiera el cine mexicano que se fue de allí. Pero yo bajo del tren y huelo el pueblo y me resuelvo más sola que ninguna y camino por allí sin ningún rumbo cantando la canción que se nos pegó, que se nos pegó, y esa noche soñamos otra y mañana estrenaremos letra, y así, y así. Sonaba

en casa, no de ricos, al otro lado de la calle que yo no pretendía cruzar, allí donde termina Miraflores. No sé cómo se llama el barrio del otro lado, puede que ni nombre tenga, que la gente que vive allí haya aprovechado para también llamarlo Miraflores, pero no, no es; son casas desparramadas en la montaña, jóvenes que no estudian en el San Juan Berchmans, que no se encierran, en eso pensaba: "no, cómo van a encerrarse después de lo que estoy viendo": veía dos ventanas y una puerta abierta y rasgos de vestidos que iban del amarillo profundo para arriba, de allí al zapote y del zapote al rojo, al morado, al lila.

Ya caminaba, yo, ya me iba del otro lado. Puedo asegurar ecos que oigo en mí de un pregonar. No miré ni una sola vez atrás. La letra decía: "Tiene fama de Colombia a Panamá. Ella enreda los hombres y los sabe controlar".

No era sino cuestión de dejarme ir, abrí los brazos, todo es mío, me ayudaba, toma y dame, los muchachos que salían a tomar aire y era a mí a quien tomaban, me veían y no podían respirar, era un río y no una calle lo que yo cruzaba, a donde tomen el aire que les faltaba se me llevan es el río, entraban sofocadísimos a su fiesta, hablando ya, pasando el dato: "viene pelada extraña". Yo no los veía bailar más después que salían y me veían, los veía era arrimarse a las paredes y mirar bailadores con cara de preocupación por lo que ocurría en el mundo. ¿Fue que de sólo verme les quité la música? Entonces qué pecado, eran niños sin madre sin esa música, pena y esperanza, vete pallá. Patié un ladrillo, lloran por la tierra mía, luego una botella, alcancé un sector de pasto mal cuidado, pensé: "adentro hay mujeres fabulosas. Ellos sufren por otras mientras yo todavía no cruzo".

Me enredé en el pasto, tropecé, me volví mierda, me levanté, la peregrina, no me arreglé el pelo para nada llegando ya a la rumba, la rumba que traigo es para mí no más.

No tengo ni idea de cuántos hombres me miraron. Perpleja, atendí a la bullaranga de aquéllos a quienes

estremecía el bembé, un, dos, tres y brinca, butín, butero, tabique y afuero. Mis ojos serían como de pez mirando aquello, nadie se quedaba sentado, esa música se baila en la punta del pie, Teresa, en la punta del pie, si no, no, si no, no se le da el brinco y el brinquito es clave, si no se resulta haciendo cuadro o bailando vals, como los paisas.

Ninguna de las peladas envidió mi hermosura, ven a mi casa a jugar bembé, y yo adelanté dos pasos, y una pareja, por descuido, me empujó y yo quedé aturdida en donde estaba antes de avanzar, vete de aquí Piraña, mujer que todo lo daña, y la pelada a la que iba dedicada la canción se puso roja y voltió la cara, tenía bonito pelo, butín Guaguancó, todo el mundo chifló y yo chiflé fue la melodía no la burla, se llamaba Teresa, ella, la Piraña, poco le duró la vergüenza porque oye sonar las trompetas, oye los cueros sonar y se lanzó al baile diciendo que estaba con su gente y por eso cambiaba de pareja, saludando a los grandes bailadores de la juventud, tenía bluyines y camiseta roja y un ombligo bonito, el niche que facha rumba, háganle caso que está callao y viene de frente tocando el tumbao, se me acercaron dos muchachos que decían a los gritos haberme visto por una de tantas calles, yo no les creí, te conozco bacalao aunque vengas disfraza, así les contesté, pero nada más que para ligarme a ese ambiente que ya veía como pugna de los sexos, a la Piraña la molestan: yo molesto a los hombres que como siempre, se rieron, me pidieron baile en lugar de pedirme identificación, yo dije, aturdida: "quiero conocer a la dueña de la casa", me llevaron: atendía aguardiente y galletas con carne de diablo, vestía de blanco, color raro ante los zapotes; ¿quería yo, tal vez, confesarle que no estaba invitada? Sambumbia. No me atendió mucho, le di la mano, ardientes ambas, me dijo mucho gusto y se fue, tócame Richie, tócame ya como bestia, y yo viéndole la espalda atenta y oyendo el júbilo de la nueva canción comprendí, con esa velocidad mía, que había estado cuánto tiempo del lado de la sombra, que llevaba en mi

cara la marca de su experiencia, que por eso me buscaban, me asediaban, ahora uno más, tres: José Hidalgo, Marcos Pérez, Manuelito Rodríguez, todos querían bailar conmigo, no te rajes que el Tito está de moda y a todo se le acomoda, con los tres bañé, con cada uno misterio más gozoso, y era mi experiencia previa, la de muerte, la que ahora me hacía reflexionar las rodillas así, darles el quite, concentrarme en sus y mis zapatos, a la rumba grande se viene a bailar y hay que buscar la forma de ser siempre diferente, quién era que decía que ya no servía, quién que ya no podía, nunca me salieron tantas cosas con semejante intensidad, tocando el tumbao, gozando el tumbao. Manuelito Rodríguez olía a tinta: "la fabrico -dijo-, tengo empaquetadora clandestina y etiquetas INK", Marcos Pérez se parecía a López Tarso, tenía como una cara de permanente tragedia escondida y yo me le pegué en los boleros, madero de bote que naufragó: "para mí que hueles a droga cara -me dijo-, debes saber amarga toda" y yo me le pegué más, mi bomba rica, ai namás, alma doliente vagando a solas en playa sola, así soy yo, "a mar es a lo que huelo", le susurré en cada oreja como si fuesen conchas, y él se quedó tan callado, aspirándome, le hubiera provocado tenderse boca arriba en las olas de mis aguas. Poco fue lo flue me habló José Hidalgo, me le prendí también, yo lo venceré, me informó de todos modos lo más vital: que eran volibolistas, y yo le aseguré que era espectadora fanática, ellos, locos de dicha, me repitieron: "¡Pelada, pelada!" y con las palmaditas se me entró el recuerdo, que no me explico, de viejos tiempos en los que Ricardito el Miserable me llevaba a ver partidos a la cancha detrás de la Biblioteca Departamental, a ver contramatarse al Liceo Benalcázar y al Sagrado Corazón, y Ricardito me cogía la mano, no me dio nostalgia, agúzate, que me diera esa señal de que me ponía a la altura de los que dormían en la casa del frente, en cambio aquí ya pedían más volumen y alquito más pesado: "nada de boleros", dijo uno, y yo lo miré con furia y él se fue a un rincón como con aire más bien de tango,

vamos Ray que vienen es moliendo coco, sí, fue pesado el siguiente que pusieron, al son de los cueros, los cueros namás, y mi pelo fue, me lo dijeron, "la ola que cubría el misterio del Guarataro", ya sonreirá, lector que haya estado en estas salsas. Changó, dispénsanos tu espada. Me emborraché, me dieron trago.

Lo que uno siente de primero es que no se queda afuera, que al tratar de comunicarlo el júbilo llega entero, oh, que el júbilo no se tuviera que comunicar nunca, nunca con palabras, que fuera con abrazos, porque con el alcohol viene la trabazón de lengua, entonces uno dice: es falta de concentración, y para concentrarse cierra los ojos, y si cierra los ojos se le va el alma. Allí, ¿qué hacer? Seguir, seguir bebiendo, y que se nos unan todos, hasta que todos seamos un desastre, esa pérdida de dirección en la mirada, como si estuviéramos bajo el mar con los ojos abiertos. El alcohol, eso sí, me le cayó bien al pelo: tal vez un poco demasiado esponjoso, pero así se enreda menos. Y qué dijera de la piel... más bien grasosa al otro día, pero no una grasa profunda, ni mal color como el que da la batatilla, es una especie de agüita que se va fácil con mi jabón "Luna", y la piel reluce; alrededor de los ojos no se dan esos colores negros, sino que las cuencas se van como arrugando y los ojos, pobrecitos, terminan es brotándose todos, como si alguien le jalara a usted el pelo, la cola, y con ella todo el redondel de la piel de la cara, todo menos los ojos, que quedan como pidiendo explicación o misericordia. Si a uno le logran arrancar el cuero cabelludo y toda la piel de la cara, me quedarían los ojitos azorados, preguntándole cosas al mundo. Lo del malestar, dolor y sed del otro día a mí nunca me ha pegado fuerte: he aprendido a pararme de cabeza, así reposo unos minutos y se me va el dolor: el peso, la picazón en el estómago no los confundo con malestar: para mí es un saludable deseo de un trago. Prefiero los claros, aguardiente, ginebra, vodka. De los colorados, solamente el brandy, el ron para mí es mortal. Por una

botella de brandy he dado la vida, imagínese usted al privilegiado que la reciba... yo le pateo y le alboroto como gallina clueca, y él se me desprende convencido de mi agotamiento: "¡Dos o tres de éstos —me dicen— y te dejo vieja!". Yo les digo: "tienen razón", y hablo para mis adentros, y calculo cuánto tengo de ellos en mí, cuántas botellas llenaría, podría pegarles etiqueta y venderlos como producto de hombre que se ha vuelto nada. Almuerzo con apetito y en las tardes, igual que siempre, me siento y contemplo las montañas a las que ya les he perdido toda fuerza para algún día subirlas.

Sólo siento una voz que me dice: "Que te guste en lo que estás, que no te quede duda", y la noche me dura toda y me da tanta confianza, que miro con ojos vengativos a los que se van temprano.

Salimos de últimos, yo y los volibolistas. Me le despedí de venia a la anfitriona, y desde allí recibo cartas de ella, en las que sin ninguna habilidad trata de describirme lo maravillosa que fue mi presencia en su fiesta, y que cuando hoy me ve pasar, ella en bus, yo a pie con paso ligero y la frente alta, piensa: "Más me gustaría verla caminar por los lados del río, corrientes contrarias". Yo no la veo nunca, ella tampoco quiere. Sé que si dejo a que me encuentre se va a sonrojar, la pobrecita, y va a salir con nada. En su última carta me dice que la perdone si algún día la veo con este mismo vestido que ahora tengo, porque dice que me los está copiando todos, íntegros.

Esa noche le confesé que yo era experta bailadora, pero solitaria hasta que llegó el descubrimiento de tal fiestonón, y que ella era magnífica, con la pálida según mi gusto a esa hora de la noche, serena, gozaba más mirando que bailando. Se llama Manuela, por si la encuentran, Sambumbia.

Tenaz estaba el crepúsculo de la noche, el paso de la mañana, suelto como los indios. "Pelada rumbera, para usted hay más", me dijeron los volibolistas, como que si fuera libre ofrecimiento, regalo de buena fe, cuando era promesa que yo les había arrancado con mis



encantos. La rumba, la rumba me llama, báilala tú como yo.

Tenían un apartamento más arriba, subiendo la loma, y allá íbamos a continuar la música, y allá quería tener yo con ellos el acto, pero antes era preciso reflexionar sobre el pasado. "Síguenme -les ordené-, crucemos la calle".

La casa estaba toda abierta, la reja, la puerta principal, y adentro todo el mundo tirado y el disco rayado en un verso del cual me dijeron mis amigos: "Pelada, no entiendo un culo". Leopoldo era el único que aún conservaba algo de forma: enroscado estaba, con las mechas secas y horquilladas colgándole, a su triste guitarra.

Me inflé de vida, se me inflaron los ojos de recordar cuánto había comprendido las letras en español, la cultura de mi tierra, donde adentro hace un sol, grité descomunadamente: "¡abajo la penetración *cultural* yanky!", y salí de allí corriendo, obligando a mis amigos a que, sin un segundo de pérdida, me siguieran. El gusto de verlos despertarse lo pagué a cambio de los siguientes placeres: 1) Placer de *pensarlos* despertándose y no ver a nadie, mayor que el simple gusto de verlos en la vida real, tal cual. 2) Placer de ver la cara de los volibolistas, que afuera no exigieron explicaciones sino que siguieron gritando consignas, en un trance de furia y estupefacción.

Hecha un río de pensamientos urgentes, felices todos, caminé con ellos montaña arriba. Una cuadra más y tuve *deseos de hombre*, y ellos dijeron: "Más rápido llegamos si nos vamos por los lotes"; yo no sé si les creí, la rumba me llama y el guaguancó cobró millares; entramos, me corté con las hojas filudas de los lotes, tenía que alzar mucho los pies para avanzar; un poco enojadita estaba pensando en esto cuando vi que ellos se detenían, me esperaban. Yo pensé: "¿quieren comerme aquí?", y de alguna parte, porque casas había cerquita, me llegó olor a desayuno: tocino y huevos fritos; algo en el orden que sostenía la espera de ellos, devorándome toda, me llenó mucho más de urgencia; los

abracé por turno, les dije papitos por turno, les desabroché cada bragueta y me tendí en un lugar clarito con mirada de débil mental. Lástima que a José Hidalgo no le haya dolido casi, pues fue el último y ya la humedad no me cabía. Cuando él se me vaciaba todo, yo me puse a mirar las casas que bordeaban el cielo, y paseando la mirada vine a descubrir a un grupo de muchachos que se habían trasnochado jugando a las cartas, y apoyados en el muro del balcón contemplaban todo y aullaban como demonios.

De todos modos, adentro nace un sol y yo no encuentro a mi amor. Vamos a mi casa a jugar bembé, vivían en un apartamentico de pieza, baño y cocinética. Tomamos dia cuatro pepas diarias para no dormirnos, y tuvimos 7 días de rumba.

Lo comprendí todo. Su discoteca, comprada en cooperativa, cubría toda la etapa pre-revolucionaria cubana, la pachanga y la charanga, la revuelta, y el gran movimiento de esta salsa que ahora me llama y me llama, y yo que me digo: "espérate. Aprende a controlar el llamado, a hacerlo mutuo. Que se espere". Vaya uno a saber quién estuvo allí primero, quién era más blanco o más negro que tú, a quién se le ocurrió, quién tuvo la decencia de eliminar el dejadito para introducir el golpe, dejar el arrastrado para meter el brinco y la rumba de la dura no puede más, protegernos a todos con el trabajo de Babalú, llamo a Babalú. y él viene paca. Babalú conmigo anda, llegué a quejarme de dolor de caballo al principio del cuarto día, que empezó con la etapa más pesada (los discos me los hicieron conocer en orden de producción), la del rey Ray, iqui namá y el Ray Barreto, y me enseñaron a respirar y a turnar el peso de todo el cuerpo, pongo oído, el peso de todo el baile de un pie a otro, que no tiene ni fe ni amparo, y el contragolpe suavcito en los solos de piano, en los amañes de Harry Harlow, las piedras de Ricardo Ray que descienden a toda cuando crece el río, saoco en el bugalú, allí hay que sujetarse cuando la salsa se pone brava, apoyarse en los hombros de la pareja, una ola de misterio y ponte duro y no te doy mi fuerza, pareja, te

pido que me la disculpes mientras le encuentro balance a mi respiración y mientras tanto respiro con la tuya, y no te dejo que respire, y a ellos y a mí les gusta cómo sudo como yegua, es tan vivo eso, ya no salgo nunca de un mosaico cuando bailo, una terrible concentración en eso, siempre rechazo cumbias y pasodobles y me cago en Los Graduados.

Pero la ley de la vida es que toda rumba se termina, así es el tumbao de Guarataro. Y aquélla de mi aprendizaje definitivo llegó a su fin. Cuando se estaban durmiendo los insulté. Su respuesta fue terrible: Hidalgo se paró y apagó el *stereo*, y yo quedé sin cuerda, solita qué hago, espacio de múltiples estrellitas, como hormigas, y un fondo blanco y tan blandita mi carne toda que alguien me tenía, tenía que sujetar. Ninguno lo hizo y caí al suelo como una plasta.

Allí me revolví, despacio en ese silencio, que nunca me quitaran nada, que me dejaran, era amplio el piso, en cuatro lo recorrí todo y me zangoloteaba, tarde que vinieron a comprender ellos que alguien iba a tener que levantarse y al menos darme una explicación, quitarme pena, hombre, caballero. A Marcos Pérez le agradezco que se haya parado. Me dijo: "Pelada, mañana entramos a la universidad. Hora de dormir. Nadie aguanta más".

"Yo sí aguanto", repliqué, apartándolo y empezando ya a irme de allí, no veía bien la distancia entre escalón y escalón, pero de alguna manera vine a encontrar el aire de la calle mientras ellos yo no sé, como que daban explicaciones nulas que no aliviaban, ya en la lejanía, mi dolor.

Era de mañana, ya. Hay quien dice que el día es la unidad perfecta y el cuerpo humano el mecanismo que lo comprueba. El cuerpo aguanta todo trabajo y todo estudio un poco más de 12 horas, de allí en adelante duerme. Mi cuerpo fue creado para un mecanismo de orden más redondo: no sentía sueño en aquella mañana sino ganas de visitar gente, y, además, sabiéndome para siempre con una conciencia de lo que era música en

inglés y música en español, como quien dice *conciencia política estructurada*. Troté por calles que sí eran de Miraflores. En la primera tienda de esquina y teléfono pedí cerveza y llamé a los marxistas. El Grillo me contestó entre suspiros, "recién parido -le dije, y luego-: perezoso. Al que madruga Dios le ayuda".

"¿Quién es?", decían.

"Yo, tonto. Acabo de descubrir la salsa a la astilla. Hay que sabotear el *Rock* para seguir vivos".

Les exigí una reunión para ese mismo día, pero me la pusieron para el siguiente viernes. Ninguno de los dos cumplimos. Yo, porque me enrumbé. Ellos, y esto sí me duele, porque me ignoraron, los teóricos.

Ese viernes fui invitada a la fiesta de Amanda Pinzón, mi prima, en puro Nortecito. Llego yo muy bien vestida para que nadie se fuera a poner a decirme nada... claro que con bluyines, y no se veían sino puras faldas. Pero entré de buenos ánimos, mucha gente, buena luz aunque parloteo. Entré con las manos en los bolsillos, sonriéndoles y haciéndoles venias a los antiguos conocidos. Fui donde ellos, emocionada, sólo ellos respondieron mi saludo. Que cómo era, que cómo iban, que cuál era la velocidad, que cómo estaban, pelados queridos, y llega y les da la sentimental al verme, unos hasta con lágrimas, otros con risas de hace dos años, otros con una seriedad y transparencia de jovencito precoz y muerto, que ya no da para más, según decires. Y cielos, cómo estaban, todos con aires diferentes, la mirada como perdida más allá de la pista, del patio, de la casa y de la manzana entera, como volando círculos y otras volteretas sobre todo el barrio, en medio de la noche. Y sus pensamientos se iban hacia otras músicas, en percusiones salvajes de la lejanía.

"Parece que hubieran cruzado montañas", les dije, y ellos: "Exactitud. Las cruzamos y volvimos. Hasta el mar llegamos. Raro estar allá, tan lejos, y oír el llamado de esta ciudad".

Yo pensé: "huida frustrada. Algún díame internaré selectamente acompañada y victoriosa, en el corazón de esas montañas retrecheras".

Me equivocaba, pero empezó la música. Tenían orquesta. "Aliño y sus Muchachos del Ritmo" entraron con una cosa horrible que originó como risitas y pasos indecisos desde todas las direcciones hasta mí, tanto que creí que era que todo el mundo me atacaba, de lo feas que se les pusieron las caras. Luego fue que entendí que era que salían a bailar.

Y bailaron horrible, sin excepción. Entonces me puse a pensar: "pon cuidado si vas por el Guarataro, y luego a decir pasito: 'que yo conocí a un mulato bravo, y ahora está muerto en el Guarataro', y luego a gritar, no a cantar: 'esta angustia que me dice: agáchate que te están tirando', pero Babalú conmigo anda, y yo traigo saoco y tú lo verás, ¡Obatalá, Obatalá, cabeza de los demás!", y ya se estaba formando, claro, una confusión. Los amigos no quisieron seguirme (otros líos tendrán ellos, no los culpo), pero yo avanzaba y avanzaba diciendo todas estas cosas: "si no llevo la contraria no puedo vivir contenta", al ladito de los músicos, pa que no diga la gente que Ricardo se copió, ríase del traspolle que se le formó al trompeta, "Monguito, dónde; tú estás", a la guitarra eléctrica, al del organito, era todo *reaccionario sonido paisa*. Y ver a la gente bailar vals, y que a las peladas les suenen las crinolinas, "que es muy difícil morirse vivo", y yo les hice más necesarias las pausas a los músicos, y entre pausa y pausa a gritar: "el abacuá, cuando sale del cumbá, atendiendo la señal", hasta que mandaron cuatro hombrecitos, "y el encame del moruá", y una hembrita que no era ninguna de mis primas, criada, claro, "saludando a todo aquel qués abacuá", a sacarme venían y yo me les salí sin violencia, "a mí los santos me libran de todas las cosas", y cuando me hacían ir yo miré a mis amigos, Bull, Tiquito, a los muchachos, y ellos (que con el tiempo, fiesta tras fiesta, fiesticas de esas que les tocó vivir, se fueron haciendo cada vez más cerca de la puerta, que realmente nunca entraron a

ninguna fiesta) estiraron hacia mí sus brazos y yo dejé que tocaran ricitos de mi pelo, y todo el mundo supo que estaban de mi parte y que me querían pero que conmigo no se iban, y ellos mismos comprendieron allí, de una vez por todas, que conmigo nunca podrían irse (nadie deseó tampoco el riesgo); ninguno de ellos buscó mujer, ninguno se ha casado.

Salí de allí, me fui, echada y con una tristeza genial (seguro que ya había llegado la noticia a mis padres) ¡y unas ganas de rumba! Supe que había perdido mi tiempo desandando un camino que ya había ganado cruzando una sola calle. Me sentí desubicada y sin ganas de un Norte que pisaba por pura torpeza. El amor de Adasa quedó en mi corazón. Eché candela rumbo al Sur salvaje, en donde se escucha mi canción.

De allí en adelante el Norte fue para mí poluto y marchito. Otras tierras exploraba. Mi papá nunca dejó de manifestarse con las quincenas, y me la pasaba en hoteles y en garajes o en las calles, con puros amigos de la hora perdida. Y por la U. del Valle dándomelas de estudiante y con aire de pelada de paseos, embluyinada y con botas de dar pata o de saltar charcos según el mancito. Pero eran difíciles los acuerdos. Nadie parecía vivir con el interés constante de la música. Y si hablaban de la necesidad de organizar movimiento para sacar al nuevo rector, yo salía con qué: "tumba victoria que yo aquí no me quedo", y me paraba odiosa, amenazando: "dame Salsa, Salsa es lo que quiero". Les daba la espalda y retumbaba el cemento.

Los volibolistas se hacían los locos al verme y cuando yo me les volteaba se la pasaban dizque diciendo: "¿La mona esa? Olvídate: callejón sin salida de la burguesía". Hasta que me les planté: "está de moda negar el saludo apenas se politizan". Y me iba de allí triste y confundida.

Me quedaba horas sentada en el murito de esa casa de viejas, formidables ceibas, imaginándome, ante la antigüedad de la construcción, épocas mejores de este mundo: ver al último de los Alférez Reales haciendo parada a eso de las 5 de la tarde, a ser atendido con

chocóla tico con queso y un buen tabaco, antes de emprender la siempre reconfortable marcha por un Valle que no había criado más casas, después de que los indios se dejaran morir de tristeza a la llegada de los Atarvanes, que la estancia de Cañaveralejo, de doña Amalia Palacios, y la morada de Cañasgordas.

Miraba yo las ruinas de esa casa y me imaginaba allí, con la mayor libertad, familia de dementes, un jovencito de 12 años perdiendo la razón en el empeño de probar la verdad de base de los escritos lovecraftianos; incesto; madre posesiva resistiendo de forma más bien pasmosa el embate de los años; posible brujería, habitaciones clausuradas, pasos en la noche, mugir de un ser encerrado, mugir de reconvenciones; pero oh, nunca mis fantasías se vieron peor justificadas: habitaba la casa una simple familia Capurro, cuyos hijos no confesaban otro interés que uno, muy genuino, por la mecánica. Yo los veía llegar a la misma hora que llegaría el Alférez, con un manto de crepúsculo detrás y de semblantes vulgares untados de grasa. Suspiraba para mis adentros, para los muertos. Me alejaba de allí silbando la segunda parte de Trumpetman, y con todas las tristezas cruzaba la Quinta despacio, retando a los carros.

Yo tenía varios caminos para llegarle al Parque Panameriquenque. Pisándolo, me permitía un azotón de pelo que más de una vez produjo accidentes: los choferes no resistían impávidos semejante boroló de color de oro en un espacio tan abierto, y menos de día. Y alguien que pasara a menos de un metro quedaba dentro de los límites del azotón, y ni modo de reclamar. "Cuidado, ¡eh!", pues yo no había golpeado con correa ni con rejo ni con perrero: había sido caricia de las duras, de las buenas, y pocos son los hombres que tienen derecho a semejante ajuste de cuentas, tan por lo alto. Y me tendía en el ancho, suave céspedj con la vista clavada en el Noreste, deseando 2 ó 3 sorbos de cerveza, soledades mías. Abundaban por allá los futbolistas, pero ninguno podía acercarse sin que yo le hiciera cara de fiera: me incorporaba a medias, lo

miraba en cuatro, gruñía déjame sola. Y ciclistas idos, desencadenados. Nadie podía interrumpir mi ansioso letargo. De frente a las montañas, yo juntaba verdes: "algún día miraré desde allá", me prometía, sintiendo cómo el pasto caminaba en mi cuerpo y contando acacios, samanes y carboneros florecidos, palmeras de 6 tamaños para pensar, tal vez, que sólo Mariángela hubiera podido servirme de compañía, pero después cruel: "para habitar mi cuerpo, para no rebosar en un milímetro mis líneas al mundo, mis fronteras de carne". Cerraba los ojos y formaba dentro de mi cabeza una corona de la variedad del verde. El aire descuajaringaba la vegetación de mi nuca, formaba remolinos, y yo juntaba las manos, perdida en mi satisfacción fugaz como en una súplica, dirían. Me miraban sin soplarse la herida producida por mi pelo, sin correr a untarle mantequilla: dolía, ardía, quemaba, punzaba, pero era bueno, yo no he de olvidarte, que durara hasta después de la comida, que impidiera estudiar y acostarse con la herida, en mis agonías, arrullarse con la herida y arrullarla, soñar miles de fracciones de imágenes mías, presencia necesaria desde la otra vida. ¡Las veces que me he sentido reconocida por admiradores! Eso es que voy por la calle y me detengo o brinco para marcar un pasito, pues he recordado, a mayor intensidad, la canción del día, y eso es que se va formando un ruedo: 10 muchachos a quienes mi pelo ha herido en diversas épocas, y se pasan comentando y se juntan y me miran, me reencuentran con eso basta, yo escondía los ojos como si me diera pena y huía con el pelo como cortina protectora, dándole bulto a la tarde calurosa y oscura. Oh mis soles, mis amores, tantos verdes aplanados por el alumbrado público. Yo le digo a mi gente que está escuchando, y abría los ojos, bueno que está, baila conmigo, me paraba, le daba al parque una mirada de 360 grados, cógelo suave, ritmo de clave, detenía mis ensoñaciones para caminar hasta las gradas traseras, bajar agitada y feliz, moviendo los bracitos, riéndome sola, ya se darían los borbotones del crepúsculo, la hora precisa para volver sobre mis pasos y esta vez



encarar las gradas, subirlas muy lentamente, de uno en uno 23 escalones para que sea, de pronto, tan de repente, semejante amplitud, semejante anchura, luces de los autos trazando líneas de un extremo a otro, cuadrulado de personas, olor a trópico alebrestado, cielo tan zapote, montañas negras, bongó sabroso: subir esas gradas es la más fiel imitación del movimiento llamado de "grúa" (que uno ve en el cine).

Pensamientos así eran los que me hacían ir al Cine Club del San Fercho. Pero si alguien todo recocó me decía "Mankiewicz", yo respondía: "che che colé, quién lo tumbé". Era difícil entenderse conmigo, no lo niego. Muerta de la risa.

Además, cada vez me producía mayor depresión la salida del cine al sol, tener que maldecir con los ojos cerrados por el fin de la película. No, me gustan las cosas que me atan con grilletes a esta dura realidad, no las que me saquen de aquí para meterme a otro hueco.

Zapatiando salí la última vez, taconiando duro y adaptando, a la media cuadra, el saltico y la punta del pie, pensando en el Jala-Jala, vente con Richie namá. Y añorando, oh por fin, una rumba grande, o si no un bailoteo de 2 canciones y 2 cervezas. Pero si nadie me invitaba tendría que escurrirme a la casa de mis padres: visitar, comer y despedirme, jala cochero llévame allá. Ya avanzaba poco, en mi caminado, de tanto repensar la canción y marcarla en el andén. Y, antes de cruzar la esquina eso es que voy sintiendo un toe y un plap y "Caína ven", pero no voltié, no, no podrían ser ilusiones mías, deseo mayor de soledades bien incomprendidas. Mas no le corrí a la ilusión, antes la busqué: pero le di la espalda y me miré a los pies, apreté la mandíbula e hice pasito gustón. Pequeño amañe encima de 5 agujeros cavados en el puro cemento por los niños para jugar a las monedas, disparito de tacón y luego ida cortica, ininterrumpida, y aquí oigo un cuchicheo y después un ronronear de pies, que se venían corticos, hacia mí, el jala-jala queíno, jala pallá, subiendo la rodilla izquierda me imaginé tener una moneda de 50 en la punta del pie, yo la traigo pa

ti, la contemplé cegadora, y con el piecito restante armaba fácil equilibrio, y siento que en el cercano zapateo, el que no es mío, levantan la rodilla contraria, que castigan con suavidad y tino, y yo le retrocedí, de espaldas, culona entera, para ver si me topaba con el seguidor, tramando que si él permitía tropezón alguno yo lo iba a mirar torva y desistiría del juego, sanseacabó. Pero seguí trazando perfecto zig-zag hacia atrás, perros y gatos ladraron y se encresparon cuando yo, el centro, siento que a mis espaldas se repite exacto movimiento hacia atrás. Acuerdo, entendimiento mutuo, astucia polar. La gente ya miraba, y una perla de sudor apareció en mi frente, adelanté, quebré piernas, el jala-jala para gozar, rendí la hoja, vi conmoción de árboles, ventarrón, quebrazón de cielos y una dura rodilla en puro movimiento, detrás de mi quiebre de la otra y pum, rodilla al suelo, No pude más, me voltié.

El mancito era de mi estatura, cejón y dientón, de cara bonita, piernas muy largas, no fue sino mirarnos y darle rienda suelta a la celebración, su mano, huesudísima, en mi cintura apenas, mi mano fuerte y dura en su hombro apenas, yo recostaría allí la cabeza. Brincamos duro en una exacta convivencia de la memoria de la canción en la cabeza: perfectamente sabido que íbamos por los últimos remolinos, 7 líneas rectas y nada de descarga, 3 de la tarde eterna en las últimas trompetas y piedras desbocadas en el piano, donde la gente goza más. Sabroso de verdad, pero precisa de reservas. No nos separamos, penitas de roce de hombros y caderas, ¿roce no más? Vente ya, termina. Al lado, gente que manotiaba o aplaudía o insultaba, no lo sé; los observadores más vivos harían esfuerzos por adivinar el nombre del ritmo que teníamos adentro, y con Richie namá, apreté un poco más aquel hombro, le miré fijo a la cara, aunque difícil es, porque con tanto bajonazo la visión se borronea, brincante, le di mi gracia y mi fidelidad en aquella mirada, parpadié, empecé a contar del 10 al 1 y caína ven-ven, mira qué rico está, jala que ino jala pallá, yo marcaba cada

número con sacudita de índice y él con rodilla izquierda y planta (gruesa) del pie derecho, tamborero y jaaaaaaaaaaaaaaaaay.

Exactitud de final feliz y sensual. ¿Escucho elogios? Voy a decir la verdad: quedé rendida. Y eso que sólo 5 minuticos dura la canción. Por eso es que uno pide un caballo, dame un caballo, jockey un caballo, después del baile: ganas que le darían a uno de cabalgar montes y llanuras haciendo de tripas corazón y de orquesta completa la cabeza, y respirando piñas y piñuelas y guayabas coronillas, monte adentro. A caballo es la única pachanga que no cansa.

Nos abrazamos, juntamos los sudores, fortalecidos. Según él, hacía tiempos que me visajeaba, pero esta vez había salida de cine renegando de su vida y con el Jala-jala en la cabeza, y verme en esas, hombre, era tímido pero mi espectáculo fue mayor a sus fuerzas. Así junticos caminamos. ¿Quién existía, quién moraba alrededor? Nadie, por ahora. Me informó lo básico de su vida: se llamaba Rubén Paces, y yo le dije: "como un montonón de paz". "Sí, pero soy pura violencia. Para la música, se sobrentiende". Era administrador y programador de discoteca de fiestas: *Ritmo Trasatlántico*. Zarpaba mi ramillete de vientos buenos, florecía mi agosto sietemesino. Le di 2 besos.

Vivía contra el muro blanco del Instituto de Ciegos y Sordomudos, en la calle más fresca, sombreada y silenciosa de todo San Fercho. Vivía en un garaje con baño y cocineta, ningún distintivo en la puerta ("por siacas con los ladrones") como no fuera el estar pintada de un naranja encendido y adentro gran desorden y revoltillo de ropa de hombre y de ropa de cama. El se azaró todo (suponiéndome gesticos avinagrados) y empezó a componer: doblaba las sábanas, metía en una chuspa la ropa interior, y así yo iba descubriendo los afiches de Richie Ray, Bobby Cruz, Miki Vimari, Mike Collazos, Russel Farnsworth, o Pancho Cristal, y el inmenso estante de discos, unos 250 a primera vista, la caja de cintas, los pliegos de *cassettes*, el gran equipo que le daba cabida a toda innovación de la técnica.

Se apresuró a oprimir el botón que estuviera más a mano. Y eso es que suena un suavcito re tumbón de piano, timbales, "Colombia con alegría, llevo intenciones de cumbanchar". No habíamos salido de los mismos surcos desde nuestra Jala-jala, así se lo hice notar y él: "Qué te creías. Pillada la tengo". Pregúntale a todos si se enteraron: Colombia tiene su Bugalú. Con música él podía afanarse en la limpieza, bugalú, bugalú, ieeeeeeeeeee. Las cosas fueron quedando claras, era amplia la cama. "¿No hay problema con el volumen?", pregunté muy seria, cuestión vital. El me miró como diciendo: "¡pero!", y dijo: "¿No ves que estamos rodeados de sordomudos?". Terminó con la arregladera y abrió los brazos, no hacia mí sino como si se fuera a abrazar él mismo, como si se sopesara antes de ampliarse y ofrecerse, salsa de la generosidad. "Esta es mi casa -dijo-, Música no te faltará antes del desayuno". ¡Ay! yo corrí hacia él, a pesar de que había algo en ese ademán de brazos abiertos que repelía toda caricia. Me aceptó, chocholió mi cabecita y yo cerré y abrí los ojos, con violencia estiré el pescuezo buscando su boca, pero él se separó, contrariado y triste. "No me gusta", dijo.

Y se tiró en la cama y se tapó la cara con la piyama. Desde allá dentro me mandó que lo despertara a las 7 de la noche: "Apenas llegue don Rufián", que era su jefe, un viejo cojo y malgeniado al que no le gustaba la música: recibió discos e instalaciones de una herencia, y le había sugerido a Rubén el raterismo y la hipocresía para cada fiesta. Así, si algún inocente invitado daba chico, se descuidaba, cargar con toda su música. Rubén entraba sopesando las posibilidades, y salir del tal rumba con buena mano de discos y *cassettes* era uno de los pocos motivos de orgullo. En casi todas las salidas coronaban. Como las víctimas eran jovencitos hasta de menos de 15, nunca temieron represalias. Además, don Rufián había dado a correr rumores de supuestas (falsas) conexiones con la mafia. Yo observé un rato ese cuerpo descabezado, y después me distraje en el tumbao del ritmo picante. No me dijo

nada del volumen, y yo no lo bajé. Con todo, parecía dormir profundamente.

Dada la ocupación discómana, rumbera, salsómana, de mi enamorado, yo no podía pedir más, pensará el lector. De principio, así es. Pero ninguna Salsa le llega a usted entera, al final azota el llanto, quiebra el miedo, afloran las tristezas inexplicables. Conocí, traspasé la marea, las negras arenas, las difíciles armonías de uno con las melodías de la madrugada.

Don Rufián pasaba por nosotros a las 7 en punto. Yo le ayudaba en todo a Rubén. Me echaba dos o tres bailes bien violentos y de resto era puro escuchar, estar pendiente para correr a informar qué pelado se estaba emborrachando del todo y había empezado a desparramar los discos, o evitar que los mancos se dieran, y también a mirar a los más grandes bailadores, memorizar pasos complicados y, esto lo tengo que contar, estar atenta de cuando a Rubén se le viniera el vómito. Era cosa de cada fiesta, sin excepción. Un vómito discreto y negro, como miel de purga. El se iba buscando paredes y yo no era sino pantalla, nadie que la pille, que no fueran a pensar los dueños que el de la discoteca estaba borracho. No, él me prevenía con exactitud el momento, me encargaba de todos los controles y salía, con el rostro duro, y orillando las paredes a mano se metía en la noche, muy lejos, a soltarse allá en su acto. No era que bebiera en demasía, pensaba yo. Entonces, ¿por qué vomitaba? Ya lo sabrá el lector.

Al principio me decía que era cuestión del hígado, y yo lo acepté: 8 de cada 10 colombianos tienen el hígado como un estropajo. Pero era que provocaba la vomitada créame, sus razones tendría, ¿algún alivio? Era raro este Rubén: en toda la semana no hacía otra cosa que hablar de Salsa, de acordes potentes, pero al llegar el viernes se le ensombrecía la cara, no reía él que reía tanto.

Y eso no era sino poner el primer disco, *¡Ay Compay!* o *Seis Tumbao*, su marca de fábrica, y dale a musitar razones de vergüenza, y se mordía los labios, se daba golpes en las mejillas: "¿Qué te pasa?", y él: "Nada,

es que mi temperamento es difícil como un cambio de melodía de Ricardo Ray. Anda, escucha este disco, te lo dedico". *Guaguancó Raro*, peculiar modalidad del mundo de los escuchas, atormentados pasos y decires, llegaba la medianoche, ganaba la madrugada y Rubén ya le había subido volumen a sus pensamientos, yo intentaba pillárselos todos, y él era como si no reparara en mi presencia, como si no se diera cuenta que, de hecho, no hablaba solo. "Más gente que en las 14.000 rumbas de Jonás -decía (¿cuáles?)-. Y Ricardo complaciendo. Yo le pediría *Que se ríen*, y pelearía por él, me daría de totes con los caballos, si me asistes, oye lo que te conviene, si continuaras la tanda, nadie te acusa de periquero ni de degenerado, hasta las tetas, y mitad de pista llena de los que se negaban a la liberación del baile por la cuidadosa observación de los ritmos bestiales". Estos eran los vocablos más comunes de sus discursos, soltados únicamente en el curso de las fiestas, y yo pensaba: "es una culpa oculta, alguna purga necesaria", y lo dejaba en paz, cada quien con sus ladronzuelos interiores, vente paca, sabroso que es sufrir, así es el vacilón, peno sufrir tan de segundo: salía de las fiestas y pasaba unas noches perras, digo noches por no decir mediodías horribles, mañanas de los sábados y los domingos, no eran sino gritos y murmuraciones hacia adentro y despertarse con que "alcancé la tarima cuando tocaban *Colorao*. El gordo de las tumbas me dedicó la canción".

Y me miraba, sudando pepas, con la boca y los ojos muy abiertos, ojos y boca cuadrada del terror puro. "Sí, mi amor, duerme -acariciaba yo-, aparta esos malos sueños".

"No son malos -replicaba-. Son mis recuerdos. Peor es no acordarse de nada".

Enigma. Así qué iba a poder dormir yo. Oprimía el primer botón, volumen moderado, seguro él descansaría mejor, repitiendo dormidísimo, sonriendo: "Voy a cantarle con emoción un guaguancó, un mambo, un bolero, porque me sale del corazón", esto lo repetía hasta tres veces y se hundía en un sueño sin quietudes, sin playas

a la vista. Reclamaba, creo yo, otra fiesta, para templar el arco de su sufrimiento.

Que era cargo de conciencia, no cabe duda. ¿Pero de cuál? En la pared, al lado de la cama, había tallado una fecha: 26 de diciembre, 1969. Y todos los afiches eran de figuras que tenían que ver con la Gran Orquesta de Ricardo Ray, ninguno de Ray Barreto, Larrycito, Celia Cruz, Tito Puente, nada. El amor público de Richie era su amor profano. Pero ¿por qué el Rubén jamás me hablaba de esa ocasión grande que fue la serie de conciertos caleños?

Por allí encaminaría mi investigación. No fue sino que él se despertara y tenerme allí, encima de su pecho, haciéndole preguntas: "¿Cómo estaban vestidos? ¿Con qué canción terminaban la larga noche? ¿Cómo se ponían de acuerdo para los coros? ¿Quién hacía la señal para los cambios?". Huyéndome, él le subió volumen a la música y rebuscó entre la ropa sucia. Sacó un frasco de cristal amarillo, lo apretó con ambas manos, me lo mostró con la mirada de loco, sacó dos pepas rojas y plan, se las mandó, y me gorgoteó tremenda sonrisa.

Y yo: "Eso qué es, no me vas a dar una ¿o qué?".

"Tú eres la reina, dispénsate, sírvete, entérate de cómo es la vida dura".

"Me vas a decir a mí", y me mandé 2 de las mismas, bugalú, él se reía, papito, me sacó a bailar allí mismo, no te tullas, yo me le pegué y le clavé bien el oído: "cuéntame tus tormentos", como una historia romántica en la que el héroe sufriera traumas de guerra. "Explícame", y él reía: "Aquí te va porque me sale del corazón", y empezó a contarme mientras las piernas se me aflojaban, por qué será, me prendo de ti, me inculcas tu ritmo, andanzas monas, arbitrarias.

El 26 de diciembre de 1969 había salido temprano de la casa de sus padres. Le gustaban las tardes de diciembre porque se metía a cualquier cine vacío mientras todo el mundo estaba en toros, y salía a eso de las 6 con una tristeza sabrosa, un agobio de estar creciendo, de que tocara entrar al colegio dentro de 10 días. Había quedado de encontrarse en La Papiruza con el flaco

Tuercas, su amigo de la infancia. Los mantenía un vínculo muy especial. Hacía apenas 6 días el flaco le había suministrado lo que se dice, Cannabiol. Lo había descaballado (descabellado, empezarían a decir después). Habían sellado un pacto. Se metieron un Buenaventuro entero el primer día de vacaciones. Y mientras Rubén se perdía en perspectivas infinitas, comunión de todos los colores, el flaco Tuercas iba dejando caer la cabeza, abriendo la boca y perdiendo el oficio de los ojos, y soltando un hilo de babitas queridas. El: "Flaco, flaco, qué es lo que estás sintiendo, quiero que me expliques lo que yo siento, me siento blandito, respirando difícil", pero ni modo, el flaco estaba en tremenda pálida, que lo sentía, que fue una vaina no poder acompañarlo en su primera torci, pero era que la cabeza se le iba, que se fuera a tomar un café bien cargado o a darse una ducha fría en caso de que no bajara, que lo dejara allí quietico, que no lo moviera ni un milímetro porque vomitaba, y él, cómo lo iba a dejar allí, lo cargó un poco más y ya se lo echaba al hombro, y por calles poco transitadas lo dejó en la puerta de su casa. Luego se puso a recorrer una Avenida Roosevelt más amarilla y profunda que nunca, una avenida que no parecía terminar nunca; pero al final de esa eternidad dio con un fondo, seguro le sirvió el peso que tenía en la cabeza, dio con el fondo de ambos extremos unas 6 veces y allí se quedaba 20 minutos como una estatua, haciendo de las personas vacuolas, siluetas transparentes, repensando el recorrido que volvería a hacer, el idéntico recorrido por esa avenida de conformaciones submarinas, hasta que pudiera organizar los pensamientos.

Siendo las 9 de la noche los tenía aún más dispersos, pero, menos mal, lo atacó el sueño y dolor de piernas. No le quedaron recuerdos de su regreso a casa. Al otro día, recién despertó, se juró que nunca más la volvería a probar.

Al mediodía se vio con el Tuercas y rieron mucho. "Experiencia clave, tenaz, ¿sí o no?". El Tuercas le reprochó que lo hubiera dejado en estado tan lamentable



nada menos que en la puerta de su casa. "Menos mal que me encontré fue mi hermano, que venía más trabado que un costal de anzuelos", y rieron, y el Tuercas fue sacando, como el que no quiere la cosa, tremendo Bocano: "¿vas a darte un toque?". "¿Con este sol?", preguntó, espantado. "Es muy distinto, no es sino que probés". No fue capaz de decir que no.

El sol dio como un garrote en la cabeza, pero el dolor era bueno, y gozaron, y Rubén se atrevió con peladas que antes nunca, Virgen santísima. "¿No te lo decía yo? Esto es bueno, elimina las inhibiciones", y él pensó que sí, que así era. Respiraba y sentía dentro de sí una tromba de perfumes de Martica, la pelada que le gustaba por esa época.

El 26 de diciembre se encontró, pues, con el flaco Tuercas, en la que él supuso esquina que controlaba las formas variables de un crepúsculo de picantes magentas. El Tuercas informó, como si no fuera mayor cosa, que iban a encontrarse allí mismo con Salvador, un amigo mayor que los dos, universitario ya, y que todos juntos iban a ver y oír a Richie Ray. El accedió de buena, aunque más bien imparcial gana, pensando que sería un espectáculo más de los diciembres, sin imaginarse nunca que la música iba a ser así de filuda, ni que marcaría todas las noches y los malos días de su existencia.

Llegó Salvador, un moreno bien plantado, de pelo cuidadito, pañuelo con loción, vestido blanco, sólo que este color no le sentaba bien a la borrachera que traía. Acababa de presenciar las noblezas de S.M. El Viti y los desplantes de El Cordobés, y proclamaba las glorias y los colores de su pueblo, esta noche la cosa va a estar buena, y dibujaba pasitos, él ya tenía la Maracachafa, y de la buena, los condujo a la calle Orquetona para que vieran, olieran el tremendo moño, puro mango biche punto rojo golpe de coco, mejor dicho para qué hablar pudiendo probar, y eso fue que tras, sacó cuero con sabor a guanábana y le dio al Tuercas una buena ceja para que la depilara, y en un dos por tres, caminando de puro descuelgue, quedó armado semejante Babuino. "Ya veo que se puso nervioso,

Rubencito, no sabe que yo soy de los que arman el Bisajoso caminando frente a un ventarrón y con dos policías a media cuadra, y antes de que me pongan la mano encima me les tuerzo. Hágale no más, Rubén". Y él dudó pero permitió que se lo prendieran, barrigón que era, guanabanito, ¡jus! Pero patiaba duro. "Claro, pues es del Norte del Valle, la comarca más violenta", y "Uy ¡qué ojos!", y no habían terminado ese Banderero, cuando Salvador fue soltando: "¿Saben que, muchachos? ¿Saben lo que sería vital, bestial, indispensable para esta noche? ¿Algo así de primera, de crema, de pura belleza y de sin agüero, sin apelóte, de meterse en las peloterías? Un seis de secos para cada uno", y se quedó quieto: "¿Díganlo?". "Iiiiiiiiiizzz –soltó el Tuercas–, ¿usted nunca los ha probado, viejo Rubén?" "No, nunca", dijo él, atragantándose, tosiendo, escuchando cómo uno de los dos decía: "Entonces todavía no has probado lo que es bueno".

Era lo mismo que yo sentía allí, pegada, agarrada al cuerpo de Rubén, que no paraba de hablar. "No te me rajes que la Salsa apenas empieza, la desgracia he soltado la lengua, no te me caigas". Era que yo no podía bailar, ni estar de pie, sin pretender otra cosa en la vida que no escurrirme a ese cuerpo que no sé cómo, me sostenía. "Pelada, pelada, cabeza y frente alta, elimina la bomba", sacantió manantió ilé, sacantió manantió jesua, sacantió manantió mojé, qué ganas de sueño, pero él ya comenzaba a cruzarme las costillas, el ombligo, a hacerme arañitas, hormiguitas en las caderas, y yo fui cambiando el sueño por la risa boba, no te mueras y sigue tumbando, Miki, y él también a reírse, a reírse y contar su historia. Yo no abría los ojos, los abrí y pensé que si dejaba de reírse caería, fui a dar el "te invito a echar un pie" y al suelo, plaf, te malumpié: "No te pares, ni lo intentes, sólo abre los ojos y escúchame, mira la frescura que sentimos ambos, pelada, todos pepos, date gusto en esta vida". Ah, ¡qué tiempos aquellos!

Salvador pagó un taxi hasta la olla, que estaba ubicada en sitio bien tétrico, novena con 14, atrás del

Fray Damián, lo peor que hay. Se quedó en que Salvador y el Tuercas iban, se metían los Seconales allá adentro y se venían con los de Rubén, uno en cada mano. No había necesidad de pagar, no, el Salvador invitaba.

Así fue. No le tocó esperar casi nada, aunque ya no le estaba gustando la galladita que empezó a crecer al frentecito: "Fresco pelado, que aquí estamos, todo bajo control, yo hago como que voy a prender un cigarrillo, usted se voltea para taparme el viento y se los clava ¿bien?". "¿Aquí?". "Claro, no se puede andar cargado por estos sectores, es preferible andar arando". Pero alcanzó a pensar: "me escondo uno de tras del pantaloncillo". Estaba estrenando y le quedaban apretadísimos, con tal de que no se le introdujera por el culo. "¿Listo?". "Sí". Plan, sintió cómo le rodaba, cómo se le atrancaba, "trague duro", represó saliva, tragó, se le fue. "Eeeeso". Todo muy bien, qué de goces variados, qué de sentimientos, la gran cheveridad.

Entonces había que ir rápido donde estaba la Salsa, no fuera que llegaran demasiado tarde, se acabaran las entradas y ahí sí le cuento. Cogieron otro taxi. La cosa era motorizadamente. Rubén se puso a mirar las calles en actitud vigilante, esperando por los primeros efectos. No quería preguntarlos, no quería que se los definieran. Había leído en números de "LIFE" en español dedicado a la *Psicodelia*, y estaba esperando que empezara un murmullo de alucinaciones en su cabeza. "Me gustaría ver una zarza ardiendo". Tal vez ha debido preguntar. Estaba equivocadísimo con respecto a lo que se había metido. No le produjo nada de lo que esperaba. Sólo que cuando ya iban por San Fercho, le entró un beneplácito, unas ganas de cerrar los ojos, los cerró y se le vino el pensamiento de que perdía el año, de que lo expulsaban, lo golpearon en el hombro: "Eeeeyy", en el pecho, abrió los ojos creyéndose encontrar en mitad de los profesores, en clausura: "No te duermas, es peligroso". "Verdad -corroboró el Tuercas-, aprende a controlarlo, el sueñito viene al principio pero es muy rico, luego lo que te produce es una crema de

frescura". "Que viniera mi gente -pensó-, que se agitara el ambiente", ¿y alguien repitió sus pensamientos? Y el Tuercas: "Cómo me gustaría verte así delante de las peladas, sin escama, sin agüero".

Llegaron a la Caseta Panamericana, situada en el antiguo hipódromo. Todavía existían las graderías del viejo edificio, y estaba así de gente. No cabía un alma, pero ellos llevaban extraviada el alma, así que encontrarían campo, las boletas aún no estaban agotadas. La luna le causaba hinchazones como de pus al cielo, y Rubén no lo pensó dos veces: se tiró de cabeza entre la gente para ver si se ubicaba en una cola, porque se oía la música de adentro, las trompetas alpinistas, el zapateo, la bullaranga buena, pero: "No seas loco", dijo Salvador, y lo sacó de un brazo: "Antes de meterte allí vamos a meternos un Barbaco, que vea": y abrió la mano: "ya está armado, acá detrasito (más vale vigilar a este pelado que está muy pepo)". "Fresco -dijo el Tuercas-, yo me lo conozco, ¿sí o no, Rubén? ¿Chévere?". "Chévere", dijo él. "¿Cheverísimo". "Cheverísimo", dijo él. "¿La verraquera?". "¡La verraquera!". "¿Tremenda soda?". "¡Solla-dísimo!".

Entonces bordearon aquella entrada, aquella luminosidad buscando lo oscuro, y Rubén se fue sosteniendo con las paredes de cemento mal repellido, carrasposo. Se imaginó a un hombre que recorriera toda una ciudad en esa actitud: raspando las paredes y los árboles para sostenerse. Hasta que llegaron cerca a varios grupos de colinos que los miraron cómplices en esa oscuridad, y sonrieron, y Salvador le dio fuego al Baro, y lo rodaron duro, de a plon, dijeron: "así rinde mucho más y da directo en la cabeza", caso protector de purísima trabuca, él empezó a gustar de verdad de ese humo, se preparaba para no tener nada de aire en los pulmones al momento en que llegara la chupada. Y estaban, tal parecía, a un costado de la música. "Oigan esa Salsa, dígame si no es la sucursal del cielo", mataron el chicharro (era una bestialidad los aires de mariguanero que había aprendido en tan pocos días) y se dieron prisa. "Nos vidrios" a los muchachos de al lado,

"agúzense", pon, pon, Cuando volvieron al frente, como de milagro, había mucha menos gente. "¿No lo ven? Nada como un burbujo para depejar las cosas, a ver, en fila", cada uno compró su boleta y a él le parecía que no estaba en esa fila, que comenzaba a habitar un mundo aledaño, con otras leyes, con misteriosas causas, y se permitió cerrar los ojos un momentico más y se imaginó la orquesta. Uno de los recuerdos más firmes que tiene, y que ha tocado superponerlo a las imágenes de los hechos posteriores, porque de aquí en adelante Rubén empieza a olvidar.

Acucharon bastante, y hasta Salvador cruzó dos insultos ligeros con un mancito de camisa roja, para terminar dándose la mano. "¿Todo bien?" "Seguro". Paz en la feria. Un policía los requisó, en caso de armas, luego un civil en caso de contrabandos, embuchados, cruzaron la registradora, él podía jurar que recordaba haber sido el número 1.001, y entonces se encontraron frente a la orquesta pero separados por un mar de cabezas saltando al son de las lomas. Bastó esa primera visión repentina para saber que ya estaba integrado al extremo más furioso de los colores, al lado más vistoso de un mundo que recién se le desplegaba. Maravilla de tener los sentidos todos aguzados, dispuestos a florecer ante el embate de trompetas. Maravilla de reconocerse en un estado de adormecimiento, de agobiante fofa espera, anterior a esta entrada, a este empalme de luces y de voces que te dicen: "agúzate que te están velando". Maravilla de sabor, abría la boca y se envolvía en sus perfumes, propios únicamente de la dicha primera y del estado más profundo de los sueños. Maravilla de tumbao, de que a cada paso de miles de personas el suelo amenazara con hundirse, el techo con venirse, castigo de Dios por tanta alegría junta. Maravilla de saberse muchachito Corvarán, y tieso y respondón, cuando oía cantar: "Que uno tiene que estar mosca por donde quiera" y dócil el mensaje (aunque ya no tanto) de no poder soportar la idea de estar aún tan lejos de la orquesta, cuero, ¡cuero y agita collazos! Maravilla multicolor de todas las camisas, colores

encendidos por el sudor del alma, mientras avanzaba solo entre un mar de parejas. Hubo alguno que lo pisó, pero casi todos se abrían, así de alto y firme y claro era su propósito, y fue haciéndose a mayor velocidad, ganando cercanía, Moisés partiendo en dos las aguas, borrosos trazos de caras sedientos de aguardiente de la caña dulce, de beso robado por culpa de la descarga, alcahuetiado y luego concedido con dulzura doble, porque con esta música es que la gente se para, zambumbia, espíritus agitados de todas las razas: la china, la india, la castellana, la gloriosa negramenta, ¿dónde está lo mío? Chorro de humo, agresión de todos los cuerpos, borrachera de tumbadora, un solo júbilo inmenso, y él avanzaba, me siento de ti más cerca, quisiera que lo supieras y ya pelaba los ojos, juntaba, azotaba las manos, veía por primera vez las caras del agotamiento feliz que produce rendir fuerzas y alegría ante un viento que cambia, una melodía trunca y otra que la reemplaza, un borbotón de gracias, ¿algo de sangre? Seguro: un paso volte-reto abrupto y hasta costillas quebradas, iluminación total, pide ritmo, toma impulso y después brinca y agradece el sabor que te están dando, que yo le voigo y ni tingo parango, como persona decente. Lo ayudó el arroyo bueno del piano, le dio impulso y delgadez a su cuerpo y así podía escurrirse, avanzar mucho más rápido, oye que yo tengo un santo y es con Richie namá, pon cuidado que una voz siempre me dice, con la tracamanada de cueros fue avanzar en saltos, las parejas lo tomarían por un bailarador loco, agitado más por la fiebre que por del ritmo. Entonces allá delante el maestro supremo dio la señal del fin, y Rubén dio el último salto en blanco que sonó poooooooooon cuando paró la música. Qué bruto, a todas partes miró ubicándose asombrado, el raspar de las parejas que abandonaban pista, necesitadas del descanso, las risas de las pocas muchachas que lo miraban. Pero ante él se extendían, milagrosamente, 20 metros de puro espacio libre, y Bobby Cruz lo miró y él abrió la boca, y Cubero quedado quieto si Bobby Cruz no le hubiera desplegado claras señales de invitación, de



quería salir, dicen... direct from Puerto Rico how about a very good man in the past: Bobby Cruz and Ricardo Ray on piano, gimme eeeeeey!

Que no se oye esa clave, qué pasa: pues Bobby Cruz no le quitaba los ojos de encima, quién no la iba a pillar y la gallada fue abriéndole campo respetable, anchura de golpeteos y ritmos encontrados, hasta que Rubén tocó, Jesús madera y el zapato de charol de Bobby Cruz. Allí donde usted me ve. Y Bobby Cruz se inclinó y le dio la mano. Así es como vengo tumbando, así es como vengo relajando. Y él, ante el contacto con las manos amarillas del cantante recobró un poco de su compostura, y se le metió un hilito de serenidad y se acordó de los amigos, ¿dónde estarán? ¿No le hacía, pues acaso no llevaba con él el pase para el transpase de los recuerdos, el Séquito aquel? ¿Aumentaría su capacidad de goce? Lentamente, con movimientos seguros, se metió la mano dentro del pantaloncillo y encontró la pepa entre los pelitos, y bajo la mirada de Bobby Cruz, que no se había perdido, remolón, ni uno de sus ademanes, se la clavó. Ya usted lo ve. Qué iba a pensar que de todo eso no le quedaría ningún recuerdo. Pura invención mía. Ya lo he dicho: cerrando los ojos, afuera, él se *imaginó* a la orquesta; y lo que vio dentro de sí en aquel entonces, es lo que yo acabo de contar. Lo que realmente le sucedió, nunca lo supo. Aunque sus amigos se demoraron con los comentarios de la noche fabulosa, relatos que coordinaban con el ripio de su memorización: "Bobby Cruz te dedicó par canciones", todavía le decían. Pero él no lo recuerda, y no se lo perdona. Por eso es que yo digo que ese individuo no sabe en qué se metió.

Lo que ahora sigue es lo que más sujeto está a conjeturas, suposiciones que como pueden intentar acomodarse al hecho, a un acontecimiento público del que todo el mundo sabe algo y a lo que, permítame decírselo, la experiencia de nuestro Rubencito no le da un brinco.

Ricardo Ray alternaría con el comodón Nelson y sus Estrellas y los infames Graduados de Gustavo Quintero.



Y no se iba a sentir del todo bien, teniendo al lado a los que nombró de últimos, meros aficionados. Se habla de ese esmirriado trompetista acercándose al micrófono de Gustavo Quimba Quintero, dándole pautas, una más alta que la otra, luego, por lo bajito, el piano, la clave que se instalaba, la voz de Bobby Cruz desfigurando, subvertiendo, desde el coro, las boberías del Quintero, toda la banda encima, luego Nelson (que por esa época sonaba con mucho más Salsa) ayudando en el golpeteo, en el bataneo, obligando, Nelson y Richie a improvisar a los Graduados (¡!). Se habla de la vergüenza pública por la que pasaron los paisas, no les dieron un tiro, no resistieron el quinto empuje, vete a la escuela te digo que tú conmigo no puedes, obligados se vieron a salir de la escena por culpa del plano de la dulzura, pobres diablos con el culo roto, y eso no fue sino una celebración, barullo y pataneo entre tremendo salsón. "¿Tengo el permiso?", gritaba Richie, y tres veces le respondieron: "sí", lo tienes hermanito del alma, danos, déjanos tu sabor, y de allí una sola descarga, la emoción que siento cuando te canto, cuando te celebro: "Allí fue cuando se hizo la justificación de esta ciudad -decía Rubén, amargo-. Ricardo Ray inventó el mito".

Pero ya estaban allí los gordos, los cerdos, los censores, no se habían perdido una y no podían ver con buenos ojos que hubiera salido desplazada la medio bandita de Medellín, porque ya se sabe el estribillo: "Co-lom-bia: ¡esta es tu música!", que quiere imponer hasta la miseria por el hecho de ser autóctono. No podían ver con buenos ojos que Bobby hiciera como que iba a sacar el pañuelo y ¡snif!, chuá, saludando a todo aquél que es abacuá, y los jovencitos vitoreando el descaro, pensando: "¿qué valentía, que onda, que canti de perico, regalarán después de la función?", fantasías así, y al Bobby le gustaban, le gustaba esa inocencia para guaguancó tan raro, que lo aceptaran así, cuándo en Nueva York, con toda la mala propaganda que ya se gestaba, ¿cuándo? Pero aquí le celebraban hasta las plumas, si le daba la gana echarlas. ¿Cuándo en Nueva

York, machos? "Recuerdos que me traen estos aires -le decía después al Richie, al amigo- de las playas apartadas que nos imaginábamos de mi Puerto Rico, debajo de los puentes y de los subterráneos de Nueva York oliendo a gris e imaginándonos el sol que haría en la lejanía, en mi Borinquén, poniéndonos de acuerdo sobre las bases para el nuevo ritmo, ¿recuerdas? Imaginábamos, por no tenerlo, viento que en las cañas, en las palmeras, Riquito, tenemos que seguir viniendo". Y les cruzaba la menté, en línea recta, un recuerdo de Nueva York a las 6 de la tarde que los asustaba y los unía más. "Sólo que no tires tanto frenterismo", le aconsejaría Richie, bromeando, como el que habla de lo que menos convencido está. "Pero si lo pide la audiencia, yo lo doy -aseguraría el Bobby-. Y a los que no les guste, me les cago encima". Y se cagó, la pura verdad. Eso no era sino un solo salirse de señoras acaloradas, de señores lívidos de ira, los organizadores: "Saber que íbamos a traer una orquesta de homosexuales y drogadictos, mejor hubiéramos puestos discos", y las hijas de los organizadores: "Mamá, qué es ese Bugalú, eso no se puede bailar, qué vulgaridad, se me cae la cara de pena con Pablito, hacerlo venir desde Bogotá, ¿por qué no salen otra vez Los Graduados, tan divino Gustavito? ¿Por qué no vamos a un *grill* a oír *El gavilán Pollero*?". E iban saliendo, vacías las mesas privilegiadas, esta rumba la arma el pueblo y va a durar hasta mañana, porque oye: ¿Quieres más Bugalú? Quién decía que no no, quién, cómete ese piano Richie, porque allí dicen que a un empleado del Palacio Municipal le quebraron una mesa en la cabeza.

¿Y dónde estarían los amigos? El Tuercas y Salvador, ¿dónde? "Rubén, Rubencito, al fin te dejas ver, lo que te hemos buscado, iiizz, ya creíamos que habías sucumbido a la Salsa, uuuuy, pero qué carita tenes, que ojos más culísimos, ¿ningún problema? ¿Cómo hiciste para llegar tan rápido a la tarima? A nosotros nos costó toda la noche, claro que antes conseguimos mesa, hay un amigo de Salvador que está pidiendo ginebra a lo loco y costiendo que da miedo, aquí me traje media

botella, ve, mira, toma, bebito, así me gusta, qué violencia de Salsa, ¿no? Ante esto no hay como estar bien pepo, nosotros nos acabamos de meter otro Balino, te estuvimos buscando pero nada, ¿quierés otro gotrica? Eeeeso, hay que gozar de la vida ahora que somos jóvenes y tenemos tiempo, ya después vamos a morir: es la ley de la existencia y nadie la cambiará, ¿qué te pasa? No te me echés encima, estás muy pálido, alístate, no te dejes caer, ¿qué te pasa? Préndete de mi hombro, seguro hubo demasiado agite, claro y vos en medio de la pelotera, toma otro trago, toma aire y bebé bastante, eeso, bebito, a ver si se te quita semejante pálida, qué ojitos, si te viera tu mamá, en qué compañías andas, nunca me voy a olvidar de esta rumba grande, la mejor orquesta del mundo, por allí me dijeron que dizque Bobby Cruz te había hecho ojitos, pilas a ver si nos ligamos después del show y nos lleva al hotel de puro Perico, eeeeeyy, no te me echés encima, ¿te sentís muy mal? ¿Querés vomitar?".

Pero él ya no le iba a poder responder. La cara se le había llenado de forúnculos, como gases malignos formando una conmoción en la mejilla izquierda. Y dentro de la total abrumación de la vergüenza agradeció la pregunta del Tuercas y apretó la boca y así y todo se le infló, y el Tuercas puso una cara terrible cuando Rubén ya sentía que un líquido espeso le iba llenando los forúnculos, la cara toda, haciéndole nadar los ojos en una bola ardiente de desbocado malestar.

"¡No te vayas a vomitar aquí", y Rubén apretó más la boca, ya se le encharcaba la garganta, el líquido no encontraba salidas, miró al suelo, pensó: "cuántos zapatos finos. No podía tirar mis fuerzas aquí". Imaginó salpicaduras amarillas y pedacitos de lechuga, un murmullo creciente de protesta, vengoacabando. Se dobló, casi llega al suelo, quería era rastrillar su piel a algo, la salsa más rica: "Mejor sáquenlo", el Tuercas miraba para todos lados sin encontrar salidas posibles, estaban situados en plena almendra, salir les tomaría el mismo tiempo que les tomó entrar, mejor sería que se alejara, que se le perdiera a Rubencito,

cada uno con su suerte, no se pongan bravos, a Guardandaría con Suma y a Yemayá, el guaguancó más bravo, ¿cuánto hacía que no abría los ojos? Al abrirlos, se encontró a la altura de las rodillas de sus semejantes, porción de humanidad la más movible y la más sensible a ese ritmo, entonces, ¿eran ilusiones tuyas o era que uno podía alcanzar a trazar un túnel, entre bailoteos y saltos locos, un espacio libre por el que uno podría gatear hasta el otro lado? Sí, las miles de rodillas y de muslos formaban una especie de pasadizo con huesos y cojines de carne. Un restallante solo de trompetas color Whisky lo lanzó a su nueva empresa: se metería por ese túnel cavado por la salsa hasta llegar a cualquier amplitud mínima en donde pudiera vomitar tranquilo. Con el permiso de los cantantes se colocó en nítida posición cuadrúpeda y como el jabalí, como el marrano, avanzó y nunca tuvo un panorama más rastrero del ritmo que habitaba en las tibias, en los glúteos, en la bola de las rodillas de ese pueblo, "Sepultado por la Salsa", pensaría, y olores mojados, agrios, y a quién oía, ¿a Tuerquitas animándolo? ¿Palabritas de apoyo mientras lo abandonaba? Ahí tuve que es la verdad, con tan que no se le fueran a reventar los forúnculos, hasta que de repente fue, la luz al fondo, que yo te traigo de todo un poco pero aún faltaba camino por recorrer: la salida era en forma de rombo que se contraía y se ensanchaba en ritmos arbitrarios: el respiradero de la salsa, rodillas duras. Le dio velocidad a su correí en cuatro, alguien le patio la nuca sin excesiva maldad, alguien asentó la punta del pie en sus pobres dedos: "pero no me quejo -pensó-. Lo importante es que este pulmón por el que avanzo se ensanche apenas yo saque la cabezota". Porque, ¿si se cerraba en su pescuezo? ¿Si era que la música se ponía aún más violenta o se daba un cambio brutal de melodía? "Decapitado por la Salsa", pensaría, y concentró el poco entendimiento que le quedaba en pedirle a Richie que siguiera con el amañe, que descargara parejo y seguido, que no hiciera ningún cambio, ningún falso final, y se acercara, y el borde

del pulmón como que suspiraba un enorme placer local, placer en círculos, adorable conmoción, movimiento, no había estrépitos ni escalofríos y era verdad que se ensanchaba, boca bella, los dos últimos bailarines de ese bloque soportando toda la vibración de un pueblo entero, guardando los límites y sosteniendo las razones de ese ritmo.

Rubén metió la cabeza entre el último par de rodillas y de muslos y de nalgas: entonces le fue transmitido por puro contacto, todo el sentimiento de la rumba, la nostalgia de la tierra, imaginó ardores que se darían kilómetros más allá y en otros días, baile al sol y el sabor de la cerveza y de la fritanga, niños del futuro bailando al lado de sus madres barrigonas, el casquido, el estruendo, el sol recortando la piel desde las montañas, la Salsa que puede ser silbada por cualquiera, coros de 10 muchachos reunidos una tarde del domingo ante un *stereo* recién arreglado, silbando con sentimiento extra la forma tristísima, quejosa, desgarrada, de una alta melodía que habla, además, de que han inventado una palabra en el África lejana, del hombre que no es muy fuerte, que se cae y no se para... mientras fuera se extiende, implacable, la ciudad carcomida por la desolación del domingo, y Rubén, creo yo, gozó esos límites del ánimo por la música, se demoró un poquito más en sacar los hombros, que le dolieron, y allí fue expulsado, con ruido y soplido en entrañas femeninas, pues se había acabado la canción.

Después comprobaría que su cuerpo había quedado ensopado en un líquido que no era el que retenía dentro de sí y aún no encontraba, pugnaba por salir pero no encontraba dónde. Era la baba de la rumba. Se demoró en ubicarse en aquel mundo de tranquilos bebedores en sus mesas. Voltio los ojos, se incorporó. Se llevó una mano a la boca cerrada y apretó, prometiéndose que no era sino vomitar y volver al frente de la música. ¿Pero adonde? Paredes amplísimas, desierto de cabezas, bruma del encontronazo, por porciones, de la noche y la luminosidad espectral. Corrió bordeando las mesas, cerró los ojos mientras corría sin torpeza. Detrás de

las graderías se daba una de arbustos, ortiga, lulo de perro, tomate silvestre. Decidió que esa porción de verde le traería el reposo y hundió la cabeza allí.

Los forúnculos se arrugaron. Su cuerpo produjo todo un ruido de grifo, de tubería recién destapada, y el gallito de la garganta empezó un enloquecido bailoteo, pues el vómito le subía con ventarrón desde el estómago. Su cuerpo se aflojó tanto que las espinas de la ortiga resbalaron en su carne. Haciendo bizco pudo concentrarse en la naturaleza y el color de su vómito: amarillo como los frutos y las riquezas de nuestra patria, azul como el color de las montañas lejanas y rojo como la sangre por los héroes derramada. Todo aquel desperdicio fue formando una dura caparazón en los arbustos, o pensaría: "¿en mi cabeza?". Intentó hacerse a una relación retrospectiva de cada uno de los sucesos que lo habían conducido al presente, lamentable estado. Lo logró, pero no era sino recordar la imagen y olvidarla ante el vómito que le correspondía. Ayúdame Adasa, dame tu bendición. Antes de fundirse en un sueño profundo pero estrecho olvidó la sonrisa de satisfacción de Ricardo Ray ante el deber que se está cumpliendo -los movimientos desproporcionados de Cándido, el de la timbaleta- tres versos de Babalú, la canción que más le había gustado -una muchacha que se arrodilló ante él y con su cuerpo le dio el mejor contacto, cuando recorría los órganos internos de la música caliente-, los arbustos que en un momento habían sido como zarzas ardiendo -los brazos abiertos de Bobby Cruz, reclamando mayores arrebatos- olvidó también el sitio donde se encontraba lloriqueando sin notarlos casi, la pérdida de la experiencia central de su vida -dame la olla Macoró-.

Para repetir boleros babosos, de allí en adelante fue piedra rodando sobre sí misma, madero de nave que naufragó, alma doliente vagando a solas. No pudo dedicarse con tranquilidad a otra actividad que la pesquisa, la averiguación, hasta que llegó a hacerse a un panorama bastante fiel (dirían) de lo que había ocurrido dentro de su propia noche. Hizo fugaces

amistades salsómanas y alcahuetió las diferentes formas de agresividad creadas por la disparidad de gustos. Se volvió habitante de la noche y atormentado pensador de los domingos: personalidad dubitativa, desconfiada, malamente reflexiva, asmática y, hacia los últimos días (los míos, ya lo vio el lector), vomitiva. Esperó en vano el regreso de su Richie Ray. Desentrañó los motivos de clase que produjeron el bloqueo a la gran orquesta. Decía: "y en Nueva York se le fueron encima judíos y Titospuentes, por motivos de calidad musical y cualidad sexual. Y porque ellos nunca renunciaron al frenterismo como la única manera de ser y relacionarse. Bobby Cruz ya estaba cansado de azotar culinsísimamenté a más de uno, cuando decidieron apartarse, encerrarse, autosuficientes. Después harían verdaderos esfuerzos de socialización: interponer, entre pianista y cantante, una presencia femenina -Miki Vimari-, para que frenara el cortocircuito, para que su música se ampliara con puntos de vista del otro sexo. Pero no. Nada de eso fue agradecido". Y se lamentaba: "ay agita como tú, ay agita como tú, ay agita como tú, que viva Ricardo: no se me olvidó", yendo a esconder su melancolía en otra parte. Pero cada diciembre se manifestaba haciendo imprimir afiches en este orden:

### **EL PUEBLO DE CALI RECHAZA**

A Los Graduados, Los Hispanos y demás cultores del "Sonido Paisa" hecho a la medida de la burguesía, de su

vulgaridad. Porque no se trata de "Sufrir me tocó a mí en esta vida".

Sino de "Agúzate que te están velando".

¡Viva el sentimiento afro-cubano!

¡Viva Puerto Rico libre!

RICARDO RAY NOS HACE FALTA

Pero nada, Richie Ray no volvió jamás, y con su ausencia crecía el vacío en el alma de Rubén, devorando lo más sólido, sus emociones más reales y vigorosas. Pero nada era comparable a haber perdido el juicio cuando más lo necesitó. Marcado quedó, entonces, por

una brutal impresión perdida. Escuchar música, producir motivos de bailoteo era el fuego que animaba su perdición.

Ni qué decirlo, se volvió mal estudiante. Abandonó el colegio a mediados de quinto de bachillerato. Un tío le consiguió un empleo en la disquera "Paz Hermanos", en donde se comportó como hábil vendedor, sólo que por momentos lo atacaba una repentina elevazón: se quedaba con el índice suspendido en mitad del disco ante el asombro del cliente: era que, como una estrella errante, le había venido una pizca de recuerdo: un trapo rojo que ondeaba a la luz reclamando otra canción.

Cambiaba el sueldo por discos (a precios especiales) y compró un buen equipo de sonido en cuya compañía se pasaba las noches de los sábados, encerrado, desvelado, hosco. Nunca pretendió de las fiestas una salvación y cuando se asoció a don Rufián empezó a creerse ángel del caos y del mal paso, el sujeto que llevaba la música a los hogares para que se dieran la discordia y la ruptura. Nunca se portó amable con los jovencitos que bailaban su música. "No es sino que crezcan un poquito -decía-. Yo ando sin luz ni alegría desde los 14 añitos". Metía pepas para ganar flexibilidad en caso de que (cosa rara) le diera por bailar, y como eficaz medio para volver sobre recuerdos *ya encontrados* (no más de cuatro, en todo caso), pero él se engañaba: llegaba hasta a decir que ahora sí, verdad que estaba reconstruyendo su mínima historia. Lo del vómito era porque creía que así los recuerdos subirían a él, quemándole la garganta, chorlito del tiempo malgastado. Pero esto nunca le dio resultado.

Yo bostecé, final de la historia, y él se me apartó. Dio algunos pasos y tropezones y se tiró al sueño, bocabajo. Yo me fui detrás siguiendo su rumbo de zigzag, y le besé la nuca. Con ganas de esa piel le chapotí cerca a las orejas, al estilo moderno. El ronroneó alguna queja, pero yo junté fuerzas, esto no es chacha pachanga para chamizo, y lo fui parando y él se restregaba contra mis salientes duras, castigadoras,



fue elevándose de la tierra con cara de idiota, y yo le daba ánimos, aguzón para apercollar, vamos, ponte duro bongó, y sin soltarnos nos fuimos contra la pared del fondo, al lado del baño y la cocina. Había que creerlo todo rápido, arremeter contra el acoso del sueño. Me desembluyiné, me abrí toda y calzones afuera y él parado ante mí, pun cataplum, viva Changó, intentó reclinarse, huir de mí, acomodarse mejor, tal vez, pero yo no lo dejé, ya conocía su pasado y ahora iba a grabar en su corazón un dato más para su martirio, iji, me le trepé como a vara de premio, y como pude le fui abriendo la bragueta, y yo ponía la boca como trompeta, frente a él abiertísima, ¿sería erótica la visión de mis amígdalas? Sí, porque se le puso como viga, y yo quise bajar por todo su medio, por toda la costura que yo podría separar para dejar dos pedazos de carne doliente, y sin cerrar la boca fui amarrando los talones en su nuca, y con la mano abajo, trabajándole, ay, la cara que hizo cuando me le ensarté toda, que no quería más sucesos, que no quería amores mientras no renacieran sus recuerdos, y yo: "cállate pichón", era todo lo que quería mi son, con las manos estrujándole la cabeza y era yo la que empujaba porque él cómo, estaba aprisionado, comején, ofreciéndole sus fuerzas a esta bola grande mía, estos interiores de ecos profundísimos. El quiso rodar por esa pared pero yo no podía, me abrí más y me lo tragué íntegro, ya no podía demorarse más, ya no podía, bocinas, ida y venida de una pelota de ping-pong, niños que jugarían afuera: cuando me regó yo hice un movimiento bestial de abajo-arriba, y casi se lo quiebro. Pensé de buen humor: "le despescuezo el pato, melé como los huevos y le incendio el nido". Cómo hubiera sido eso. Para ahuyentar ese pensamiento me le desclavé. El se quejó, pero yo: "tranquilo que ya pasó todito". Miré hacia abajo y se me hizo exagerada la altura, pero salté ágil como bambú, en la punta del pie.

El se fue rodando por esa pared, hasta el suelo, en donde quedó con la mirada perdida, con actitud de

muerto, como si acabara de ser desangrado. Luego, no fueron sino las quejas y reclamar a su mamá.

"No se les acaba a los hombres su sustancia" preguntaba yo en quinto de primaria.

"Se les acaba pero les dura -me respondieron en recreo, a escondidas-. Tienen un barrilito de un litro encima de la vejiga".

Sonriendo, repensando mis perfidias, fui quedándome dormida, pero sin llegar a enrevesarme en ningún sueño. Era como una modorra de pura tontería y flojera de músculos y de espíritu. No era sueño, más bien ganas de no incorporarme. Nunca me gustaron las pepas, aunque, ay, para el baile y el amor son colador total de prejuicios, gacelas desbocadas en mitad de un campo de cañabrava, bomba de las navidades.

Cuando Rubén se quería tirar al tres yo lo acompañaba. Aprendí mucho con su miseria. Me enseñó el brillante misterio de las 45 revoluciones por minuto para un disco grabado en 33, invento caleño que define el ansia anormal de velocidad en sus bailadores. ¿Cómo, quién fue el que probó a ver cómo sonaba "*Qué bella es la Navidad* en 45, o *Micaela se botó*? Se debe haber creído un genio ante el resultado, compositor Welter Carlos. El 33 vuelto 45 es como si lo flagelaran a uno mientras baila, con esa necesidad de decirlo todo, para que yaya tiempo de volver a decirlo 16 veces más, y a ver quién nos aguanta, quién nos baila. Es destapar el espíritu, no la voz, sino eso turbio que se agita más adentro, las causas primordiales para levantarse y buscar la claridad, el canto. Es volver necesaria y dolorosa cualquier banalidad, porque hay Salsa, mamá. Es apretujar esquelas de música, enrevesar pianos que habían arrancado en líneas directas, embutir a los bailadores en una tercera realidad, en donde cantantes machos han cambiado de sexo o son entes neutros, y bailar la irrealdad, azotar los caballos enloquecidos, llenar de fiebre las trompetas mareadoras, deshilar como carne trozos de música salada y caliente, hacer acopio de fuerzas, Tulia Fonseca, Tulia Fonseca, que el bailarador piense: "Está durísimo y sólo llevo 2 minutos.

¿Cómo quedaré después de media hora de canciones?". Música que se alimenta de la carne viva, música que no dejas sino llagas, música recién estrenada, me tiro sobre ti, a ti sola me dedico, acaba con mis fuerzas, si sos capaz, confunde mis valores, húndeme de frente, abandóname en la criminalidad, porque yo no sé nada y de nada puedo estar segura, ya no distingo un instrumento sino una eflusión de pesares y requiebros y llantos al grito herido, transformación de la materia en notas remolonas, cansancio mío, amanecer tardío, noche que cae para alborotar los juicios desvariados, petición de perdón y pugna de sosiego. Sosegón, magnífica confusiña de ánimos vencidos por 3 minutos de canción: así es el 45. Y que lo bailen todos, los quiero ver zapatiar sin esperanzas: que el ideal de la vida se reduzca a dar un taquito elegante para cerrar pieza, y esperar que coloquen responsable melodía. La rumba está que no puede más.

Y miraba yo los diversos estados de la rumba: el agotamiento, el despropósito de la patanería, los jovencitos que arruinaban su futuro en una noche de excesos. Y en el momento de perder todo valor ante los ojos de la amada exclamaban, el himno de los pepos: "¡Vale güevo!", para caer a la media hora en cualquier rincón, presa del arrepentimiento contra el que nadie puede, pero se regodean en buscarlo, en sentirlo, sin saber que eso es lo que produce el cansancio mayor. Los organizadores de la fiesta lo intentaban despertar con toda cortesía, y él abría los ojos insultando al mundo. Entonces le colocaban dos buenas patadas y fuera de allí mocosos, y él pensaría como los viejos: "La vida no vale nada", y caminaba tres pasos contradictorios, alcanzaba a proclamarse superior a todo eso antes de caer al lado de un poste pensando: "Le dedicaré mi vida al ajetreo, y el desorden será mi amo. Ahora durmamos". Tiniebla profunda del entendimiento. Muchachito del Sur amaneciendo a la intemperie, olisqueando y morboseado por los perros, vestido nuevo traído desde San Andrés por su mamá, con un mar de sacrificios. Se despertaría después de albergar, zumbando, el pensamiento de que lo

estaban achicharrando al sol. Cuántas veces lo pensó y cuántas veces postergó el momento de la despertada, el horror de lo que no logró olvidarse, la vergüenza de los hechos tan recientes. "Me están derramando sopa hirviendo en el pecho y en la cara": con este pensamiento abrió los ojos: por encima del atroz dolor de cabeza se daba un cielo blanco, enfermizo, y la grasa le salía a borbotones de la frente y le corría por las mejillas, introduciéndosele por el cuello de la camisa, y él no alcanzaba a explicárselo, puesto que no estaba desabotonado, puesto que había dormido así, apretujado y con corbata y maldito. Dio un brinco, pensando que tal vez su concepto del mundo cambiaría si lo enfrentaba de pie. Fue peor, pues la posición vertical indicaba una ascensión y un abismo. Entonces corrió, pues el hombre que sufre (lo comprobaría yo después) se olvida corriendo de su espíritu. La casa de su novia no quedaría a más de dos cuadras. Tocó como un loco en esa puerta recién pintada y despertó a todo el mundo (recién dormido) y pidió los mil perdones a su novia: "Tú lo sabes, efecto de la borrachera, a cualquiera le pasa". Su novia, Blanquita, que había sido arrancada de un sueño placentero para encarar la fetidez de sus disculpas, le pidió a los hermanos que lo sacaran de allí a patadas. Mal le comenzó, entonces, su domingo. A seguir corriendo.

Con estas fantasías animaba yo mis sienes, elaborando ya el reto supremo: yo sería el centro y el motivo de la celebración, no su víctima. Yo sería el espíritu de la concordia y el goce sin fin. Yo era el alma que le daba origen a su rumba, la novia de la rumba, la que siempre ganaría, la más gozona y asediada, la que se iba, inundada de cansancio saludable, a dormir las pocas horitas de los justos, y a arrullarme con los planes de la rumba posterior, la de esa noche, la que perfeccionaría el sistema. Yo no iba a desgastar la rumba sino a llenarla de coronas, reinados de frescura, y mi carne resplandecería de arreboles nocturnos, y mi pelo era la maleza encantadora, la mata que destella,

confunde, aturde y produce somnolencia, si no se cuidan. Mi pelo crecía libre y poderoso, y a cada paso extraído de la propia raíz de mi cuerpo cobraba brillo tremendo. Crecería mi espíritu como un campo de margaritas en el césped negro de la rumba salvaje, terreno prohibido: el que arrancara una de mis flores para alimentarse y cobrar vigor en la bomba terrible, llevaría del bulto, a la fija.

Música que me conoces, música que me alientas, que me abanicas o me cobijas, el pacto está sellado. Yo soy tu difusión, la que abre las puertas e instala el paso, la que transmite por los valles la noticia de tu unión y tu anormal alegría, la mensajera de los pies ligeros, la que no descansa, la de misión terrible, recógeme en tus brazos cuando me llegue la hora de las debilidades, escóndeme, encuéntrame refugio hasta que yo me recupere, tráeme ritmos nuevos para mi convalecencia, preséntame a la calle con fuerzas renovadas en una tarde de un collar de colores, y que mis aires confundan y extravíen: yo luzco y difumino tus aires, para que pasen a ser esencia trágica de los que ya me conocen, de los que me ven y ya no me olvidan. Para los muertos.

En el Parque de las Piedras ocurrió la última rumba en la que acompañé a Rubén. Ya no lo quería a mi lado, ave de mal agüero, lo abandoné a su suerte, que siguió mala. Era que yo ya había visajado a un larguirucho de pelo muy indio y mentón prominente, algo belfo, de muchos tonos chillones en el vestir y grandes pasos. Dos veces bailé con él, y le hice tremenda comprensión de compliques, y salsas raras, y quedó azarado y confundido con mi figura y mi contoneo, y se fue a respirar profundo contra una pared y a bogar aguardiente y a rehuir la cercanía de los amigos. Yo me reía de él dándole la espalda. A la tercera pieza me hizo la propuesta:

"Pelada, ¿no le caería bien un día de sol, Salsa y emoción mañana que es domingo insoportable de ciudad'?"

"Yo no digo no a nada", respondí, sin mirarlo, pensando que esa noche ni siquiera iba a ayudar a Rubén a sacar el equipo.

El hombrecito descontroló sus pasos. Me le separé, a la espera. Volvió sobre mí y me hizo dar vueltas organizadas. No hablamos más. Supe que no hacía otra cosa que repetir mentalmente mis palabras: ¿cómo era posible que resultara tremendo "sí" de una sarta de negaciones?

Cuando se terminó la canción quiso volver al mismo sitio de su pared, pero lo encontró ocupado. Tropezó al otro mancito y buscó pelea. Como su oponente estaba solo, sin amigos, lo echaron a las patadas. Luego le dieron palmaditas a Bárbaro, que así se llamaba, y le recomendaron cordura. El respondía a todos esos cuidados con aguardiente. Pudo averiguar referencias mías, y le habrían dicho: "Anda con cuidadito que se trata de pelada vivísima". Pero no preguntó nada. Bebía, y cada vez que yo lo permitía, me miraba a los ojos. Me reí al pensar que si la música no estuviera a semejante volumen ni fuera así de brava, él podría acercarse a mí, besarme la mano, enumerar gentilmente sus planes para conmigo, limpiar con la puntica de su pañuelo blanco un sucio en mi ojo, soplármelo con ternura, cruzar lajnera, rendirme su historial, pedir el mío sin apresures, llegar a acuerdos placenteros. Pero dependíamos de la música, y en mitad de ella, la cosa era a los gritos. Me le situé frente a él en dos bailes que me eché con un mancito hasta desanimado, y casi lo vuelvo loco. Comenzó a temblar y luego a darle patadas a la pared. De nuevo vinieron y lo calmaron. A todos les hizo gestos de que ya, de que todo bien, y siguió bebiendo y mirándome. Luego llamó a dos, los más amigos. Algo les diría de mí, puesto que vinieron, uno langaruto y el otro revegado, se acercaron al último mosaico de mi bailoteo y me dijeron al oído con mucha cortesía:

"Señorita, ¿sería tan amable de salir al parque a cambiar dos palabras con Bárbaro, nuestro buen amigo?".

Yo accedí, bongando los pisos. Con el bongó se agita la mente.

Salí imperceptible, pero respetada, comentada, la pelada del que pone la música. No me permití requiebros por el Rubén. Ya había tenido su vomitadita, mi deber estaba cumplido. Salí a la luna magnífica, la que me acompaña cada vez que le hago quite ligero a la música.

En el parque estaba Bárbaro, rodeado de niños del barrio, ninguno mayor de 12 años, rodando un Barquisimeto. El hombre caminó hacia mí y detrás se le fueron todos los niños y se pararon muy trabados, a mirarnos con los ojos muy abiertos. Contrario a lo que yo había pensado, Bárbaro logró caminar en implacable línea recta (adonde lo vea zigzaguear le doy la espalda, y olvídate), y cuando me habló, de su boca salía un perfume de magnolias. Agradecí su corrección con cerradita de ojos y toquecito de mejilla en su pecho. El suspiró (los niños también), pasó su mano derecha por mi cabeza y me hizo sentir el agitado corazón que le daba órdenes, habló: "Pelada, ya es mucho de estarla viendo. Quiero mostrarle mis dominios, porque estos no son. Mi fuerte está en la última llanura antes de las montañas, en donde se da el guayabo y el lulo venenoso. Allí no nos faltará la Salsa, ni los gringos comehongos, de los que, con toda modestia, soy experto bajador".

Serían las 6 de la mañana cuando salió Rubén con un color en la cara que uno pensaría que dentro de él jamás hubiera amanecido. Yo lo miré, rosadita, desde el parque, obteniendo color de mi acompañante, que me pasaba una mano por la cintura, y detrás los niños, de ojos grandes y vivísimos a esas horas del abandono y rodando otro Barbuco. "El Mañanazo", como le decían, el que mejor cabe, el que levanta el velo y lo prepara a uno para las penas del día, y yo pensé: "¿tendrán estos niños la misma energía mía?".

Fue lentísima la acción de Rubén, sacando él solo, cada uno de los inmensos parlantes y el complicado equipo de amplificadores y avispero de cables que venía detrás. No se ha debido sentir bien sabiendo que yo

medía y memorizaba cada uno de sus movimientos, para olvidarlos horitas después, en nombre de mi nueva compañía. Bárbaro lo miraba con una sonrisa torcida. Menos mal que Rubén estaba muy atareado, porque si no, ¿hacia dónde habría podido mirar? Las piernas no le funcionarían al ritmo normal, a la fija que se tropezaría y yo no evitaría la burla: los niños tal vez sí, pues al fin y al cabo veían con respeto al que les había traído la música.

Finalmente, Rubén comparó su estado de ánimo con la claridad ante él del día, y apesadumbrado aún más por el resultado hizo borrosos movimientos con el brazo para despedirse de mí. Justo era que se atreviera a enfrentar mis ojos. Yo le sonreí como debían hacerlo, en antiguo, las esposas nobles y hacendosas a sus esposos marinos que zarpaban hacia la muerte.

Montó en el taxi, solo y sabiéndome en refinadas compañías. Yo no lo quise ver alejarse, para que su triste figura no quedara dentro de mi pensamiento como una línea recta, punzuda en las mañanas. Y no lo volví a ver jamás. Supe que se mató después de coger la mala costumbre de estarse dando de cabeza contra las paredes.

Que nadie exista si yo no doy el pase, el consentimiento, de que se pulvericen apenas el lector voltee la página. El personaje no existe si yo no le rindo mis favores. Si se los retengo, no tiene razón de ser, nanay cucas. ¿Qué es lo que tiene mi son? Saber que los otros se pierden mientras yo corría, libre como ninguna, por ese Parque de las Piedras, y mi pelo robándole los mejores colores a los anturios y crisantemos de la mañana, y Bárbaro detrás, refrescándose en la estela dejada por mi cuerpo, y los niños participando en ese aire limpio, pensando que ellos no habían tenido infancia (antes de los 10 les vino la música y la droga y la confusión y la dejazón y la desconfianza y la falta de amor) pero que nuestra juventud iba a ser eterna. Oh, el rosadito indio de mi piel: allí podían estancarse ellos, y no crecer, y no incorporarse a la producción, inmortales en el ocio, no



pretender otra actividad que hablar como los mayores y asistir, resignados, a los colores que huyen del rostro para dar paso a los semblantes amarillos, leñosos, de quienes viraron su rumbo natural. Yo les iba transmitiendo la canción que más se me había quedado de esa noche, la que me había penetrado la unidad sellada: "Cambia el paso o se te rompe el vestido", y éramos una fila de orden decreciente en cuanto a la intensidad interior y estatura, y yo pensaba en sus cabecitas averiadas tal vez, con respiraderos, una fontanela abierta de nuevo por el exceso de los alucinógenos, bronquios en el cerebro y huesos atrofiados en el desconfiado corazón.

¡Pero qué iba a ser hora de pensar en eso! Bárbaro ya me invitaba a tomar el rumbo del extremo Sur, más allá de Pance, riberas de la cordillera, Xamundí, le gustaban las salsas por esos lados, región uniforme, cómo es que te pienso, región, y no estoy, cómo fue que te dejaste descubrir así de una, me encerraste en el descubrimiento y me dejaste fuera de ti, región sofocada por los miles verdes, Diosa del desierto, no escuchaste mi canción.

Apropiado es informar que no enfrentaba problemas de subsistencia de ninguna clase. Bárbaro vivía en un taller de artesanías pero ni trabajaba el cuero ni el barro ni hacía nada: creo que un primo hermano suyo era uno de los dueños del taller: Bárbaro le había salvado la vida en La Bocana, y entonces lo dejaba estar, y todos haciéndole buenos ojos y a mí ojitos mordelones que no me preocupaban. "Es mi pelada y la respetan", había dicho Bárbaro. Entonces me llenaron de collares, bolsos, blusas de los indígenas, y así ataviada me volví con olor y sabor de tierra y tripliqué mi ardor, pues con mi amado nos manteníamos Pance abajo, ¿haciendo qué? Bajando gringos. Así conseguía Bárbaro el merco, y le gustaba la acción.

Eso no era sino descender del "Blanco y Negro", recibir el primer fuetazo de semejante sol en la amplitud, y ya le entraban a él las ganas de violencia, y fijo que a las ganas le seguía la localización:

gringos rubios, pero no de color como el mío, no: lo mío es mango maduro, lo de ellos trigo que secó el sol y hebra desteñida. Y a mí también me daba rabia que fueran tantos y tan sonsos y que vinieran a esta tierra a encontrar los pecados capitales a precio de realización. No era sino verlos y entrarme el agite de ponerles la mano, pero quién nos viera, que parejita más adorable mientras nos acercábamos, ay, todos sonrisitas y balanceos y hasta dificultad de caminar encima de las piedras, tanto, que nos llovía la ayuda de los gringos: "Señorita", y yo: "ay, que pena", y Bárbaro: "Qué joven más amable. ¿De qué país viene?".

"América", secamente.

¿América? Pero si la pisamos, ¿no? ¿O es que se refiere usted al equipo de fútbol? ¿Se está burlando de mí o qué?

Allí solamente reía yo, movimientico que era como una sucesión de estornudos ricos. Pero el gringo se quedaba muy serio, no entendía, y le bajaba volumen a la grabadora de *cassettes*.

"No, ¿por qué? El *Rock* hay que escucharlo bien alto", objetaba Bárbaro y plan, mano al botón de sonido, dedos de seda y tremenda sonrisa bajo ese sol maldito. "¿Sí o no?".

"Sí", acordaba el gringo, y ya era que miraba a todas partes pero con qué objeto si yo hacía exactamente lo mismo, comprobando que no había un alma en los alrededores, que estaba lejísimos de su casa y completamente desamparado y casi que a la fija todo hongo en esa quietud mortecina de la una de la tarde.

Pero Bárbaro no explotaba aún. Se le ponía de acuerdo con todos los gustos, y el gringo decía: "Claro, me gusta Colombia por los bellos paisajes y la simpatía de la gente (peladitas lindas para enseñarles el misterio del chute) y porque se consigue mariguana y cocaína baratas".

"Sí, las mujercitas —decía Bárbaro—. A cuál más se encandelilla ante cualquier gringuito." "Ejem, me llamo Dino."

"¿Y por qué se viene tan solo hasta acá, Diño, no sabe que esto está pero es cochino? Puede ser peligroso, ¿sabe? Mucho delincuente."

"Imposible. Pero si yo no he visto sino armonía en este país. Y vengo mucho a estos parajes. Siempre encuentro hongos, y no creo que nadie se atreva a mirarme feo con esta paz y este amor que llevo adentro."

"¿Ah no? Pero yo conozco a la gente que no le gusta ver tanto gringo, ¿sabe? ¿Muchos hongos?" "Sí, muchos, una belleza, sobre todo reyes." "¿Ya todos en el cráneo?" "En el cerebro, sí, ¡paf!"

"Debes tener el cráneo como un colador. Y no te da vergüenza que te vean las vacas y que piensen, con panza, bonete, librillo y cuajar: '¿bípedo comemierda?'"

"Cómo."

"¿Cómo se quedaría usted si esta peladita, tan linda que es, le mandara la mano a la grabadora?"

Entendiendo a medias, creyendo que le estábamos era pidiendo prestado el aparato, intentaba cedérmela suavemente: pero yo rompía de un tirón, trac, toda la justificación de la cortesía y zas, cortaba el volumen para que, en el repentino silencio y el mugir del río, quedaran ese par de ojotes, comprendiendo contra reloj, sin otra vía de acceso a nada que el terror súbito.

Ha podido salir corriendo si Bárbaro no le da un codazo en la nariz, rodillazo en la boca del estómago, taponazo en la sien, y al suelo. Entonces, navaja en mano: "Te vamos a matar, gringo".

"Nooooooooooooo".

"¿A que sí?"

"¿Qué quieren? ¿La grabadora? ¿Dinero? Tengo mucho."

E intentaba pararse, pero sopapo y otra vez al suelo, sangre sobre el pasto seco.

"Nada de pararse frente a nosotros. A sacarse todo de los bolsillos pero desde allá abajo, como debe ser — gozaba Bárbaro—, respetándonos a nosotros que somos los dueños de la tierra."

Y eso no era sino manos a los bolsillos, luego un fajóte de los que sí valen que no le cabía en las

manos, y 3 metros de perico, ácido, y Bárbaro: "Gringo bruto, ¿cómo es que andas tan cargado?" Y otro guamazo, por animal. Aquí el gringo sollozaba: "¿Qué más quieren?" Yo ya embolsicaba el botín, menos el ácido, que lo arrojaba al río, imaginando tal vez, un nadador desprevenido abriendo la boquísima para tomar aire después de la prolongada zambullida, tragándose 3 de los 14 ácidos, y más vale que tiemble el firmamento ,..

"Fuera con esa camisa tan chévere —mandaba Bárbaro—. Y con esos bluyines *Levis*.

El gringo no atinaba a medir el tamaño de la ofensa ni a quitarse todo a la par de las órdenes. "Pero antes tenes que quitarte los zapatos, gringo bruto". Luego, perplejo, sosteniéndose con índice y pulgar, Bárbaro renegaba, con asco: "A quién le van a servir semejantes guamas. Mínimo que son talla 48", y zuuuuuuuuz, al río. "Ahora quitándose esos pantaloncillos de guevón y a quedárame en puro pelotis, jovencito, para que aprenda a que las cosas son duras en este país".

No lo dejábamos allí, llorando en medio del llano. Lo arrastrábamos hasta el río. Al otro día leeríamos que habían encontrado un gringo insolado (o chiflado por las drogas) hasta el punto de vagar desnudo, buscando la salida a Kali, y que en esas condiciones se había topado con 2 equipos de futbolistas, y que los 22 lo habían humillado, usado y abusado. "En pésimas condiciones mentales tomará hoy el avión a Miami, en donde sus padres lo esperan con los brazos abiertos".

Salíamos felices, revoloteando, a emborracharnos en el primer kiosko de cerveza y fritanga que encontrábamos, hasta que el sol se hundía en las montañas y nosotros le nacíamos a la noche recién hecha, cayendo al Parque de las Piedras a contar nuestras hazañas.

¡Ay, ya no vuelven esos días! Pero no importa: atrás se quedan, y son la única dicha de mis mediodías. Lástima no tener ya nadie que le haga compañía a mis siestas. Lástima que hoy esté tan solitaria. Pero crece la noche, se alebrestan los ánimos, qué bueno es, y yo avanzo en mi relato, y no quiero que nadie lllore si yo me muero mañana. Ojalá concluya antes de la madrugada:

sería demasiado desubique enfrentar el día sin haberme expuesto a la negrura en la que yo, como es usual, relampagueo, semejante a ese viejo: "Lucerito, que por qué ha perdido sus raros encantos / en la tierra / allí a lo lejos / se escucha su llanto", que Tico y Carlos Phileas y todos ellos se turnaban para bailar conmigo en las fiesticas de hace mucho tiempo, niños que éramos, no hago caso de esos tiempos, y que no me dé crédito el lector si hablo de tristezas. Imagino, al ritmo que corre mi pluma, cómo el río raquíptico, lejos de mí, se renueva y se platea encima de las piedras. Un río no tiene edad, y mis andanzas habrán encontrado aquí una estación, pero no el final. Que el lector me siga contento. Yo aparto pensamientos del estilo: "¿Qué será de mí?", y recolecto mis fuerzas, y descubro palabras olvidadas, que son tantas, confundidas, tal vez ante un parejo que me hizo pasar por penas penitas antes de poder cogerle el paso.

Fuera de las bajadas a los gringos, nuestra existencia era de lo más pacífica. Oíamos *cassettes* en el parque, y cuando viajábamos en auto nos imaginábamos, al atrapar el campo de transmisión de muchos radios, que trazábamos líneas de sonido en el aire caliente. Nadie nos recriminaba que nuestra especialidad fuera bajar gringos, y ninguno de éstos se permitió vendettas. Y nunca robamos a un "vecino", como les decía Bárbaro a los paisanos.

Vuelvo al parque, pero para contar una partida. Serían las 7 de la mañana del primer lunes de diciembre pasado, y nos alistábamos, relucientes y admirados, a nuestra excursión. Los niños se habían levantado muy temprano (lo cual no era su costumbre, pues eran adictos al noctambulismo) para darnos buenos ánimos, torcernos y despedirnos.

El cielo estaba de un tenebroso color leche, y albergaba luna y sol en cada extremo. Y a un metro de la tierra caía o crecía, no lo sé, una capa de bruma rojiza, y que uno tenía la impresión al caminar, de que la piel repelía el contacto con ese aire especial, erizadera y rasquiña. Pero Bárbaro había quedado muy

impresionado con el aspecto del día, al que bautizó, a la ligera, de "Increíble". No se equivocaba: eso ya lo juzgará el lector.

Entonces me paré del césped tan suave, dispuesta a todo aunque bastante intranquila. Uno es como un nido abandonado en donde busca refugio el pajarito merodeador de la tristeza. Tristeza y peligro: eso era lo que preveía y temía. Y como si dos montañitas (reducción a escala de las rodillas de negro que veía tiempos atrás, desde la ventana de la casa de mis padres) chocaran dentro de mí cada vez que daba un paso en medio de esa capa de aire rojizo y melón.

En silencio caminamos hasta la calle 15 frente al Hospital Departamental, Yo me amarré una pañueleta española al pelo y quedé lindísima bajo ese contrapunto de sol y luna en el cielo blanco.

Con movimientos precisos abordamos el bus de Transur, y al ver que todos los pasajeros eran negros yo sentí una inquietud rara, una especie de ensoñación racista, y pido perdón cuando lo digo. Se me hizo que viajábamos envueltos en una nube negra. ¿Sería castigo a este pensamiento la serie de sucesos de ese día? Pero los morochos nos miraban divertidos, totalmente relajados por las oleadas de calor que iba atrapando el bus en su recorrido y concentrándolas, en un revuelo, entre las cabezas y los cuellos de los pasajeros. Tampoco me sentí muy bien, cuando tres radios comenzaron a transmitir, como un conjuro, la misma canción:

Ala-lolé-lolé lalá-lo-loló lolalala-lalalá oiga mi socio oiga mi cumbia que voy en cama-calá alala-lelelee lolo-lolá epílame pa los ancoros como le giro este butín guagpancó ala-lolé-l-o-o-o-la oiga mi socio oiga mi cumbilá, le voy a encalamacaló le-e-lo-la-alolo-lo loló epílame pa los ancoros como le giro este butín gua-guan-có cuando mi mene era un chiquitín y ya empezaba a rodar pachitum jamercoyando y no me pudo tirar pallá pallá oye-ló ala-le-le-loo lololololololololá y el niche que facha rumba aunque niña bien tullida cuando varan a la pira lo altare la araché el niche que facha rumba e-e-e-e-e cuandoro si que le encoge lo

altare la raraché ay qué niña bien tullida lo altare la araché y-yy-y-y-y que ina que ina la noche lo altare la araché al niche que facha rumba lo altare la araché el niche que niche que facha rumba e-e-e-e-e-e-e-e-e-e chinfanchum jamercoyando lo altare la araché mira cómo nos mira cómo nos mira cómo nos coge la noche lo altare la araché e-e! el niche que facha rumba pero melé pero melé nos coge la noche lo altare lo araché yevere caín yevere caían yevere caína la noche lo altare la araché aunque niña bien tullida lo altare la araché pero caína caína nos coge la noche lo altare la araché mira macochó mira macochó mira macochó ma-co-chó lo altare la araché el negro el negro que monta coche lo altare la araché.

Y el traqueteo del bus y el zumbido del aire hirviendo al ser partido en dos, y las ruedas como empantanadas (pero no, porque avanzábamos) en el asfalto que más bien sería melcocha, y cada una de las barras y los fierros como sartenes hirviendo. Y los negros sudando ébano y platino, collar de perlas, las camisas blancas como con fango debajo de los brazos y en las espaldas, frente y narices brillantes, gozando serenos, de que se avanzara, pues así no habría sopor, no se sucumbiría el abrazo del calor, y en ese clima estaba la justificación de su raza, y en los pastos aún verdes a pesar del sol inclemente y traicionero. Todos sonreían ante la canción, como si les comunicara un mensaje secreto de rebelión y tragedia. Y a mí, la insistencia en *la noche* de la canción me producía como una desavenencia con todo, especialmente cuando apenas empezaba el día para nuestras canciones juveniles. Entonces vinieron otra vez a mí antiguas imágenes de despertadas a través de la veneciana. Y me invadió, repentinamente, la alegría; sólo que no era fresca ni me produjo movimientos ni morisquistas sino como una actitud de espera. Alegría de enfrentar ese nuevo día cruzando el Valle, mientras mis padres, al otro extremo, se irían levantando apenas, mirándose a las nuevas arrugas y a colocarse inmóviles, debajo del chorro de agua hirviendo.

El bus cruzaba el Valle a toda velocidad, pero la prisa de Bárbaro le ganaba al vehículo. "Una buena década -decía-, un gringo gordito, de gafas, bien peludo y mejor vestido".

Dejamos atrás las modernas urbanizaciones, los colegios de ricos, los molinos abandonados: ruina de la fiebre de arroz, los campos de ciruelos y caña y guayabos agrios, pero a Bárbaro le iban pudiendo, en medio de ese grupo de gente oscura y tranquila, su furia. Era que no había podido encontrar otra actitud ante la vida. Desde los días de la primaria no hizo más que participar en cuanto tropel había. Fue mascota de las grandes pandillas, en las épocas de Edgar Piedrahita y Frank y el Mompirita. Estuvo presente la noche que los de El Águila mataron al pobre peludo en el Centro de mis 60s: los conocía, salió con ellos. Y ahora que las cosas se habían calmado, en la superficie desembocaba su violencia en los gringos: yo no le veía problema a eso: era conveniente, un favor que se le hacía a la sociedad, y me abrazaba a él en ese bus. Ante la ausencia total de viento, a nuestras caras no llegaba otro que el exhalado por el carburador.

Cuando el bus llegó a Xamundí todos los morochos se pararon a un mismo tiempo, y nosotros los seguimos, instintivamente, para no quedar fuera de los alcances de su música. A mí nadie me diga que estuve aquí primero o que yo tengo dinero o soy más blanco que tú. Caminamos despacio por el pasillo de ese bus, absteniéndonos de tocar algún metal, y bajamos al polvo rojo de Xamundí y a un ardor todavía mayor en el aire, con chillido de pájaros enloquecidos por el estanque en que se había convertido el cielo.

Los morochos se dispersaron por el parque central, caracterizado por una fuente sin agua, resquebrajada. Y Bárbaro hacía trato con un alemán para que nos transportara en jeep hasta el sitio llamado "¿Sí? Palla". Lo hizo por 20 pesos. "¿Sí? Palla" es un balneario y bailadero a orillas del río Jamundí, desde donde uno puede llegarse, preferentemente a pie, hasta los ríos El Jordán, El Turbio, El Estrellón, El Claro,



El Bueno, El Zumbón, El Cojecoje, El Renegado, ríos todos de buenos y peligrosos charcos, y todos dándole forma y vida a su respectivo vallecito, bellos y fértiles, según decires. La opinión que yo tenga de ellos me la reservo por el momento.

Nosotros caminamos hacia el Noroeste por un sendero sombreado por acacias, buscando el que llaman Valle del Renegado. La larga caminata entre sombras amainó nuestros ánimos, pero seguro nos malacostumbró para la visión que nos esperaba, pues, de hecho, al cruzar el puente y quedar frente al valle, yo quise retroceder ante semejante claridad y ordenamiento más bien anormal de la poca vegetación. Pero Bárbaro me agarró de un hombro y me obligó a mirar de frente.

El valle del Renegado era de forma circular, con una ligera depresión hacia el Suroeste que indicaba, tal vez, un sendero, un paso hacia otro valle. Bajo aquella luna y ese sol, el césped, parejo a no ser por la proliferación de dormideras, parecía un conjunto de libélulas enloquecidas malgastando su energía de día, y como el río que le daba nombre a la región era muy correntoso, su sonido contra las piedras negras y las orillas de barro rojo encendido producía la impresión de que todo el césped se moviera sin avanzar, como un nauseabundo respiradero de olas. Cosas raras trae mi mentecita. Arbustos enfermos y espinosos en forma redonda eran los verdaderos habitantes de la región. Pensé, casi con horror, que en caso de no poder resistir el sol no habría oportunidad de guarecerse a la sombra: a no ser que uno emprendiera carrera de 2 kilómetros en contra del rapidísimo avance de la insolación, hasta una ceiba magnífica, muy joven, que se daba (y daba sed mirarla) en el primer promontorio de las montañas, en donde ya las cosas eran de otro cantar: fresca vegetación, felicidad de los pájaros, todos los frutos del trópico multicolor. Colinas amarradas al valle en raíces de tierra muy roja, como heridas sangrantes, que iban creciendo cual una inmensa enagua almidonada hasta ir formando el farallón que se traga las almas y los aviones, primera muralla de

montañas en la dura vía al mar, coronada por un pico en forma de cabeza de cóndor, con pico y todo. ¿Pico en forma de pico? Y el azul, profundo e inmóvil lo afilaba mucho y le confería como una furia y una prisa. ¿Ilusiones mías? No, la impotencia de la montaña empezaba como a salir de reposo, pero dormitaba aún, las alas plegadas sobre su pecho.

Me agobió, al final, tener posada la mirada en semejante altura. Puedo decir que contesté con perfecta línea recta, mirada vertical hasta el arbusto que crecía en el mismo centro del valle, rojizo y mayor que los otros, antiquísimo y presidiendo el orden de los surcos concéntricos en que estaban sembrados los demás. ¡Oh árida vegetación de orden exacto e inútil! Osadamente había bajado la mirada desde la frente del cóndor hasta el centro de la tierra que yo pisaba. Algo tembló, o tembló la tierra porque el corazón de uno de nosotros temblaba. Changó Taveni. Diosa femenina de la artimaña y de la venganza, diosa enredadora, no me desampares en los peligros, concédeme tu espada, con la que quiero vencer.

Cuando bajaba en línea recta trazando corte meridional a la montaña con mi mirada, vi, al final de una cadena de colinas en forma de senos, la casa semi-destruida de don Julián Acosta, desesperado poeta verbal que alcanzó cierto renombre en la ciudad y que optó por el anacoretismo y después por el alcoholismo en las montañas; famoso porque le abría las puertas a todo montañista cansado, trepador y perdido. Hasta que una noche salió por esas mismas puertas como alma que lleva el diablo, a perderse en las montañas bajo una luna embravecida. La casa había quedado deshabitada (decían) porque asustaban. Pensé, como por no dejar, que se podría "pegar una subidita" si el día iba a durar todo lo que la retrasada posición del sol presagiaba. Es de anotar que la casa de don Julián, llamada "Colina Novena" quedaba en el último escalón: un solo seno y mocho, además.

Y precedidos también en cierta forma por el arbusto principal, casi que inmóviles en su feliz digestión,

14 vacas manchadas de blanco o de negro. La deposición era abundante y estaba fresca y florecida. Y alrededor de las vacas, siguiendo un monomaniaco recorrido en círculos y sin apartar la vista del suelo, agachándose a cada rato para recoger hongos con pesquisas, una parejita de gringos.

Entonces hacia allá avanzamos.

¿Qué había sido? ¿Por qué, por qué ese miedo? Un cuerpo de mujercita tan joven como el mío, pero desnudo, asolado y agarrándose de mi cuerpo. Y eso que yo corría. Yo huía por esa tierra infeliz y ella, menos fuerte, huía trepando por mi cuerpo. ¿Qué había sido? Una navaja empaquetada en sangre. ¿Había un cuerpo tendido allí, al lado del arbusto, un cuerpo ya sin vida, arrugándose bajo el sol? ¿Y qué pisaban, yo, mis pies desnudos? ¿Dientes humanos, dientes de marfil? ¿Por qué no dejaba de llorarme ella a mi cuerpo, cuándo acabaría Bárbaro? ¿Por qué no ascendía el sol, por qué se habían suspendido las horas? ¿Por qué mejor no corríamos?

"Reloj no marques las horas", pensé ahoritica, escribiendo: "no tengo por qué ocultar nada. Mi conciencia es un velo suspendido."

"¡Hola!", dijimos a coro, con la mejor, la más dulce de nuestras sonrisas.

El gringo resultó exacto a como lo había querido Bárbaro, y su amiguita era linda, mamacita, desde que la vi. No gringa del todo, explicaría: "Puertorriqueña". Vivía en Miami, hablaba español perfecto, por eso era que sonreíamos doble, triple, como cuervos locos. Se portaron sin ningún temor porque, según ella: "Habíamos aparecido como una prolongación más del espacio", y me sonrió como con aventura y filito, para indicarme: "Perdona si me descacho en el curso de la conversa: es que estoy bastante locuesna", y yo la miraba fijísimo y sabrosito a los ojos y al rato hice, por jugar, un movimiento circular con mi cabeza para indicar sin mentir el gradual crecimiento de sus pupilas, pobrecito el verde de tus ojos.

Y ahora ella corría por mi cuerpo, ¿para huir de sí en mi cuerpo? Yo también huía, me quería perder, pero ambas huíamos en vano. Para huir en serio le habría tocado a uno arrancarse la cabeza.

Ante semejante cosecha, "Bonanza", Bárbaro se sintió lucido para el "deunasola", y se metió por el tema de los honguillos, que lo enervaba. ¿Habían comido muchos? "Siete cada uno".

"Esa es la base —dijo Bárbaro—. El número magistral y mágico". Y pensó: "de malas gringo, te voy a dañar el viaje, te va a ir mal, muy mal". Y dijo: "Rico, ¿cierto? Sentirse como sin huesos y sin piernas, viniéndose en racimo, en un climax perpetuo". Y pensó; "no se han debido internar tanto. Al menos no más acá del puente y la chamizada. Pero acá en donde se dan los Queridos Míos. Ah nostalgias que me entran de mis incursiones. Ah, pero no quiero volver a la ciudad en las mismas bajadas. Antes preferiría el viaje de un solo pasaje. Nadie los va a oír en caso de que pidan auxilio". Y dijo: "Lo mejor es que sale gratis, ¿sí o no? Apuesto a que no han gastado ni los 20 de los pobres pesitos para venir acá, y ahora aquí me los tiene, sin hambre y coscorroneados en mitad del paraíso". Y pensó: "paraíso perdido, si querés saber", diciéndolo.

El gringo entendió pero no entendió qué actitud poner. A Bárbaro se le había anegado la mirada. Yo, sabiendo que pronto se daría la de pata y puja, me permití dos deditos en apartadas goticas de sudor de ella, y sonreí, creo yo, muy lindo: una gótica en la raíz del pelo y otra arriba de los senitos. Ella sintió un agujereo de cosas ricas y me agarró la mano de lo más descarada y cualquiera diría que quería descascarar los labios (muy secos) de tanto mordérselos, zafatera. Yo deseé que Bárbaro no comenzara aún con la violencia.

Pues ya decía: "Puro producto espontáneo, orgánico, hasta vegetal, mi sabotado general, y todo gratis, ques lo pior. No, ¿pues sabe qué? Lo que hicieron bien fue en venirse temprano. Porque más tarde se empieza a llenar la región de la tropa torpe de los

hongófagos. Llegan a las cuatro de la mañana para poder alcanzar la babita de la corteza, vestidos de blanco y otras mariconadas. Lo que más me saca la piedra de esa gente es su pendeja actitud resignada".

La pelada linda, María lata Bayo, que se llamaba, metió la mano en su bolso indio (idéntico al mío, ya había celebrado la coincidencia) y me dijo: "A que no adivina lo que encontramos", como con tonito de bogotana, mostrándome una parejita de hongos anudados en el tallo, ¡ay, qué lindos, qué ternura!, y: "Mire, son macho y hembra": el macho tenía clara y serena forma de pipí, y la hembra de campana, toda color piel, y Bárbaro se enroscó y puso los ojos tembleques diciendo: "Parejitas así son, para quien las devore, pacto de unión en contra de la Amiba del Cerdo".

Y ella me propuso: "¿Nos la comemos las dos?".

Y yo reí, imaginándome la estampa: yéndonos encima de Bárbaro y del gringo gordito, ambos bajo la acción sextransmutadora del violento 45, y nosotros dientes pelados para la buena grasa, la dulce y espesa bajo ese sol.

Para justificar la risa accedí: partimos la pareja y ella se quedó con la hembra. Yo despescué al macho. Me supo a tierra babosa y aromática, y me dio la impresión el surco doloroso que dejaba al descender por la garganta. Ella comprendería que era mi primera vez (¿no lo cree el lector?) y sacó del bolso un termo con jugo de limón helado. Así seguí masticando honguitos con la más intensa frescura. Comí más de 12, a cuentas perdidas. Y Bárbaro me estuvo mirando todo ese rato con cara de reproche. Yo terminé por subir los hombros en gesto de independencia y de a mí qué. Entonces, en acción repentina, me dio la espalda y daría que, tres pasos hacia el arbusto principal, se inclinó ante una boñiga fresca y vino a nosotros sonriendo, con una nueva pareja en la mano. Mirándome con codicia, limpió la raíz y se comió a la hembra de un tirón. Me ofreció al macho y yo me lo devoré despacito, observando cuidadosamente el cinturón negro de calidad, la extraña pulpa, las telillas con pecas, el espacio en blanco

entre cada telilla, cada vez más microscópico el interés de mi mirada. Entonces siento que la mano de ella se asienta en mi hombro, al caer. Viendo las cosas objetivamente, su mano había salido caliente de mi pelo. Y mi piel no retrocede ante ningún reto.

"Qué linda pelada", dijo Bárbaro, grosero. "Palabra que no se merece al gordo tan panocha con que se viene a comer hongos", y se chupó los dedos, negros de la pura silosibina.

Miré al gordo. Me gustaba pillarle el momento en que, después de darse totazos con las palabras dentro de la cabeza, comprendía; y los ojos se le abrían, de puro pescado en arena caliente. Ella no lo miró y, cosa rara, se rió bajito. ¿Estaría de parte nuestra? ¿De parte de qué? Ni de darme respuesta tuve tiempo ni lo tuvo ella, pues Bárbaro sacó la navajísima y me la tiró. Y María lata me descargó un sopapo directo en la mitad de la cara, y yo al suelo, y de buena gana solté la navaja y me le fui encima como una loba, con codazo en la mandíbula y retreta de pata en las canillas y el estómago. Bárbaro me pasó la navaja y yo no había acabado todavía con mi pelada, pero oí: "Vamos a obligarla a que se empelote para nuestro torcido regocijo. Meto, como en *Hombre del Oeste*".

Tan, líneas de miradas. El gordo abrió muchísimo los ojos, y eso mismo fue lo que provocó tremendo cabezazo en semejantes ojos de tonto. "Nada de abrirme los ojos a mí, carajo", dijo Bárbaro, hecho una furia y repupatiándolo en el suelo, hasta que pensó que ya iba siendo horita de que yo dijera: "Párala ya". Entonces se voltio hacia nosotras. El gringo había logrado guarecerse en el bocabajismo, y allí se quedó, hecho una masa picha de tristeza, mirando el verde sin fin que se extendía más allá de él, cada hijita peluda y filuda en la inmensidad del valle: "¿encontraría un objeto perdido en la distancia, un hongo recién...?"

"Atención", llamó Bárbaro. Era que María esperaba, respirando despacito. Tener ante mí semejante belleza, indefensa ya, hizo despiadada mi sonrisa, y me permití punticas de navaja allí donde antes había asentado la

punta del dedo, en dos idénticas gotas de sudor suyas. Sabrían más dulces éstas, no lo comprobé. En todo caso la punta del fierro estaba tan caliente como mi dedo, y enjuagué, con cortopunzante dulzura, su gótica, y allí, ellita, por un movimientico de hombros que medio improvisó, agradeció la caricia.

Era que se preparaba a quitarse la blusa marca "Lady Manhattan", de rayitas. Al saber que planeaba desabotonarse con mucha lentitud y estilo, me dio prisa y le corté el enhebrado de los botones, a ver si le aplicábamos acción a la cosa: La blusa se abrió y cómo, dio bello espectáculo piel canela y costillas en perfecto orden, pecho de muchachito.

He debido abrir la boca, pues ella sonrió, burlándose con todo el orgullo y la razón. Entonces Bárbaro, sin motivo alguno y sin mirarlo siquiera y muy aaahhh, astillus intereptus, descargó un taconazo en el gordo, en el coxis y la cerviz del gordo, que, pensé yo, se creería al menos olvidado y tranquilo. Trac, sonó en todo el valle, pero el hombre recibió el tacón en su carne sin proferir ninguna queja.

Bárbaro nos miró con sugestiva perversidad. Yo, divertida, le hice gestos de que despacio. María Bayo había perdido, y le daba susto. Se pasó una mano y después la otra por la cara y cerró los ojos como taponando el llanto.

"No cielos" -dije conmovida, feliz ternura, y fui hacia ella y le sobé la cabecita.

"¿Me tengo que desnudar?", me preguntó al oído, niña castigada.

"Sí", dijo Bárbaro, reclamándome la navaja.

Entonces ella cortó, se desabrazó de mí, se desabrochó los bluyines y los dejó escurrir para que yo viera. Como que quedó aliviada cuando se deshizo de los calzoncitos.

Me separé mucho de ella para reunirme, con mi amigo, en el profundo silencio de su belleza. Pero Bárbaro lo rompió golpiando con plof y traqueteo el cuerpo que continuaba allí tirado en el pasto.

Entonces, qué cansancio, comprendí: la violencia progresaba si la belleza conducía. Y puro picado de violencia seca, de la que no alivia nada. Eso me aterró fugazmente, pero me preparé a permitir que todo sucediera. Sí, hagamos equilibrio encimita del infierno. Si resbala es porque se ha llenado toda de remordimientos.

Entonces, resumamos nuestro destino. Si me acercaba a ese cuerpo desnudo y lo recorría con caricias, si besaba y chupaba su piel, depresiones y montículos, convexidades y concavidades, ¿entonces cada uno de esos movimientos no produciría su contraparte, su negativo terrible en ese otro cuerpo feo, incapaz de lucha, tendido a nuestros pies? Pero, ¿pensaba aquel cuerpo? ¿Sentía el dolor? Era como si ya no.

"¿Voltiálo, querés?", le dije a Bárbaro, y él obedeció con los pies. El gringo estaba bien, tenía pasto y yaibíes y mala tierra en la cara, las facciones estaban era amoratadas por el esfuerzo, como las de cualquier mudo. Pero mientras Bárbaro lo voltiaba, fue abriendo los ojos, y los pasó por nuestros cuerpos sin ninguna expresión (yo me sentí subestimada) para encaramarlos por la montaña y posar la vista, finalmente, en el pico del cóndor.

Bárbaro gozó con el espectáculo de ese cuerpo. Se relamió los labios, se pasó las manos para fregar y enloquecer la cara, tomó aire y, sencillamente, esperó a que nosotros montáramos el espectáculo mortal de la belleza.

Pedí permiso, al menos, para retirarme con María lata unos cuantos metros: no teníamos por qué oír el *pudding* de los huesos revueltos en carne magulladísima. Bárbaro accedió, sonriendo, aunque un tanto desconfiado. "Pero no se hagan detrás de ningún arbusto -advirtió-. Necesito estarlas viendo, si no qué".

Así que escogimos un descampado más en aquel otro, inmenso y total, que nos habitaba dentro. María lata Bayo me abrazó, suavita, sin quejarse, sin llorar, produciendo un sonido como de Brzzzzzzz, que me alarmó, pues lo creí, en un principio, dentro de mi cabeza.



Pero era que yo respiraba su mismo aire y podía habitar esa piel, sonido de rastrille y furia de posible o próxima comunión. Nos observamos al milímetro: los punticos rojos en sus ojos tan verdes, las agüitas de mis labios, las fibras de madroño de mi pelo, y nuestros poros dilatados como piscinas secas y chupando uuuuuuh, en la demencia urgente de convertir todo cuanto nos rodeaba en motivo de lascivia, y nosotros, ¡ah de los botes!, naufragando en cada poro, chupado perdidas en el Maelstrom de las venas, ebrias en el aroma de los vellos y ninguna palabra, toda la comprensión del mundo en ese acto, todo es mío, cada pliegue de sus carnes y cada crespito remolón, los pómulos sonrojados de la delicia presintiendo, tal vez, que ante una nueva descarga de fósforo a toda en el cerebro, tocaría apartar de ti la vista y pensar en otra cosa, huir de ti la mente, porque no voy a resistir, y las uñas enganchadas a cada arruguita y la puntica de la lengua inspeccionando lugares que ni ella ni yo conocíamos ambas tan rosaditas y complicadas por dentro, pero yo mucho más fuerte que ella: la rendí contra ese suelo, la froté y la abrí y la penetré y la maldije: "ya nunca vivirás tranquila, pues no te abandonará el recuerdo de esta golondrina traviesa, este caracol de siete priapos, este amargo plumón de coclí que yo te tengo adentro". ¡Oh Camilo José Cela, que te quitaste las herraduras a los 50 años!

Me levanté nadada en ella. Orgullosísima seguro, por lo llena de fuerzas que estaba, caminé hacia donde Bárbaro imprudentemente. Alcancé a dar 3 pasos y eso que oyendo quejas a mi espalda, de que no la abandonara todavía. Pero mi frente no estaba preparada para lo que tenía que ver.

Uno diría que totalmente recto, a no ser por la cabeza ladiada sobre un hombro, estaba sentado el gringo. Sobre su propio charco de sangre. Le habían enterrado la navaja en el ombligo. Y yo no me pierdo nada, y vi que alrededor de los zapatos habían quedado diversas piezas blancas, de estrambótica conformación y raíces ensangrentadas. Mi amigo le había extraído, seguro

cuando yo contaba una a una las pestañas de María, la dentadura completa.

No pretendí comprender. Sólo pensé que tenía que alejarla de allí, que no podía ver eso. Pero cuando empezaba a volverme recibí un alarido en plena cara. Aterrada, yo le respondí con otro y con un "¡Carajo!" y la removí de los hombros y después de mucho tiempo (en el que el sol no avanzó un milímetro sobre el cielo) ella pareció calmarse por el desgonce. Pero no fue sino soltarla y gritar de nuevo, sin forma ni objetivo ni intenciones de duración. La agarré duro de la mano y la arrastré. Ella se sintió conducida y volvió a calmarse. Así caminamos, con qué valentía, hacia donde Bárbaro.

El hombrecito estaba sentado en absoluta posición mística, concentrado a fuerza completa en el arbusto principal.

¿Qué pretendía? Inútil fue preguntárselo: empezó a rechinar los dientes y se tapó los oídos, como si no quisiera oír el murmullo de la molienda de su cerebro. Sólo que al taparse a todo sonido se dieron en mi cabeza dos líneas paralelas de zumbido, en este caso mucho más cortante. María también lo sintió, porque se zafó de mí y cayó al suelo. Yo giraba el cuello y torcía los ojos, pero el infierno se había instalado en mis entrañas. Intenté acercarme a Bárbaro y fue peor. Más bien retrocediendo se fue aplacando la tormenta y el fuego interior. La piel de Bárbaro se estaba cuarteando como una vasija de barro viejo, como la del señor Valdemar. Pero no apartaba la vista del arbusto. Entonces me pareció que el arbusto se remecía (no había la menor brisa), que movía sus hojas, agitaba sus ramitas.

¿Sería posible? En todo caso los pelos de Bárbaro se le pararon: ¿quién ha visto un pelo indio y largo completamente parado?, y cuando la cara comenzó a chupársele la depresión de cada mejilla, los cabellos se templaron aún más y, produciendo un sonido de cuchillo afilado saltaron a la sequedad del espacio y fueron cayendo, replegados ya, como cenizas de algún volcán lejano.

El arbusto se removió otra vez. ¿Usted comprenderá si le digo que Bárbaro estaba gastando toda su fuerza vital de 17 años en el simplísimo propósito de hacer mover ese arbusto a su voluntad? Dentro de mí crujieron las carnes y los barrotes de ese valle, y María lata ya estaba escondiendo la cabeza en la tierra. Bárbaro profirió una maldición a los cielos y se aferró en cambio a esa tierra, como si detrás y dentro de él un huracán luchara por desplazarlo. El arbusto viró de su rojo pálido a un negro encendido, sacudió violentamente sus ramitas y avanzó unos centímetros. Dio otro remezón y se plegó en sí mismo para luego erizarse íntegro, y como un puerco rabioso se fue contra Bárbaro. Yo yo me negué a ver nada. Bárbaro alcanzó a dar un aullido de triunfo antes de comprender que la planta no se detendría a sus pies, ya que, de hecho, cargó contra él, lo derrumbó y de un salto se sembró en su estómago. Mi amigo abrió brazos y piernas y se relajó en una forma total, murmurando ríos de delicia, pues sus entrañas, al rendir sus jugos a la planta aquella, le habían hecho brotar unas flores rosadas y espesas (que diría la gente años después) producían borrachera.

Yo dije, y retumbó: "Córtala ya, se secó, no miro más", e imaginé lo que sería correr llevando a la dulce rendida María Bayo de la mano, hasta la ceiba a nuestras espaldas, y de allí hasta la montaña, a refugiar su desnudez entre las sombras y los remansos de los yarumos blancos. Pensé "correremos hasta que huya nuestro espíritu, y cuando nos regrese ventisaco, renovado, nos detendremos a comer buenos limones, ya con (tranquilos) aires de preocupación. Después subiremos las colinas que son como 8 y medio pares de senos, mirando atrás a cada rato, exprimiendo, el color rugoso del aire en la luminosidad del valle. Concluí: "allá estaremos seguras, y una vez más, la cabana de la Novena Colina, recibirá huéspedes".

Lo que me demoré en pensar esto no fue sino voltear y tenderle mi mano a María Bayo. Pero me equivocaba en cuanto a los límites de su horror. No se contentó con engarfiar mi mano, sino que trepó por mi brazo hasta

quedar colgada del árbol de mi cuerpo. Yo templé mis carnes, oh sensación magnífica, y con ella encima di el primer paso, pensando: "no cruzarás las montañas a lomo de hombre sino en anca de blanca paloma". Yo huía de ella y ella huía en mi cuerpo. Pero no di el segundo paso hacia las ansiadas montañas.

Mi rodilla no quebró el ángulo del avance en ese aire totalmente seco, bufando ya de la sequedad. Los poros de María lata se abrieron al máximo y después se cerraron como si les hubieran metido un chuzo adentro. Por su posición destacada, ella podía observar mejor las montañas. Pero yo cómo no iba a estar mirando el pico del cóndor, que después de afilar los ojitos dio un bostezo y batió sus plumas. La montaña entera reverdeció. María hincó uñas y dientes en mis hombros. ¡El cóndor removi6 el cuello, oooooooooooooooooo, conmoción de nuestras cabezas, batió las alas y emprendió vuelo llevándose con él la montaña entera! Florecida de los colores del mamey y del chiminango, gualanday y cámbulos mestizos, cascarillo, higuerón, cabuyo, la joven ceiba en donde yo pensaba obtener la primera estación de sombra, el chambimbe, el guásimo, el aborrecido cañasfístolo, matapalo y matarratón y las hileras de cañabrava, paredes suaves de la guadua, mis remansos, mis caminos inconclusos, mis canijos, guayabos, cegadores, guayabo noble, guayabo rial, guayabo de leche, guayabo coronillo, lulo mordaz, lulo de perro, cariñosos abedules, chuca del seminario, cedros y pinos putos, algarrobos, riberas de buriticá, resguardo de bandoleros, floramarillo, arrayando el yarumo negro el corrompido, mortino y Juan Ladrillo al amparo de un moral silvestre de Castilla, dándole vueltas a sus razones poderosas con base en las cuales fundó, entre ciénagas y maleza mortal y frente a un mar maldito, el puerto de Buenaventura: Pascual de Andagoya apresándolo y enviándolo hecho un solo grillete a presencia del muy alto y poderoso señor don Felipe, príncipe de las Españas y de las etcéteras: Sebastián de Belalcázar obligando a siete familias a habitar el pueblo designado, las siete murieron de abrumación,

zancudo y pegote negro a los siete meses y otras siete familias las reemplazaron. Y yo creí ver el mar que se venía a nosotros pero me repuse y controlé mis fantasías: detrás quedaban, como contemplando satisfechas el embate de su hermana hacia los cielos, las otras montañas, tan mujeres, tan seguras, y el cóndor jugueteaba monstruosamente en los kilómetros de aire caliente: reblandeció la higuierilla y empalidecieron los carboneros, el caimito triplicó su dulce y la fruta del pan su fibra buena, espectáculo de maduración total, esplendorosa, del madroño, del ciruelo, grosellos, chirimoyos, cerezos falsos, ajíes piques y piñuelos, pina de cambray, limones de 70 colores, guanábanos, plátano guineo, banano, guayabo y níspero chino, tamarindos, zapote, granadillo, naranjas limas, pitahaya, corozo y chontaduro. La montaña se nos llevó también la cabana de la Novena Colina. No era, como decían, que ya espantaban: habitaba alguien. Yo no sé si el lector recordará a Héctor Piedrahita Lovecraft, ese jovencito de tremenda precocidad intelectual, que hacia 1969 pudo dedicarse parejo (y con fortuna y posteridad: los cultillos de diferentes y contradictorias ramificaciones nadaístas que han ido apareciendo en torno a la figura de Héctor P. Lovecraft, y en particular a *Mare Tenebrum*, esa novela, adaptación de H. James, tan "blanca" y corrompida, lo conforman) al teatro, las artes plásticas, la narrativa, los famosos artículos denigratorios del cinematógrafo, a lo que correspondió en forma tan limpia su conducta personal, como conductor directo (y con una asiduidad pasmosa) de la "cinesífilis", tal como él llamaba a la Enfermedad de Castilla. Cuatro años después (bastante alarmantes, por cierto: no se le conoció en ese período otra actividad que la de torear automotores) desapareció. Calumniaron muertes lamentables y degradantes. Pero estaba prendido, patiabierta, a un buen tronco de pino invadido de hiedra sidrona y helecho cabrón, cuando lo cogió la sacudida y el vuelo hacia los profundos cielos.

Ante eso, nosotras quedamos como dormideras. Y cada *mimosa* debe buscar su tierra, así que bajé a María con todo respeto, y sus pies (ella tan valiente y divina) la sostuvieron firme y de mirada atenta.

El cóndor revoloteó un tanto asombrado por la inmensidad y la monotonía del paisaje que sobrevolaba y nos miró allí, en esa tierra abatida, cabecitas ardientes y empalmadas, nalgas paraditas al asombro de la maravilla, huracancitos íntimos. Produjo un alegre volteretazo y clavó el pico en la verticalidad de la subida. Después ya no lo vimos más.

El sol y la luna dieron también su voltereta, y la madre quedó al Oriente, zapotiando desde su cuna. ¿Nos cogería la noche?

De la cabaña de don Julián fueron cayendo 12 hojas de papel oficio. Habían dado 130 eses largas y 9 zetas cuando las recogimos, en el círculo de desolación que dejó la montaña ida, para comprobar que sí eran hojas manuscritas. Contenían declaraciones, inscripciones bruscas pero fechadas, de mucha gente conocida. A continuación daré a conocer las que tengo más a mano, pues muy de pronto me tragaré esta noche que ha visto nacer mi relato, y no quiero que a todo esto lo apañe el olvido.

8 de enero de 1965.

"Después de sufrir las penalidades de tanto camino, humedad, manigua y cansancio y un pequeño oso que se nos atravesó en el camino, logramos coronar la montaña donde se encuentra la casa del señor Julián Acosta. Después de admirar regocijados la hermosura del paisaje, hemos pasado la noche jugando cachito".

Carlos Valencia Tejada / Roberto Calvache / Eduardo de Francisco.

Abril 5, 1966.

"Aquí estuvo la gallada y el man más tieso que hay en Kali".

Marquetalia.

Nane / Hugo F. Porras / Armando Rodríguez / Almeiro Salazar / Alvaro Gómez, "El fenomenal Fino" / Chiminango.

Julio 4 de 1963.

"EL TRIANGULO"

Diego Ortega / José Fernando Mejía / Henry Ossa  
(Barranquilla) / Rodrigo Ortega / Helmer Collazos  
("Judas") / Leonel Moreno.

Enero 7, 64.

"Los Anclas: camiseta con el ancla pintada y el nombre  
de la barra. Apoyados por Los Vampiros, por los Nazis,  
por Los Humo en los Ojos y El Triángulo.

Jefe: Javier H. Jaramillo.

Nadim Taborda / Jorge Lemos / Julián Llanos / Luis XX  
/ Lalo / Piter / Zamorano / Corozo / Piquiña.

Somos 100. Barrio Bretaña. El que quiera ingresar a  
esta gallada vaya a la K. 24 No. 9-02. Pregunte por  
Javier (apodo: Terror). Gracias".

Agosto 24, 66.

"Barra ADEVAD: Tomamos, cazamos, bailamos, rezamos".

Febrero 9, 64.

"Aquí estuvo la barra de La Calavera. Pasamos muy  
bueno. Vinimos en helicóptero. Aterrizamos en la manga.  
Donde don Julián fueron muy formales. Nos dieron carne  
de conejo más templado que cachete de músico".

Diciembre 26, 1963.

"Salida a las 6 de la mañana. Llegada a las 12 y media  
p.m. (6 horas)".

Diciembre 27, 63.

"Salida de la avioneta a las 10 a.m. Llegada a la 1 y  
40 p.m.

Ernesto Gutiérrez (Simple), Francisco Mejía (Pacho),  
Daniel Perea (Mazo). Nuestros agradecimientos al señor  
Julián Acosta por brindarnos su animada compañía y su  
agradable cabana la cual, dicha, nos sirvió de escala  
para coronar la difícil y encantadora montaña, donde  
yace el trágico sitio (cerro) del fallecimiento del  
mayor Fabricio Cabrera.

A los estimados lectores los invitamos a que conozcan  
y gocen de las delicias que brindan estos hermosos  
paisajes".

"Llegamos el 10 de abril a las 9 p.m. Después de  
llenar nuestros estómagos partimos hacia la cama. Una

noche más bien cálida. Antes de llegar a esta casa nos perdimos como 6 horas tan solo a 2 kilómetros de aquí.

Hoy vamos a seguir para arriba a conocer".

Fernando Barrios / Alfonso Llanos.

1968.

Los Farallones de Kali, Febrero 1964.

"Aquí estuvo la barra de la 50 del Barrio Evaristo García y un miembro de la barra de Salomia. *Viva Cuba - Viva la Unión Rusa 'URSS' - Fuera los Yankis de Panamá y Colombia.*"

(Hay dibujos de calaveras y huesos, hoz y martillo, svásticas, serpientes y navajas).

Agosto 17 de 1965.

"Julián:

Con tu embravecido caballo de sangre y paso, y siguiendo estrictamente tus indicaciones en cuanto a lo de la droga, cabalgué la cúspide de estos montes en un tiempo oficial de 4 horas. Caballo fuetero y desbocado".

Ulpiano Montes.

Marzo 26, 64 -Jueves Santo-

"Sr. Julián:

A aquéllos que nos liga una amistad de varios años, vemos con grima la torpe acción que llevan a cabo algunos de sus visitantes con sus muebles y semovientes. Creemos que en medio de esta hermosa naturaleza, usted, con su consuetudinario vicio, ha abierto puerta a la incultura. Esperamos que este lugarcito, tan concurrido por personas de diferentes estratos tanto sociales como intelectuales, vuelva a tener aquel ambiente de antaño que con profunda pena vemos ha desaparecido".

Armando Escobar / Reinaldo Paz Saa / Heliodoro Escobar.

"Aquí pasé un día más de mi residencia en este mundo."

Rodrigo Cabal H.

Octubre 2, 64.

"La próxima vez vengo con Daniel Perea, Nelson Parra, Camilo y Julio."

Pablito. Enero 21 del 68.



Febrero 24, 1963 - 10.30 a.m.

"Julián: vinimos a conocerlo y no tuvimos el gusto. Dejamos recuerdos de sus amigas desconocidas."

Omaira Calero / Rosario Bueno.

¿Nos cogería la noche? Consolando nuestros pesares, le puse a María lata su ropita. Le cepillé el pelo con dedicación y dulzura. Y caminando calladas reanudamos el círculo de las proezas. Los pellares reunirían a otras aves de rapiña en torno a los cuerpos de Bárbaro y el gringo. Tranquilitas, observamos el río al que no fuimos capaces de meterle las estropeadas cabezas.

Yo me sentí orgullosa en el camino de vuelta: detrás de mí quedaba una montaña menos. Pastos frescos, listos a la expansión, fértiles, pues el Valle del Renegado había crecido con mi presencia. Vacas mirándonos, asombradas de que, hermosas bípedas, hiciéramos uso de la flor de su excremento.

Guabas raquílicas y dormideras achicharradas. Bajo eso y sobre eso caminábamos. ¡Inmensidad del campo a todos los lados del poniente, peculiar estado del espíritu ante los olores de la anochecida!

Lo que le hace a usted el hongo es secarle hasta la más mínima partícula de alimento para poder asentar esa inmensa burbuja en el estómago, desde donde empiezan las bombeadas de silosibina. Pero yo quedé apacible, conciliada. Ella, con un notorio "tic" en la mandíbula y el cuello. Y quejándose de "desasosiego y bobería", se tropezaba contra las piedras.

¿Cuántas neuronas menos? Y la acción de mirar siempre al suelo buscando el hongo, y agacharse para comer la mierda, va produciendo, a la larga, una resignación ante todo, ya de por sí mal de nuestro pueblo.

¿Cómo nos veríamos desde la segunda montaña? ¿Espaldas firmes ante un camino de regreso, contentas de estar vivas pero sin ganas de volver?

Al cruzar el puente nos encontramos a tres campamenteros de raza blanca ardidos como camarones, que cantaban:

Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve

Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve  
Lluvia con nieve lluvia con nieve lluvia con nieve

Aquello me hizo desear un rincón y una buena música, corazón de melón, mientras regresábamos en bus a la ciudad, en medio de un silencio sonámbulo. El ánimo de María disminuyó más ante el abrazo de niebla verde y concreto: para que vea el lector lo que son las aventuras de los hijos de la ciudad en la selva de papá.

Yo la ayudé en lo que pude. En la avenida Sexta con calle 15 conseguí taxi para ella, dándole mensajes de permanencia con mis sonrisitas y mano final (genial) a las nalgas. La despedí con disponibilidad y viveza. Lejos de mi Sur supe, viéndola irse, que de allí en adelante la acosarían el insomnio o los sueños de un solo liso telón amarillo. En el primer Jet de la mañana llegó, pues, a su país de adopción. Allá era en donde debía estar: ¡uno por qué cargar con los problemas de ellos! Que USA terminará matándola, ya lo prevenía. No se pudo amoldar a los estudios ni a la callejeadera. Encerrada vive dándole vueltas a la idea de coger un día y tirársele a esas paredes que tanto observa. Y sentir que el otro borde de su reclusión es lamido

noche y día por el mar chicloso de Miami... la mierda color *shampoo*.

Lejos de mi Sur. ¿Cómo iba yo a poder explicarle a los niños la muerte de su amigo? Me presienten todo el día, pero a mí no me buscan. De darme una última salida, un último vuelton les caería en una tardecita de esas de color mamey, que a uno le provocaría darle un mordisco. Pero no voy, flor de los atardeceres. Y sentí tristeza, ay, de alguien que me atendiera y me dispensara cariño y respeti-co antes de dormir: a las niñas que han pasado un rudo día se las arrulla, es la ley de la vida: dormir en sábana fresquita y cobija de dulceabrigo. Palmadita en la cabeza y amohada alta, amable, que pases una buena noche: y cuando apagaran la luz no me daría miedo, porque en épocas anteriores de mi vida yo me dormía naciendo un balancé favorable de las acciones de ese día.

Ahhhhhhh, ya el lector sabe que merezco mínimo un coscorrón si dejo que caiga la tristeza. Tristeza contradictoria, tristeza imprevisible. Ayayai, que ni me roce.

Me negué a asomarme por donde mis padres. Desde allí los he visitado una sola y última vez. Crueles niñeces idas: es como pedirle mango al maduro. Ni al Norte ni al Sur podía, ir, y trepar montañas: imagínese. Así que me tocó mirar con vigor al Este, alumbrado y revoltoso. ¡Ah de los diversos rumbos, de los confines en donde resopla! Oí una lejana confusión de potentes melodías. Se cerró la noche y se me quedaron en la cabeza las letras que había escuchado en la excursión terrible, y que he transcrito. Haciendo eses y zetas de pura aposta reiterativa, caminé buscando la música. Que te alumbre siempre el sol de la paz y la alegría. Que cuando te le metas a la noche, ella te sonría: eso es lo que te deseo. Yo, por mi parte, tengo poder para vencer. Caminé y caminando en esta ciudad es que uno se da cuenta que las cosas lo que quedan es cerquita, pues cerqui-tica me encontré esta esquina de rumba al día en donde me recibieron bien y en donde permanezco buscando pollos, papitos ricos que me dieran algo rosadito,

suave, sin toque aún, para la seda de mis manos, de mis recodos esta esquina en donde se pica la piedra de las mujeres mientras a los hombres se les muele el coco, yo soy piedra, tumba Miki, tumba Miki, que es pa los santos, Mike. De donde me despedí de María lata, hasta donde yo habito no hay ni 12 cuadras, es decir, no fue sino cruzar el río y llegar a esta crucifixión de esquinas.

No llegué cansada. Me paré en toda la esquina y la gente dura me tiró respeto. Un embolador con pinta de gusano, con la piel enrollada en surcos en torno al palo del esqueleto, ofreció embolarme mis botas gratis y yo acepté y mientras él brillaba el cuero yo tiraba el ritmo que salía a puro palo de seis negocios, así que había que sintetizar, dar un solo sonsonete de brincos, así es la música, no le sirven rejas ni ventanas con los postigos cerrados; aún así se escurre. De "Los Violines" salía la plegaria *Arrepentida*, del "Fujiyama", *Si la ven*, de la panadería del frente, *La canción de viajero*, de "el nuevo día", aliguito más pesado: *Alafia Cumaye*, y la gente decía que en "Natalí" estaba sonando *La voz de la juventud*, pero tocaría cruzar la calle y una esquina más para escucharla, mucha gente hizo el recorrido, muchos allá se quedaron, pero yo, parada en la esquina desde donde ahora narro, oí que en "Picapiedra" sonaba *Aquí viene Richie Ray*, no se pierda la rumba grande que allí va a haber, y eso fue lo que escogí yo, tengo tres Marías, me fui bordeando paredes hasta encontrar la entrada: la obstaculizaba un gordo con las piernas tan corticas y me miró en vano para reconocerme. Yo nada más me le cuadré de cerca y lo miré volteado, el hombre bajó las piernas y me dejó libre el tramo de escaleras, largo y empinado, estarían en el primer tercio de la canción y yo me dije: "Alcanzo", y retenía en mi memoria cada centímetro del umbral que me llevaría a partir de esa noche cada una de las noches a la misma música.

Al fin de las escaleras un recodo, después la barra con puros hombres y a la izquierda la pista jala-jala, una mujer de piernas gigantescas en calzones tirando

ritmo de rodillas, pero yo me canto a mí solo y a yemayá, a todo el mundo le pareció rarísimo que me sentara sola, iqui con iqui namá, y pidiera cerveza, los clientes se acercaron con cuidado y rodearon mi mesa para comprobarme, y yo lo traigo pa ti, Puerto Rico libre me llama, a la séptima cerveza me lancé al baile y toda la tensión que hasta ahora había dado por mi presencia, claro, se quebró, saoco, claro, me rodearon, al flaco que más atalayó del entusiasmo de mirarme, el que más brincó y dijo güevonadas, sólo se le ocurrió decir, cuando la música terminó y yo quedé serena:

"Mona, ¿cuánto cobra?"

Yo lo miré, le di la espalda, él me siguió hasta la mesa, me senté, lo miré otra vez y le dije, subiéndome el vaso de cerveza hasta la cara:

"Cobro trescientos y la pieza". Eso es lo que valgo, la más cara. Protestan, pero todos vienen.

Salimos. Me condujo con aire de explorador, a una pieza con paredes de azulejo. Me desnudé sin prisa, me abrí de piernas, recibí su cara horrible contra la mía, para los muertos, intentó meterlo pero no encontró por dónde, el experto. Tuve que bajar la mano y enterrármelo. El hablaba de paisajes de esos que pintan en los buses, cuando yo hice con mis entrañas el horrible movimiendo de fuelle y se lo soplé. Ha debido sentir un hielo avanzando, y el grosor... intentó sacarlo pero ya estaba inflado como un melón. Le explotó todo dentro de mí, esos jirones de piel fueron como latigazos. Eso sí fue vida.

Salí de allí berriando y haciendo la gran pelotera. "se me murió el cliente". Que Richie Ray se levantó y eso lo sabe la gente.

Esa noche quise dormir larguito, y lo hice en el hotel. De allí salí en una ardiente y horrible mañana de domingo a visitar a mis papas. Toda esa escena la recuerdo con bruma de efecto fotográfico, con *flou* como dicen. Mi mamá abrió la puerta y me dio un abrazo seco. Ya ambos estaban vestidos. Me invitaron a desayunar y cada plato me repiquetiaba maluquísimo en la mesa de

vidrio, pero a ellos no, con la excepción de que mi papá se atrancó y tosió y escupió café con leche encima de mi camisa. Ya estaban acostumbrados a mi falta y no me extrañaban, hartos habrían sabido de mis noches. Comprendieron que venía por ropa. Cuando les anuncié que tenía visto un apartamentico, accedieron a quedar a cargo del pago, sin preguntarme dónde.

"Eres muy joven -dijeron-. Ya tú sabrás." Yo dije que estaba de acuerdo, confundida.

Visité mi cuarto, la veneciana estaba cerrada y llenecita de polvo. La abrí, de pura perversidad, y vi el parque lleno de góticas, el sudor de los árboles y de las montañas, bolsas de vida. El espejo no estaba.

Me ofrecieron almuerzo y hasta siestica, pero no quise: no habría soportado toda una tarde de domingo en esa casa.

Al salir ya sabía que tenía la vida por delante. Ni mucho menos que he acabado de vivirla.

Aunque de aquí no me muevo. Me gusta imaginar que existen sitios mejores que esta activísima Cuarta con 15, que de pura abulia yo no los busco, imposibilidad de moverse en líneas horizontales ahora que la rumba ya está forma, porque desde que estoy aquí ya no camino. Tengo la rumba a 20 pasos, aún acostada la oigo. Me llevan noticias de que las cosas son mejores, más modernas en la Octava, todo ese "Séptimo Cielo" y el "Cabo E", pero veamos: me tocaría bajar cuatro cuadras por la 15 y luego toda la Octava hasta mucho más allá de la 25, más allá del cementerio. No, yo no me muevo más. Le he cogido mi miedito a eso de estar buscando nuevos rumbos, cuando ritmo sólo hay uno. Y es con Richie namá. Vienen hacia mí y me buscan porque me saben siempre con los de 15, papitos, les doy toques con mis cresticas, con mis crespitos jugosos y melocotones, les pellizco rico, finjo que me hieren, yo soy mejor que ellos y los oriento si es que desean las primeras instrucciones en el borde externo de esta jungla.

¿Cómo se mete de puta una ex-alumna del Liceo Benalcázar? Recibió, también, visitas que no me gustan.

Recientemente la de El Grillo, el marxista, que vino a emborracharse por penas de amor, diciéndome los uno y mil fracasos de la burguesía (la pelada de la que está enamorado vive en pleno Nortecito) y yo se los coreaba todos y me le ofrecía, no de mucha broma, a ir y practicar el vandalismo, y él me daba palmaditas hasta que le llegó su momento de silencio, cobró conciencia de dónde estaba y con quién y cómo lo verían, e hizo el primer intento de incorporarse. No pudo. Sentado, sin poder, dijo que quería ir al baño. Yo lo agarré de los codos y lo ayudé a levantarse. Allí quedó, tambaliándose con ojos de pato en la pista vacía. A los hombres les pasa como si hubieran estado con los ojos cerrados cuando están borrachos: resisten mientras no los cambien de posición: muévalos un poquito y hasta allí les llega la compostura. En cambio, ¡yo con tragos soy una feroz voltereta y una rumba! Este abría las piernas para tener mayor punto de apoyo sobre un suelo que no se le dispensaba, luego intentó localizar el baño y yo se lo señalé: no sé si lo abotagó el movimiento largo, preciso, que hice con mi bello brazo, o la distancia real que había hasta el baño y que de hecho precisaba mi brazo, o fue que mi movimiento, mi brazo estirado, le hizo más larga la distancia, no lo sé. En todo caso desistió de ir, triste es su canto. Regresó desde una distancia muy corta a decirme que se iba. ¡Ah terrible que debe ser eso! Descubrirse de pronto en medio de la perversidad, saber que se está faltando a su deber y no poder moverse a buscarlo, porque dan pena si se mueven. Lo acompañé hasta la puerta como era mi obligación, pero no le ayudé a bajar las gradas, no me quedé a verlo siquiera. Por mí, ha podido rodar por allí como un bulto de papas. Yo tampoco me habría quedado a verlo.

Fue naturalmente de tardecita, mirando las 6 capas de montañas, cuando resolví que no había caso, irme de estas esquinas sería angustiarse en intensidad insoportable ante su lejanía, y eso suponiendo que uno ha ido y está regresando: sería interminable el camino de vuelta al sitio donde uno pertenece. No tenía yo por

qué vivir en otra parte, sino aquí en donde está mi esfuerzo, mi rumba, la tierra que quiero yo. Ellos me ven y no me comprenden mucho, mi porte tan distinguido, mi forma de mirar de frente, pero jamás hacen preguntas: Saben que por aquí me descolgué una noche y que una tardecita me les iré y se quedarán contando historias de la mona con aires de princesa que estaba loca pero loca por la música.

Mis sueños se han hecho livianitos. Vuelvo yo de oír puras complacencias, vuelvo sin mucho sueño, sólo porque ya han llegado las 4, la hora, según la legalidad, de estar en calma. Y camino yo a mi cuarto donde tengo una vista de Santa Bárbara y otra de Janis Joplin pegada a una botella de alcohol, porque adentro nace un sol y yo no encuentro a mi amor, me acuesto repitiendo mis letras, y no duermo, y no sueño, siento es un martilleo adentro que me va marcando los compases y yo, haciendo esfuerzos, repito la letra que le va y al mismo tiempo me tapo los oídos y pelo los dientes para no oírla, para no decirla, para significar que me duele, pero al mismo tiempo repaso la imagen tan reciente de yo accediendo a bailar, llena de sonrisas, remolona, echándose la nueva y mejor rumba. Lo que es mañana, me la paso comprando telas para vestidos, mirándome al espejo, haciendo propósitos de llegarme hasta el Sur y pasarme el día animando a los muchachos. Ya nunca lo hago, ya no cruzo el río. Solamente mi calle, que me da la música. Los que vienen son los del Nortecito, muy de vez en cuando (porque por allá las cosas están muy ensilenciadas), entonces vienen por un poquito más de bulla y por las frases mías.

Tú, haz aún más intensos los años de niñez recargándolos con la experiencia del adulto. Liga la corrupción a tu frescura de niño. Atraviesa verticalmente todas las posibilidades de precocidad. Ya pagarás el precio: a los 19 años no tendrás sino cansancio en la mirada agotada de capacidad de emoción y disminuida la fuerza de trabajo. Entonces bienvenida sea la dulce muerte fijada de antemano. Adelántate a la muerte, precísale una cita. Nadie quiere a los niños



envejecidos. Sólo tú comprendes que enredaste los años para malgastar y los años de la reflexión en una sola torcida actividad intensa. Viviste al mismo tiempo el avance y la reversa.

Cuando estés reventando acompañado, ¿tú qué harás? ¿Te quedarás dormido con la boca abierta delante de quienes han admirado siempre tu vitalidad? ¿Te despedirás dando tumbos para que se dé a tus espaldas un ramo de hablaurías? ¿Reventarás encima de los otros? ¿Por qué buscas la compañía en tus momentos de degradación? Vuélvete adicto a los vicios solitarios.

Fue raro sentir lo que iba a ser cosa de todos los días, ese pasar al lado de una disquería y quedarme como boba ante cualquier par sonido de cueros, y: "¿A la orden?", me decían, y yo, boquiabierta, sorprendida: "nada, gracias". Al principio hasta pensé en formar una discoteca. Hubiera sido muy respetada, la mona que tiene toda la salsa en su casa. ¿Pero en cuál casa? ¿En este cuarto con *closet* y espejo en que vivo? Además nunca he servido para coleccionar nada, me falta disciplina, seguro habría terminado prestando todos los discos, y además pensé: "si junto discos me va a dar por oírlos aquí adentro. Me voy a volver una sombra de melancolía, y de allí al tango no hay sino un paso". De todos modos me hubieran respetado más, al que tiene discos lo respetan. A mí no me irrespetan mucho porque les repito en el oído toda la letra de los boleros, malos y buenos, porque les marco hasta lo que no se entiende, el menor giro, la menor llamada al ánimo para la música pesada.

El cheque de mis papas lo cobro ahora cada viernes. Ellos han ampliado su benevolencia. Y cada viernes estropeo a un hombre: esos gordos que se aventuran por semejantes calles. Y a los pelados que han oído de mí los dejo siempre con su rasguñito, y al otro día van y cuentan a todo el colegio por la que pasaron. Como no quiero que las otras mujeres se pongan a pensar que además de mi trabajo de dónde es que saco tanta plata, entonces yo nunca les he caminado muy oronda ni de cuchí cucha: todas saben que las quiero.

Cantan los pájaros, y a los árboles (que lejos están de aquí, al otro lado del río) los imagino meciéndose en cada crepúsculo, luego me imagino que cada hoja produce el sonido atarván de las trompetas que es el llamado de la selva, la que ya me picó con su embrujo. Sé que soy pionera, exploradora única y algún día, a mi pesar, sacaré la teoría de que el libro miente, el cine agota, quémelos ambos, no dejen sino música. Si voy pallá es que pallá vamos. Vivimos el momento de más significado en la historia de la humanidad, y es primera vez que se ha exigido tanto de los culimbos. Mi opinión modesta, viéndoles las caras, las bocas de las ojeras, es que ellos, mis amigos, han cumplido. Somos la nota melosa que gimió el violín. Se reían del bugalú y mira ahora qué.

Tú, no te detengas ante ningún reto. Y no pases a formar parte de ningún gremio. Que nunca te puedan definir ni encasillar.

Que nadie sepa tu nombre y que nadie amparo te dé.

Que no accedas a los tejemanajes de la celebridad. Si dejas obra, muere tranquilo, confiando en unos pocos buenos amigos. Nunca permitas que te vuelvan persona mayor, hombre respetable. Nunca dejes de ser niño, aunque tengas los ojos en la nuca y se te empiecen a caer los dientes. Tus padres te tuvieron. Que tus padres te alimenten siempre, y págales con mala moneda. A mí qué. Jamás ahorres. Nunca te vuelvas una persona seria. Haz de la irreflexión y de la contradicción tu norma de conducta. Elimina las treguas, recoge tu amor en el daño, el exceso y la tembladera.

Todo es tuyo. A todo tienes derecho y cóbralo caro.

No te sientas llenecita nunca.

Aprende a no perder la vista, a no sucumbir ante la miopía del que vive en la ciudad. Ármate de los sueños para no perder la vista.

Olvídate de que podrás alcanzar alguna vez lo que llaman "normalidad sexual", ni esperes que el amor te traiga paz. El sexo es el acto de las tinieblas y el enamoramiento la reunión de los tormentos. Nunca esperes que lograrás comprensión con el sexo opuesto.

No hay nada más disímil ni menos dado a la reconciliación. Tú, practica el miedo, el rapto, la pugna, la violencia, la perversión y la vía anal, si crees que la satisfacción depende de la estrechez y la posición predominante. Si deseas sustraerte a todo comercio sexual, aún mejor.

Para el odio que te ha infectado el censor, no hay remedio mejor que el asesinato.

Para la timidez, la autodestrucción.

Adonde mejor se practica el ritmo de la soledad es en los cines. Aprende a sabotear los cines.

No accedas al arrepentimiento ni a la envidia ni al arribismo social. Es preferible bajar, desclasarse; alcanzar al término de una carrera que no conoció el esplendor, la anónima decadencia.

Para endurecer la unidad sellada, ensaya dándote contra las tapias.

No hay momento más intenso ni angustioso que el despertar del hombre que madruga. Complica y prolonga este momento, consúmeme en él. Agonizarás lentamente y de berrido en berrido enfrentarás los nuevos días.

Es prudente oír música antes del desayuno.

Tú, disimula el olvido. Aprende a contemplar incommovible toda génesis. Si te tienta la maldad, sucumbe: teminaréis por rodar juntas del mismo brazo.

Come de todo lo que sea malo para el hígado: mango biche y hongos y pura sal, y acostúmbrate a amanecer con los gusanos. Créete ceiba, que también cría parásitos.

Tú, no te preocupes. Muérete antes que tus padres para librarlos de la espantosa visión de tu vejez. Y encuéntrame allí donde todo es gris y no se sufre. Somos muchas. Incomunica el dato.

Apuesto a que nadie oye cómo cada chirriar de tacones, cada botellazo en la cara, cada súplica de borracho que resbala, cada bembé formado, como todo, todo me llama, cómo todo es mío y la descarga me llama. De no haber conocido nunca este son montuno, habría sido escuálida alma perdida, sin cabuyas por la selva. Pero ya me llaman, me ladran. Ya se dice que vienen de otras

ciudades a conocerme y a gastar canecas. Sacan fotos mías en la prensa amarilla, y yo me río imaginando la cara de escándalo que harán los cerdos, si no fuera porque ahora ya me faltan fuerzas, lograría unión para salir y gritar consignas y quebrar ventanas, pero para qué ilusiones si quedan lejos esos barrios: ya no son nunca más mi rumbo. Supongo que los marxistas ven las fotografías y pensarán: "Observen ustedes lo bajo que puede llegar la burguesía".

Qué bajo pero qué rico, no me importa servir de chivo expiatorio, yo estoy más allá de todo juicio y salgo divina, fabulosa en cada foto. Fuerzas tengo. Yo me he puesto un nombre:

#### SIEMPREVIVA

propicio para que de andarse de mucha confianza con la noche no sea que lo arropen a uno, el cochero que viene y para, el cochero negro de la silla colora. Yo seguiré de frente, porque la rumba no es como ayer, nadie la puede igualar, sabor, la rumba no es como ayer, nadie la puede controlar. Tú enrúmbate y después derrúmbate. Échale de todo a la olla que producirá la salsa de tu confusión. Ahora me doy, dejando un reguero de tinta sobre este manuscrito. Hay fuego en el 23.

María del Carmen Huerta (A.C.)  
Los Angeles - Cali  
Marzo 1973 -Diciembre 1974

#### DISCOGRAFIA

Que la autora ha necesitado, para su redacción, de las canciones que siguen, tiene que sonar evidente para el lector aguzado. De todos modos, se ha procurado localizar intérprete de las versiones preferidas (de un mismo ternilla antiquísimo africano) y sello de disco (pirata aún). Pero he escuchado casi todo el material que ella menciona a través de puertas abiertas, radios o en los buses. Así que mi lista avanzará a medida que

escasee la información. Las canciones precedidas de asteriscos son caballerías sin interés alguno. *Rosario Wurlitzer*.

- "Que viva la música", Ray Barreto (Fania).
- "Cabo E", Richie Ray / Bobby Cruz (Alegre).
- "Si te contaran", Ray / Cruz (Fonseca).
- "Here comes Richie Ray", Ray / Cruz (Alegre).
- "Guaguancó triste", Ray / Cruz (VAYA).
- "Guaguancó raro", Ray / Cruz (Alegre).
- "White Room", The Cream (Phillips).
- "Moonlight Mile", Rolling Stones (R.S.R.).
- "Ruby Tuesday", Rolling Stones (London).
- \* "Llegó borracho el borracho".
- "Salt of the Earth", Rolling Stones (London).
- "She's a Rainbow", Rolling Stones (London).
- "Loving Cup", Rolling Stones (R.S.R.).
- "Amparo Arrebato", Ray / Cruz (Alegre).
- "Toma y dame", Ray / Cruz (U.A.).
- "Bailadores", Nelson y sus estrellas (P.O.N.).
- "Bembé en casa de Pinki", Ray / Cruz (VAYA).
- "A jugar bembé", Ray / Cruz (U.A.).
- "Piraña", Willie Colon (Fania).
- "Lo altare la araché", Ray / Cruz (Alegre).
- "Sonido bestial", Ray / Cruz (VAYA).
- "Te conozco bacalao", Willie Colon (Fania).
- "Feria en M", Ray / Cruz (U.A.).
- "El diferente", Ray / Cruz (U.A.).
- "Convergencia", Johnny Pacheco (Fania).
- "Agúzate", Ray / Cruz (Alegre).
- \* "Sufrir...".
- "El guarataro", Ray / Cruz (U.A.).
- "Ay compay", Ray / Cruz (U.A.).
- "Bomba de las navidades", Ray / Cruz (VAYA).
- "Bomba cámara", Ray / Cruz (Alegre).
- "Babalú", Ray / Cruz (Alegre).
- "Adasa", Ray / Cruz (Alegre).
- "Agallú", Ray / Cruz (Alegre).
- "El hijo de Obatalá", Ray Barreto (Melser).
- "Iqui con iqui", Ray / Cruz (Alegre).

- "La música brava", Andy Harlow (Melser).
- "Ponte duro", Roberto Roena, Fania 73 en vivo (Fania).
- "Ricardo Chaparro", Ray / Cruz (U.A.).
- "On with the Show", Rolling Stones (London).
- "Play with Fire", Rolling Stones (London).
- "The last time", Rolling Stones (London).
- "Heartbreaker", Rolling Stones (R.S.R.).
- "Les only Rock'n roll butt I like it", Rolling Stones (R.S.R.).
- "I got the blues", Rolling Stones (R.S.R.).
- "Richie jala jala", Ray / Cruz (Alegre).
- "Colombia's bugalú", Ray / Cruz (Alegre).
- "Pa chismoso tú", Ray / Cruz (Fonseca).
- "Che Che Colé", Willie Colon (Fania).
- "Quien lo tumbe", Larry Harlow (Fania).
- "Que se rían", Ray / Cruz (Alegre).
- "Colorín colorao", Ray / Cruz (Alegre).
- "Lluvia", Ray / Cruz (VAYA).
- "Lluvia con nieve", Mon Rivera (Alegre).
- "Ahora vengo yo", Ray / Cruz, Fania 73 en vivo (Fania).
- "Traigo de todo", Ray / Cruz (Alegre).
- "Guasasa", Harry Farlow (Fania).
- "Mambo Jazz", Ray / Cruz (Fonseca).
- "Suavito", Ray / Cruz (Fonseca).
- "Comején", Ray / Cruz (Fonseca).
- "Qué bella es la Navidad", Ray / Cruz (Fonseca).
- "Micaela", Pete Rodríguez (Alegre)...
- "Se casa la rumba", Larry Harlow (Fania).
- "El paso de encarnación", Larry Harlow (Fania).
- "Vengo viaro", Larry Harlow (Fania).
- "Tiembla", El Gran Combo (Melser).
- "Anacaona", Cheo Feliciano, Fania 73 en vivo (Fania).
- "Tengo poder", La Conspiración (Fania).
- "Si la ven", Willie Colon (Fania).
- "La voz", La Conspiración (Fania).
- "El día que nací yo", La Conspiración (Fania).
- "Alafia cumaye", Ray / Cruz.

- "La Peregrina", Ray / Cruz.
- "El abacúa", Ray / Cruz.
- "Trupetman H", Ray / Cruz.
- "The house of the rising sun", The Animáis.
- "Canto a Borinquen", Willie Colon.
- "Salsa y control", Lebrón Brothers.
- "Bongó loco", Lebrón Brothers.
- "Monte adentro", Monguito con Fania 72 (?) en vivo (Fania).
- "Seis tumbao", La Protesta.
- "San Miguel", La protesta.
- "Mi guaguancó", Ray / Cruz.
- "A mí qué", Típica Novel.
- "La ley", Sexteto Juventud.
- "La canción del viajero", Nelson y sus estrellas.
- \* "El gavilán pollero".
- \* "Vanidad".
- \* "La vida no vale nada".
- \* "¿Qué será de mí"?
- "Pachanga que no cansa", Manolín Morel.
- "Oye lo que te conviene", Eddie Palmieri.
- "Changa con pachanga", Randy Carlos.
- "Charanga revuelta con pachanga", Randy Carlos.
- "En la punta del pie Teresa", Cortijo y su Combo.
- "Pal 23", Ray Pérez.

*Versos no identificados:*

- "¿Quieres más Bugalú?".
- "Sambumbia y saoco en el bugalú".
- "Cómete ese piano, Richie".